

ERNÉ

LEYENDA

KANTABRO-AMERICANA

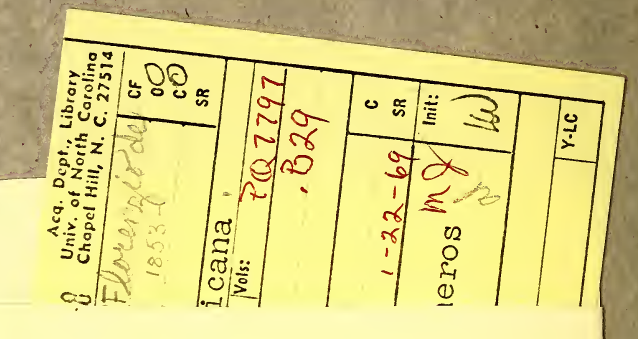
POR

F. DE BASALDÚA

Tercera Edición

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE «LA NACION»
1893





Acq. Dept., Library
Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N. C. 27514
CF
SR
Vols:
PQ7797
.B29
C
SR
Init:
1-22-69
Y-LC

ERNÉ

LEYENDA

KANTABRO-AMERICANA

POR

F. DE BASALDÚA



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE "LA NACIÓN", SAN MARTIN 344

1893

ERNÉ

POR

FLORENCIO DE BASALDÚA.

Ahí lo tenemos á Basaldúa lanzando á los etimologistas y á otros graves varones, de esos que se ocupan en arrancar á la tierra sus secretos olvidados, detrás de los antiguos y buenos euskaros á quienes ama con filial amor. De ahí, que pudiéramos aplicarle aquello de que todo es según el color del cristal con que se mira. Pero lejos de nosotros la pretensión de opinar siquiera en asuntos reservados á los que han perdido en ellos sus noches y sus pestañas, consultando tomos escritos en bárbaros idiomas, y encariñándose con sutiles conclusiones, que á veces no tienen otro mérito que el trabajo de que han sido objeto. Allá ellos pues, y á nosotros la más liviana y gustosa tarea de decir que la obra del señor de Basaldúa lo incorpora de derecho entre nuestros escritores y pensadores, dándole también en esa bulliciosa república carta de ciudadanía. Sí, el que ha sentido y puesto en palabras ese canto á la montaña que entona Izara en las suntuosas galerías del palacio de Jakinduna puede entrar con la frente levantada á donde quiera que se piense alto, noble y hermosamente. Y no es esa la única belleza de la obra, por más que sea á nuestro juicio la más grande.

Motivo de agradecimiento para con el autor dan á los argentinos esas páginas que son también de noble propaganda en favor de nuestra tierra, tan frecuentemente calumniada allá donde la fama de su feracidad y riqueza, sin igual en América, contribuye á hacer activo y andar en los corazones el deseo legítimo de prosperar, aunque sea perdiendo de vista el humo que se eleva desde la casa de los padres.

El capítulo de los cargos ó censuras no puede ser extenso en una obra de las condiciones y del mérito de la que nos ofrece el señor de Basaldúa, aunque pueda pensarse que en vez de un sueño pasajero pudo darnos, tomándose el tiempo necesario al asunto, una narración del corte de las de Julio Verne, por ejemplo, que uniera un interés mayor al más grande y completo desarrollo de su teoría, por muchos conceptos aceptable al decir de los que lo entienden, ó mejor al decir de los que estudian cosas semejantes.

En la forma adoptada por el autor se da el inconveniente de la acumulación maciza de lo que desea exponer ofreciendo una organización imperfecta por falta de desarrollo en sus extremidades. Esto, ya que el señor Basaldúa no ha querido dar á su trabajo el tono y construcción severos de un estudio destinado á un reducido número de eruditos. Él lo lanza al interés de todo el mundo. Nos parece mejor; pero, por lo mismo, hubiéramos deseado una amenidad más ligera y mayor, destinada á envolver la droga de la ciencia etimológica en gustoso almíbar.

De todos modos llegue al autor nuestro sincero aplauso por la tarea realizada en la que han guiado su pluma dos amores nobilísimos: á sus padres y á sus hijos.

JULIO LLANOS.

La Plata, Febrero 27 de 1893.

La Plata, Febrero de 1893.

Señor Florencio de Basaldúa.

Mi querido amigo: He leído con interés su *Erné.* No cultivo ese género de literatura, pero la admiro cuando asume formas tan bellas como las de su trabajo, y especialmente cuando en él se enuncian ideas atrevidas, sosteniéndose con sinceridad y profunda convicción, como V. lo hace.

Esas ideas constituyen creencias suyas íntimas; se lo he oído más de una vez. Acaso son un puro sueño; pero ese sueño sublime impone respeto aun á los descreídos. Además, su optimismo, *un tanto científico*, es tentador. Es tan fascinador eso de la paz universal cimentada sobre el derecho, la libertad y la justicia, que dan ganas de convertirse á esa creencia. Lástima que la realidad brutal y sin entrañas no nos deja deleitarnos en esa *rêverie*, y se complace, despiadada, en destruir tan brillantes quimeras.

La bestia humana no está hecha para realizar esas cosas. Desde el estado salvaje hasta el de la más refinada cultura, no hace más que debatirse en el error y la mentira, juguete de las pasiones y miserias que son inherentes á su naturaleza.

Reconozco que esto no es consolador, pero en cambio es cierto. Si el hombre quiere huir de esta verdad, tiene que cerrar los ojos y refugiarse en el convencionalismo. La mentira convencional es el único gran paracaídas que tiene la humanidad.

En definitiva: todo el fundamento sobre que reposa la organización social y política de los pueblos, es una mentira convencional, más ó menos brillante, pero siempre necesaria para evitar mayores y más cruentas desgracias á nuestra especie.

Es conveniente, por esto, que haya hombres de su temple, que propaguen esas ideas optimistas, para que el elemento popular se consuele en algo. Hay prisioneros y desterrados que se consuelan cantando; el caballo del hidalgo de la Mancha confesaba estar de vena filosófica por no haber comido. Pues que los pueblos se mantengan de fe y esperanza, soñando con el triunfo de la libertad y la justicia, la fraternidad humana, y otras cosas agradables, para un tiempo siempre futuro, gracias á lo cual han esperado ayer, esperamos hoy y podrán seguir esperando los que vengan después.

No hago crítica de su trabajo. Le digo sencillamente lo que se me ha ocurrido al leerlo, y sólo por decirle algo. Lo felicito por la forma literaria, pero si le dijese que adhiero á sus ideas, le diría una mentira que no es propia del temperamento de su amigo que lo quiere de veras.

Juan Ángel Martínez.

A propósito de "Erné"

Lunes 22.

Señor F. de Basaldúa.

Mi distinguido señor y amigo:

Un error en la dirección que sobre la foja en que venían sus folletines cometió V., hizo que no me llegaran éstos en el tiempo convenido: yo no vivo más en la calle Santa Fe: existo apenas en la Avenida Alvear 467—donde hallará V. cuando quiera una mano amiga y un techo hospitalario.

Le dije, cuando la casualidad nos juntó en el Ministerio de Gobierno de la provincia, que al azar había leído uno de sus folletines sobre antiguas poesías de los cántabros. Faltaba la joya de la poesía euskara—el Anibalén Zalduna. Y de palabra en idea y de idea en palabra, ayudando la ingénita inclinación de mi espíritu hacia las nobles cosas, le prometí escribir algo sobre su *Erné*.

¡Ay de mí! Cumplo mi palabra, pues mi pequeña obra—como la espada de Tristán—«no va como yo quisiera». Con el doctor Escalada somos los abogados del Banco de la Provincia en esta capital. *¡Tres mil doscientos* asuntos,—vale decir, mil seiscientas gestiones judiciales por barba!

¡Qué se ha de hacer! Cuando uno tiene arraigado el amor de la familia—en la acepción romana de la palabra—y la rabia de sostenerla con decoro, eso y otras muchas cosas le pasan. Al rededor del *pater familiæ* se agrupaban los que por razón de sangre y alianza obligan, y, además, la

clientela de los que le acompañaron en todos tiempos y á los cuales no se debe abandonar. Se han confiado en uno; le han hecho crédito; y gerarquía, y nobleza obliga.

En tales circunstancias, he leído con la atención que me ha sido posible sus folletines de *Erné*. En ello pasé todo el día de ayer. Y descartando cuanto bueno dice V. muy bien sobre teorías añejas y cronicones olvidados, y dejando de lado el caudal de conocimientos buenos para ser popularizados entre la multitud á fin de enderezar los espíritus ingenuos por las buenas sendas de la ciencia, me propongo, á mi vez, contribuir á su nobilísimo propósito con los datos que mi buena memoria pudiera suministrar respecto del rol que le tocó en suerte desempeñar al pueblo euskaro en el oscuro pandemonium de los actos fatales ó libres de la humanidad, que constituye lo que llamamos la Historia.

Mi pobre padre que, como se sabe, es un erudito de buena fe, empleó su vida entera en descifrar los oscuros problemas de las migraciones de los pueblos antiguos en América. La escasez de datos sobre el particular le inclinó á clavarse en la frente—como el cíclope—la única linterna, que es la filología comparada. Y creyendo hacer lo mejor para mí, de jovencito me inició en estos estudios. Yo desdeñé el saber por la ambición, y abandonando su tranquila biblioteca, tracé una picada en el monte para tramitar la vida fuera de los procedimientos regulares. Y allá me ha ido como yo me sé. Mas los desgarramientos de la carne y del alma que en el batallar diario me hicieron ó me hice, me inclinan en los momentos de inacción como el presente á volver á mis antiguos amores. Y me felicito mucho que un sujeto tan estimable como V. sea causa ocasional de este verdadero placer prohibido para mí.

Yo amo y respeto á todo el que tiene el culto de su raza. Es bueno haber nacido bien y tener abuelos gloriosos y per-

tenecer á un pueblo con historia y tradiciones gloriosas. Es bueno recordar todo esto á los que de nosotros vienen. Y sus hijos, señor de Basaldúa, inspirados en su ejemplo, serán buenos soldados argentinos. Y las cuatro provincias que se honran de la sombra del árbol de Guérnica, se han de sentir, á través del océano, conmovidas del rol que juegan en los destinos de esta parte del mundo, sus descendientes nacidos en esta mi nobilísima patria. Y ojalá se vaciara entero todo el país basco aquí, para que se aproximara el cumplimiento de nuestros grandes destinos!

Como se lo prometí, hablé á mi padre sobre su trabajo. Y viera V. cómo se irguió en su sillón de paralítico. Una viva llama centelleó en su mirada. Y haciéndose arrastrar hasta la biblioteca: «Ahí, ahí—me dijo.—Mi trabajo de 1860.—Hasta que caí, no se sabía más, te lo juro.—Usalo. —El pueblo basco es un gran pueblo, y quizá el más interesante de todos para estudiar. Ellos y los escandinavos, mis antepasados—los bravos dinamarqueses—vinieron á América antes que Colón. Yo no puedo leer, ni escribir. Dicen que eso me matará. Y si supieran que yo pasaría todas las penas del infierno por releer mis libros, tendrían compasión de mí! ¡Quieren que viva! ¡Y para qué, si no puedo aprender ni enseñar!»

Tomo de una disertación de mi padre sobre el bascuence, seguida de un espécimen sobre las antiguas poesías de los cántabros, ciertos datos interesantes. Yo creo que no harán mala figura precediendo su libro.

La pretensión al descubrimiento de América—antes de Colón—es tradicional en Dinamarca y en el pueblo basco. Respecto de los primeros, mi padre lo comprobó en un libro hoy muy raro y olvidado, que lleva por título «América ante-colombiana». Y tambien los bascos tienen sus autores, los que si no han presentado tan fehacientes documentos

sobre la verdad de sus asertos, no por eso dejan de merecer la atención del mundo que estudia.

El señor Lespade, en su libro titulado «Buenos Ayres et le Peuple Basque», asegura que los barcos pescadores de bacalao venían con regularidad á este continente. Él asegura que de Biarritz, de Bayona, de San Juan de Luz salieron los primeros marinos del mundo para ir á pescar la ballena y el bacalao sobre las costas de Groenlandia, de Terranova y del Canadá. Y en apoyo de sus aseveraciones, cita diversos curiosos y antiguos documentos que se hallan en los archivos de San Juan de Luz, tendentes á la averiguación del verdadero descubrimiento de América por los bascos...

Y no está solo el señor Lespade. Don Eugenio de Monclave, en la *Enciclopedia*, de Renier, dice textualmente: «Es que, en efecto, hay algo de original, algo de áspero é inflexible en esa naturaleza vasca que no se asimila á otra alguna... es que nunca lobo de mar ha ido ni tan pronto ni tan lejos como esos hombres á lanzar el arpón sobre el dorso de la ballena en el fondo de los mares del norte antes que la marina inglesa hubiese ensayado esta pesca y antes que la Holanda hubiera salido del seno de las aguas. *Ellos* son los primeros europeos que hayan desembarcado en Terranova y hayan traído de allá el bacalao; y en fin—*mucho tiempo antes de Colón habían dejado en América vestigios de sus pasos por ella*».

De estos vestigios algunos pueden constatarse por la semejanza de ciertas palabras indias, nombres de montañas, ríos, etc. En este empeño V. entusiastamente se ha lanzado; pero permítame observarle que ha sido excesivo.

En cuestiones de etimología es preciso no apasionarse. Pues con un poco de imaginación un filólogo le va á encontrar que flauta viene de calamillo y catafalco de acordeón.

Si el filólogo se dobla un poquito de político militante, cómo hay Dios que lo descubre.

Esto no quiere decir que V. no pudiera tener razón. El coronel Vallencey en una obra importantísima ha encontrado una completa analogía entre el basco y el gaélico. Esta analogía la apoyó calurosamente el doctor Keating en su «Historia de Irlanda». En cambio, Masdeu en su «Historia crítica de España» (20 volumen) refuta esta paradoja — que á su vez sostiene el sabio Joaquín Tragia — á quien Astarloa en su apología de la lengua bascongada, le da una zurra de padre y muy basco mío. Ahora que tenemos la gramática completa del gaélico por el doctor Zeuss, puede V. si quiere hacer el cotejo.

Pretenden otros que la base del idioma basco es el fenicio, y que bien pudieron los fenicios haber andado por América. Mas, desgraciadamente, del idioma que habló la soberbia Cartago no quedan sino *diez y siete* versos que cita Plauto en su comedia el «Pénulo». Y aun sobre estos diez y siete versos se discute mucho, y más de diez y siete infolios se han escrito sobre si es ó no es idioma fenicio. De modo que por este lado hasta ahora no hay elementos de comparación.

Tenían los euskaros sus payadores que eran llamados *Biursarias*. Eran poetas improvisadores, archivos vivientes de las tradiciones de su pueblo. Es de ellos el *Anibalén Zalduna* que dice así:

Anibalén Zalduna, el soldado de Aníbal

Ella.—Cantor de mis florestas, pájaro de brillante pluma ¿qué sortilegio te retiene lejos de mí?

Ya he perdido la cuenta de los días en que no llega á mis oídos tu voz melodiosa. No hay hora ni momento en que mi alma contristada deje de recordar tu imagen encantadora, dulce bien mío.

El.—Una hermosa noche de primavera pasó al pie de nuestras montañas un jefe extranjero que venía del África á la cabeza de sus huestes, extranjeras también.

Acercóse á nuestros ancianos y á nuestros padres y les dijo: «Vuestros hijos son valientes, vuestra raza noble y robusta», y dijo la verdad.

Luego añadió: «No vengo á guerrear ni con vosotros ni con vuestros hijos, sino con los romanos nuestros comunes enemigos».

Entonces nuestros jóvenes guerreros exclamaron á una voz: «Aníbal, si no nos engañas, si tales son tus proyectos, nosotros formaremos la fila de batalla delante de tí y de tus soldados. Los romanos han intentado en vano sublevar las Galias contra nosotros. ¿Qué pueden las furiosas olas de los torrentes contra las majestuosas y grandes olas del mar? Te seguiremos hasta el fin del mundo».

Yo fuí el primero que encendí la brillante y silenciosa hoguera sobre el Irú. Y á esta hoguera respondieron otras sobre el Altabizcar, y otras en toda la cordillera desde el Cahellá hasta el Aloña. Y fué la señal de nuestra marcha, la señal de guerra.

Y partimos á la hora en que las mujeres dormían tranquilamente, sin despertar á los niños que dormían sobre el seno de sus madres. Y nuestros fieles mastines nos vieron pasar y no ladraron, porque creyeron que, según costumbre, estaríamos de vuelta al rayar el día.

Muchos días, muchas noches han pasado desde entonces, y aún no hemos vuelto á nuestras montañas.

Hemos atravesado las Galias, rápidos como el rayo. Hemos combatido en favor del africano; hemos atravesado el Ródano, más furioso que el Ebro; hemos traspuesto con pie ligero los Alpes, más empinados que el Pirineo.

Aquí hay fértiles campiñas, ciudades doradas, mujeres

encantadoras; pero todo esto no puede compararse con nuestras montañas siempre verdes, con nuestras sombrías cavernas, con nuestras madres, con nuestros hermanos, con las queridas de nuestro corazón.

Dicen los extranjeros que antes de un mes estaremos en la ciudad de los romanos, y que nuestros cascos rebosarán de oro. Yo les contesto: «No quiero: bastante lejos os he acompañado. Prefiero volver á mis montañas queridas y ver á la que ama mi corazón. Mi país natal está lejos, y la ausencia es luenga».

Ella.—Pájaro, cantor de mis montañas, canta con dulzura el cántico de la vuelta. Nadie más desgraciada que yo. Yo tenía un amante que abandonó su valle natal; á este sólo recuerdo brotan de mis ojos tantas lágrimas como gotas de rocío caen de las hojas del roble en una mañana de primavera.

Este canto no lo ha incluído V. en su *Erné.* Pienso naturalmente que no lo pudo obtener: pues á juicio de hombres entendidos como don José M. Goizueta, que tradujo casi todos los cantares de los antiguos *Biursarias*, es el mejor y el más interesante.

Le mando también el canto de Lecobide y el de Altabizcar. Si prefiere V. esta traducción á la que apareció en los folletines, puede V. sustituirla.

En fin, amigo Basaldúa, uno se sale como puede de sus compromisos. Esto es un bodrio hecho *calamo currente*, sin tener ni siquiera tiempo de leer la primera cuartilla para ver si lo que se dice coincide con la última.

Es preciso sacrificar la negra honrilla literaria á las necesidades del momento.

Disculpe y ordene á su amigo

G. Lársen del Castaño.

De su casa, Alvear 467.

Pergamino (La Granja), Diciembre de 1892.

Al señor presidente de la Sociedad basco-española Laurak-Bat.

Señor presidente:

En 22 de Junio último y á nombre de la Comisión Directiva de la Sociedad que preside, se dirigió V. por nota al señor director de *La Nación* aceptando la idea que vertí en sus columnas de publicar en folleto la leyenda kántabra *Aitor*, que dicho diario publicó, para aplicar una parte del producto de su venta á beneficio de la Sociedad Laurak-Bat, y al de las instituciones de beneficencia de Buenos Aires.

En la misma nota manifestaba su deseo de acuerdo conmigo para llevar á cabo aquel pensamiento, y hoy que mis ocupaciones me lo permiten, me pongo á la disposición del señor presidente.

La versión española de *Aitor*, que publiqué en honor de Chaho, es conocidísima en la región basco-francesa, en cuyos colegios sirve anualmente de tema de composición literaria á los alumnos y reminiscencia de mis estudios juveniles en las escuelas donde pasé mis primeros años.

Aitor es la glorificación del euskalduna primitivo, la demostración de la formación filosófica de nuestro bello y rico idioma, y la apología de las sencillas costumbres de nuestros antepasados, por lo cual interesa casi exclusivamente á nuestros compatriotas.

En mis largos viajes á través del continente sudamericano, donde mi calidad de basco me ha servido más que

la más eficaz carta de recomendación, para ser recibido y tratado con el cariño y la benevolencia que estos pueblos prodigan á la honorabilidad y al trabajo — cualidades que noblemente nos atribuyen — me parecía vivir en mi país natal, entre amigos de la infancia, como si el vínculo de la familia y de la raza no se hubiera quebrantado con la ausencia.

Observando el tipo étnico de algunos de sus pueblos, como los charrúas, casi desparecidos hoy del Estado Oriental y del Río Grande, que habitaron, y el de los araucanos, que viven todavía en las estribaciones de los Andes, hallé analogías singulares con el tipo de nuestra raza y semejanzas notables en sus costumbres y en su organización político-social, así como en muchas voces de su idioma; y todo ello me indujo á pensar en la posibilidad de un origen común anterior al descubrimiento colombino, perdido en las nebulosidades remotísimas de la prehistoria.

Es sabido que las tribus euskaras dejaron en las Indias Orientales y en el África las huellas de su dominación en edades remotas, marcando con el sello de su idioma continentes, ciudades, ríos y montañas, que aún conservan sus nombres euskaldunas, sobre todo en el Norte de África y el Cáucaso, donde viven muchas tribus que llevan nuestros nombres; y no es aventurado suponer que nos sean deudores de su civilización.

La arquitectura de las ciudades americanas prehistóricas que conocemos, como Palenque y Tiahuauaco, y otras perdidas en los frondosos senos de las selvas del istmo de Panamá, del golfo de Méjico y laderas orientales de los Andes, llamaron poderosamente mi atención por la forma trapezoidal de sus puertas y la inclinación calculada de sus muros; lo mismo que las pirámides monumentales de los templos mejicanos y de ese otro pueblo que las construyó á

centenares en las praderas norteamericanas, tan análogas en su orientación y formas á las del pueblo egipcio.

Mi sabio amigo don Florentino Ameghino ratificó con su autoridad científica otra observación mía que confirma estas conjeturas de comunidad de origen, y es la costumbre que tienen varias tribus americanas de ocupar el hombre cerca del recién nacido el lugar que deja la parturienta, cuando ésta se levanta para convalecer, costumbre tradicional en nuestras montañas pirenáicas, obedeciendo á la creencia de que el hálito vigoroso del padre trasmite al hijo delicado la energía y la robustez del adulto: no conozco otros pueblos que tengan tales prácticas.

Pero lo que confirmó más mi ya arraigada creencia fué la comparación que pude hacer personalmente, en el Museo de La Plata, entre unas cuentas de vidrio azul y blanco, colores de la bandera argentina, halladas unas en los bañados de Las Conchitas, al costado del ferrocarril á La Plata, y otras en las cavernas de Patagonia, por el doctor Moreno, director del citado museo, en sus viajes de exploración, circunstancia que aleja toda sospecha de mistificación, y otras cuentas análogas en color, forma y materia, extraídas de la gran pirámide de Cheops, sarcófago real, usadas en la época del Egipto faraónico.

Por otra parte, todos los pueblos americanos, anteriores á la conquista, tenían la tradición de la venida de hombres blancos en una época remota, así como el vaticinio de su futura reaparición, creencia que facilitó singularmente la dominación española.

¿Quién enseñó, pues, la arquitectura citada? ¿Quién trajo las cuentas que guarda el Museo de La Plata? ¿Fueron los cartagineses los que, huyendo en las reliquias de su escuadra destrozada, al caer su capital en poder de los romanos, abordaron á estas playas con sus tesoros y sus cien-

cias para servir de maestros á los constructores de Méjico, Palenque y Tiahuanaco, dejando en estas tierras las cuentas de vidrio del Museo de La Plata? La historia es muda respecto á esta escuadra.

¿Ó fueron tal vez aquellos audaces navegantes kántabros que por los mares del nordeste llegaron á las costas de Islandia y el Labrador, y por el sur á las Canarias, precediendo así al gran Elcano en su glorioso viaje de circunnavegación mundial?

La civilización prehistórica americana ¿vino del este ó del oeste? ¿Del norte ó del sur?

Problemas son estos que tal vez nunca se resuelvan, gracias á la intolerancia y fanatismo religioso que condenó á la hoguera todos los documentos escritos de los indios; problemas que hasta es audacioso enunciarlos.

Mas la etimología de *Chile* y de los *Andes*, del *Arizona* y del *Ushuaïa* ó *Utskaïa* (que así pronuncian los actuales indígenas) y de cien otros nombres que damos en nuestra *Erné*, autorizan la suposición que lanzamos, de que la raza euskara pobló estas regiones en época remotísima.

Sobre el canevás de estas ideas, aunque sin la preparación científica necesaria para abordar temas de tal naturaleza, he zurcido, que no bordado, el tema de mi *Erné* que las resume.

He creído que mis paisanos leerían con gusto los himnos de Roncesvalles, Kurutzeta y otros, no bastantemente vulgarizados, razón por la cual los he intercalado en mi narración, ensartando estas bellísimas perlas literarias entre los abalorios de mi fantasía.

Mi trabajo servirá en primer lugar para una obra de beneficencia; tal vez para llamar la atención de los etnólogos y filólogos hacia un nuevo rumbo, aun no explorado; y además para manifestar mi gratitud y estrechar los cariñosos

vínculos que unen nuestro pueblo euskalduna al pueblo hospitalario en cuya sociedad vivimos.

El amor á mi vieja raza euskara vivirá en mi corazón y en mi cerebro conjuntamente con el que profeso á la patria de mi esposa y de mis hijos, y adoptiva mía, la República Argentina, que saben es sincero los que me conocen.

Quiera, señor presidente, unir al *Aitor* la ofrenda de la primera edición de mi *Erné*, para su publicación conjunta, y al presentar á la digna sociedad que preside el homenaje de mis simpatías por su generosa cooperación en esta obra de beneficencia, aceptar el fraternal saludo con que me suscribo del señor presidente, muy atento servidor.

F. de Basaldúa.

ERNÉ

LEYENDA KÁNTABRO-AMERICANA

I

Una noche del mes de Setiembre del año 189... nos instalábamos en uno de los elegantes y cómodos dormitorios de los wagones reservados del ferrocarril de Buenos Aires á Rosario, Sunchales y Santiago, en el momento mismo que el estridente silbato de la locomotora anunciaba la partida del convoy.

Lentamente primero, rápidamente después, fueron desfilando ante mi vista las sombrías masas de los bosquecillos del Paseo de Julio, mientras á uno y otro lado de la vía brillaban con fulgor intermitente, ya las luces de gas de la ciudad, ya los faroles de los numerosos buques anclados en la rada de Buenos Aires.

La noche era oscurísima.

Ni una nube cubría el firmamento, regiamente decorado por miriadas de estrellas, cuyo fulgor era tanto más intenso cuanto más negro era el fondo en que brillaban.

Sobre la línea del horizonte del noroeste titilaba Capella, la preferida de la dulce Iclea, y un poco más abajo, al oeste, huían las Pléyades y el brillante Aldebarán, perseguidas por Orión, el de la espléndida cintura, pues que la forman las tres hermosas estrellas que los gauchos de nuestras pampas llaman las *tres Marías*.

Sirio, el soberano del cielo austral, fulguraba sus rayos al borde de la Vía Láctea, especie de gasa que le envuelve, como esas bellísimas americanas, limeñas y orientales, velan á medias sus hermosos ojos, cual si temieran fulminarnos

si dejaran lucirlos por completo. Casi sobre el zenit balanceábase el Navío, amarrado al Roble, emblema de la libertad, y al lado mismo, custodiada por el Centauro, brillaba la Cruz del Sur, símbolo de la más pura y elevada filosofía. ¡Quiera el cielo, donde lucen estos astros, hacer que siempre las naves de los estados sudamericanos naveguen entre la cruz y el roble de la libertad, custodiadas por el Centauro de nuestras pampas, que, como el celeste, sabrá defenderlas aún á riesgo de su vida!...

Absortos en la contemplación de las tierras celestes, mecidos por las oscilaciones del wagón, y arrullados por el monótono ruido de la trepidación del tren, una suave y profunda somnolencia fué invadiendo insensiblemente nuestro cuerpo, mientras el alma vagaba en la región del infinito...

Sería por demás prolija la enumeración de los insignificantes sucesos de mi viaje hasta la ciudad de Santiago del Estero, ó *del azúcar*, como con mucha gracia dice M. San Germes, laborioso industrial y opulento dueño de los mejores ingenios azucareros de aquella provincia.

En Santiago nos esperaba, listo para marchar, un rico tropero, negociante en mulas, que llevaba á venderlas tan pronto en Copiapó como en Cobija y hasta en Lima, la ciudad de los reyes y la capital de las bellezas americanas, si es posible superar la hermosura y la gracia de nuestras mujeres porteñas y orientales.

Esta vez, el mercado elegido era Cobija, viaje *regularcito no más*, que decía nuestro arriero, tratándose de 1000 kilómetros; sin duda porque el viaje á Lima por las altiplanicies bolivianas era mucho más largo y más difícil, pero que la mayor parte de mis lectores no recorrerán jamás ni sumando todos los viajes de su vida.

Si es exacta, como creo, la aguda observación de Sarmiento (don Domingo Faustino) que la *tonada* provinciana

proviene del hablar trotando en mula... yo debiera dar el tono á todos los músicos del orbe; mas lo que puedo afirmar por experiencia propia es, que en ningún manual de cocina, ni aun en el eximio de doña Juana M. Gorriti, se describen bifes... al natural, como los que se fabrican á lomo de mula. Algo debe entender de estos achaques aquel M. Delletery, de feliz recordación, que mi querido amigo Pablo Lazcano describe con cariñosa simpatía en sus conocidas *Siluetas contemporáneas. ¿Pas vrai, monsieur?*

De madrugada vino el *marucho* á recordar á su patrón al hotel donde dormíamos, y á prevenirle que los peones estaban listos para la marcha, aparejados los cargueros con provisiones de boca, y á la puerta las dos mulas más mansas y mejor aperadas, que nosotros debíamos montar. ¡En marcha! ordenó el arriero, y pocos minutos después dejábamos á retaguardia la ciudad dormida á orillas del río Dulce, para internarnos en las regiones del corazón de la Argentina, casi siempre fértiles en su vegetación, ó ricas en sus yacimientos minerales, pero siempre poéticas y bellas, lo mismo en las Pampas de horizontes circulares que en las montañas majestuosas erizadas de picachos.

Cinco días después llegábamos á Tucumán, costeando el río Dulce, continuación del Salí, pasando por Río Hondo, Chicligasta, Monteros, Famaillá y Lules.

En Tucumán demoramos el tiempo indispensable para proveernos de tabaco y *ají cumbarí* (1), cuya aplicación conocía solamente de oídas, por el conocido cuento del gallego y el burro cansado, á quien unas fricciones con este rojo estimulante, en cierta reservada parte, dió tales bríos y ve-

(1) *Ají cumbarí,* nombre indígena de una clase de pimientos rojos sumamente picantes, de forma cilíndrica, de 2 á 3 centímetros de largo por 1 centímetro de diámetro; crecen en estado salvaje en casi todos los bosques de la República.

locidad tal, que solamente usando de igual procedimiento fué alcanzado por su amo. En nuestro caso el ají tenía también aplicación, á hombres y mulas, pero solamente por el conducto anterior, y caso de ser atacados por la *puna* (2) los bípedos ó por la *tembladera* (3) los cuadrúpedos.

Dejando atrás la ciudad de los naranjos y costeando todavía el Salí, pasamos por la estancia y abra de Tafí, tan ventajosamente conocida por la excelencia de sus ricos quesos, superiores al famoso Gorgonzola, y llegamos al pueblito de Cardones, perteneciente á la provincia de Catamarca, en cuya línea está.

El abra de Tafí divide la sierra de Calchaquí que corre al nornoreste de la sierra y nevados de Aconquija que corren al sursureste, y cuya cumbre principal se eleva 4692 metros sobre el nivel del mar, según las observaciones de Campbell.

Desde Cardones, por las orillas del río Santa María y valle de su mismo nombre, seguimos hasta su confluencia con el río Cachí, desde cuya unión toma el nombre de río Guachipas hasta el río de la Silleta, donde lo cambia por el de Juramento, para tomar el de Salado al regar las pampas de Santiago y desaguar en el Paraná, después de besar los cimientos de la ciudad de Santa Fe.

---

(2) *Puna,* que significa cansancio, ahogo, en idioma quichua. Es la misma voz euskara *Uná* que significa cansancio, fatiga en la respiración. Esta enfermedad se siente en las altiplanicies andinas desde los 3000 metros de altitud sobre el nivel del mar, á causa de la poca densidad ó rarefacción del aire. He oído citar como remedio heroico contra el asma, el habitar cierto tiempo en las tierras de Puna. Los arrieros dicen que el uso del ají previene el mal.

(3) *Tembladera,* enfermedad que ataca súbitamente á las bestias al atravesar ciertos parajes de la cordillera andina, y que los naturales y arrieros atribuyen á emanaciones metalúrgicas, del mercurio dicen ellos, pero que la ciencia no conoce. Salvan los animales atacados si se les lleva prontamente á buenos alfalfares, dándoles á tragar al enfermarse dos ó tres ajíes.

Costeamos el río Cachí, hasta sus nacientes en la cuesta de Acay, que es la total extensión del fértil y risueño valle de los Calchaquíes, que defendieron con tanto heroísmo los indios de este nombre, y es uno de los territorios más bellos del mundo y joya la más preciosa de la provincia de Salta.

Aun cuando el número de mulas de la tropa era tan considerable que muchas de ellas no habían sido ensilladas todavía, y nuestras marchas eran lentas y buscando los mejores pastos y aguadas, el arriero, hombre entendido y vaqueano, determinó hacer un alto de ocho días, antes de emprender la ascensión á la altiplanicie ó *Puna de Jujuy*, y el paso de los Andes, de cuya cumbre nos separaban 80 kilómetros apenas.

Aunque estábamos á mediados de Setiembre á los 24° 25' de latitud, es decir, al comenzar la primavera, y casi en la línea del trópico de Capricornio, la temperatura era excesivamente variable, pues si de día hacía calor, era el frío intenso y helaba todas las noches.

A la mañana siguiente, acompañado del *marucho* (4) y uno de los peones más vaqueanos, salimos á cazar vicuñas, que me dijeron había en las inmediaciones de Toconar, antigua ranchería quichua que la previsión de los Incas escalonaba á lo largo de las cordilleras, como depósito de vituallas y refugio de viajeros, hoy abandonadas y ruinosas, gracias á la época de progreso que alcanzamos.

El viaje fué infructuoso y regresamos al campamento acompañados por dos *coyas* de Oruro, que iban á la Argentina seducidos por la fama que pregona sus riquezas. Estos indios, cuyo abolengo se remonta á muchos siglos, sobrios y vigorosos, recorren el continente americano sin otra mercancía que algunos *yuyos* y bayas raras recogidas en sus bosques

---

(4) Muchacho que monta la madrina y guía la tropa como señuelo.

tropicales, cuyas virtudes preconizan con enfáticos discursos, y venden como infalible remedio de amor á la numerosa especie de los tontos.

Gitanos inocentes que ignoran, es verdad, la quiromancia, pero que, como aquéllos, pertenecen á una vieja raza perseguida y proscrita inicuamente, y que se vengan de la humanidad explotando la estúpida credulidad de sus verdugos. Ellos me aseguraron que en las inmediaciones de Lari, cerca del cerro de Socompos, habían visto numerosos rebaños de estos animales y de llamas.

Como Lari dista unas 25 leguas del campamento, el tropero me aconsejó desistiera de mi empeño, pintándome los peligros reales de la expedición y aun exagerándolos, pero, vista mi obstinación, dispuso que me acompañáran dos peones con una tropilla de mulas, á fin de llegar temprano y pernoctar en Lari.

Amaneció un día espléndido, sin viento, frío y seco, como son generalmente los días de esta estación en la cordillera andina, y partimos, caminando á buen paso para almorzar en Toconar, donde atravesamos el eje central de la cordillera andina, en el punto mismo que sirve de límite al antiguo territorio boliviano, arrebatado hoy por Chile, y á las provincias de Salta y Jujuy. A las 5 de la tarde llegamos á la *pascana* (5) de Lari que, como las de Toconar, Cauchari, Carrisal, Catúa y Guaitiquiña, que hallamos sobre el camino, estaba abandonada. Entonces uno de los peones me propuso seguir hasta el cerro de Socompos, que estaba á la vista y en cuyas laderas hallaríamos la caza que buscábamos y encontraríamos además, leña, pastos y aguada para nuestras monturas. Esa noche acampamos en las laderas del cerro de Socompos,

(5) *Pascana.* Llámase los puntos de parada ó posada que los Incas establecieron á lo largo de los Andes y sobre los caminos de las montañas de su imperio, para refugio de los viajeros.

cubiertas de un pasto musgoso y agradable á juzgar por el ansia con que lo devoraban nuestras mulas. Todo el terreno comprendido entre la cuesta de Acay y el cerro de Socompos, y probablemente todas las vastas altiplanicies encerradas entre las diferentes estribaciones de los Andes, que, en la latitud de Lari, abrazan de este á oeste una extensión de más de cuatrocientos kilómetros, en varios valles completamente horizontales, divididos de norte á sur por cordilleras paralelas á la cadena central; toda esta enorme extensión ofrece los mismos caracteres físicos y geológicos: con numerosos depósitos salinos que revelan su emersión del fondo de los mares; y, cosa extraordinaria, diríase que tal formidable levantamiento hubiera sido, ó sumamente lento, ó que tuvo lugar cuando el mar bañaba apenas las aristas de sus altiplanicies. Ni una grieta, ni un desgarramiento en la monótona uniformidad de su enorme superficie, nada, en fin, que indique el derrame violento de la masa de agua que ha debido cubrir tan vastas altiplanicies. Y sin embargo ¡contraste singular! la base de los Andes y algunos kilómetros adyacentes se hallan cubiertos de infinita cantidad de cantos rodados, desprendidos y arrastrados por poderosas corrientes de los macizos flancos de la cordillera.

¡Impone y entristece el ánimo el aspecto yermo y desolado de aquella región desierta!

Apenas si en algunas quebradas brota el *piúquen* de que se alimentan los guanacos, vicuñas ó llamas, que viven en aquellas soledades; apenas si raras *llaretas*, el combustible de la cordillera, crecen raquíticas en las grietas de las peñas!

Eflorescencias salinas esmaltan con su nítida blancura las peladas rocas, y otras amarillentas, de azufre probablemente, los bordes de las raras lagunillas.

Mas ¡cuánta majestad en aquel sombrío cuadro! ¡Con qué religioso terror se eleva el corazon á Dios, como invo-

cando su amparo, para salir ileso de aquella inmensa tumba de granito!...

Conforme aseguró el vaqueano, en las faldas del cerro de Socompos hallamos en una pequeña quebrada, pastos, agua y leña de *llareta* en abundancia; con ella hicimos una gran fogata que sirvió para preparar nuestra frugal comida y, sobre todo, para calentar nuestros cuerpos, entumecidos por el frío repentino que sobrevino al entrar el sol y que alcanzaría, seguramente, á 4 ó 5 grados bajo cero.

Amaneció, y poco después, cuando el astro rey dominó la cumbre de los Andes, que cerraban el horizonte del este, el calor de sus rayos combinado con la sequedad del aire absorbieron rápidamente los vapores helados de la noche, ofreciendo á mis ojos un espectáculo curioso.

Diríase que sobre los conos más altos de los Andes, del Socompos y demás cumbres vecinas, gravitaban, en sentido inverso, otras montañas de forma perfectamente cónica. Estos conos vaporosos parecían animados de un rápido movimento de rotación que, poco á poco, fué estirándolos, adelgazándolos, á medida que la base se disolvía en las altas regiones de la atmósfera, hasta que desaparecieron por completo en el intenso azul del firmamento.

A las ocho comenzamos la cacería, persiguiendo en nuestras monturas el alcance de la manada de vicuñas, que se dirigió rectamente hacia la cumbre del Socompos.

Desplegados en ala y maniobrando en el sentido de envolverlas, bien pronto tuve algunos animales al alcance de mi wínchester: dos cayeron mortalmente heridas, mientras la manada huía con rapidez hacia el oeste. Almorzamos en la misma quebrada de nuestro nocturno campamento los más exquisitos trozos de las vicuñas, cuyos finísimos cueros fueron estaqueados por uno de los peones, mientras el otro se ocupaba en la cocina, pues según me aseguraron, bastaría un

olo día de exposición á los rayos de aquel sol abrasador para ue los cueros quedasen en perfecto estado de trasporte.

De tardecita, mientras dormía la siesta, fuí despertado or las voces de mis peones que me señalaban varias ma-adas de llamas, alpacas y vicuñas corriendo en dirección al este, y manifestando en su actitud todos los signos del te-rror, como si algún peligro inmediato las amenazáse.

Mientras los peones, por mi orden, ensillaban precipita-lamente nuestras mulas para salir en persecución de aquellos nimales, un ligero vapor, como trasparente gasa, se elevaba l este sobre la cumbre de los Andes.

Los peones, al verlo, me significaron que era preciso des-nsillar y guarecernos con nuestras mulas en lo más profundo le la quebrada, pues no tardaría en soplar el viento huraca-ado de los Andes, especie de Simoun helado, más terrible ue el ardiente del Sahara é infinitamente más veloz y más nortífero, aunque su duración sea apenas de una hora.

Pero, ¿qué cazador *pur sang* retrocedió jamás ante peli-gros futuros, tal vez imaginarios, cuando la res está á la vista y se tiene un buen fusil entre las manos?

Desoyendo las voces de los peones, que huían hacia el fondo de la quebrada, y presa yo de un acceso de risa, al observar su terror extemporáneo, en medio de una natura-leza en absoluta calma, clavé la espuela en los ijares de mi cabalgadura, poco acostumbrada á semejantes insinuaciones, y un momento después seguía los alcances de los fugitivos animales, oprimiendo con nerviosa mano el gatillo de mi rifle.

De repente sentí un silbido agudo, y un frío intenso suce-dió al calor del día.

Quise volver bridas, convencido, aunque tarde, del inmi-nente peligro en que me hallaba.

Pero el viento y la nieve me cegaron: nada ví en cual-

quier dirección en que mirase, y, comprendiendo que estab perdido sin remedio, dejé que el huracán me arrastrase hа cia el oeste, donde tal vez estaba mi sola probabilidad d salvación.

El instinto de las béstias es á veces superior á la razó humana, y el hecho de huir hacia occidente la caza que ib persiguiendo, era indicio de que en aquella dirección existí algún abrigo, algún refugio donde iban á guarecerse aque llos animales.

Y empujado por aquel huracán irresistible seguí corriend al azar. ¿Cuánto tiempo duró aquella carrera desenfrenada Lo mismo pudo ser una hora como un minuto, aun cuand me inclino á creer que fué breves instantes.

De súbito, á pesar de la nieve que caía, ví algo oscur ante mi vista, algo confuso é impalpable que no podría pre cisar. ¡Era el abismo! ¡Era la muerte!

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano saqué los pies d los estribos y quise arrojarme al suelo.

Pero el poncho no me permitió desenredar mis manos r tampoco la violenta sentada de la mula, que, olfateando tan bién un peligro inminente, detuvo súbitamente su veloz ca rrera y cayó hacia atrás.

Desgraciadamente para mí, la velocidad adquirida po mi cuerpo y la falta de un punto de apoyo en los estribo que acababa de soltar, hicieron que saltase lejos, dando u grito de horror y desesperación.

¿Cuánto tiempo duró mi caída en aquel horrible abismo No podría decirlo.

Una angustia suprema, una desesperación infinita m embargaba el alma, viéndome impotente ante el horribl peligro de mi caída.

La cabeza hacia abajo, los brazos extendidos y com agarrotados entre los pliegues del poncho que sacudía co

sesperación... *sentía*, sí, sentía la sensación indefinible mi caída hacia el abismo, con los ojos desmesuradamente iertos por el terror, y asfixiado por el aire que entraba á rrentes por mi boca, sin permitirme ni el consuelo de itar.

De pronto sentí una sensación extraña: un dolor casi luptuoso en razón de su misma intensidad y algo así mo la conciencia de que asistía al instante supremo de mi uerte.

Después, perdí la sensación del dolor, mis ideas se hicien más confusas, *opacas*, y la conciencia de mi sér se fué svaneciendo en mi cerebro, como se desvanecen y se erden las vibraciones del arpa en las ondas sonoras del pacio.......................................

....

II

«Altas son las montañas, sólidos é inconmovibles sus imientos.

«Hasta el cielo levantan sus agudas crestas, ávidas por añarse en el éter purísimo del cielo!

«En vano el rayo descarga sus furores sobre sus picahos afilados.

«En vano el huracán se cierne sobre su mole como el óndor sobre la presa de los valles, ansiando devorarla, n vano!

«La montaña, más fuerte que el rayo, insensible al furor el huracán, parece rejuvenecer á cada nuevo ataque.

«Y así como al fúlgido resplandor de los relámpagos arece más inmensa su grandiosa mole, así también después

que el huracán ha lavado sus laderas con torrentes d lluvia... la montaña aparece más hermosa en la diafanida del cielo que sigue á la tormenta, y las gotas de lluvia, sus pendidas de las flores y las hojas, brillan como diamante en tocado de princesa.

«¡Altas son las montañas, hermosas sus laderas!

«Cual sultana en mullido trono de cojines, sobre alfom bras de Smirna y pérsicos tapices, recibe el homenaje d sus súbditos y los ricos presentes de sus siervos, así la mon taña apóyase en sus laderas y collados y recibe como ofren da el perfume de nardos y violetas, azucenas y lirios, rosas claveles, fresas y chirimoyos; y bosques de jazmines y d aromos de oro, y miriadas de flores del aire, semejantes blancas mariposas, cuelgan de troncos y breñas, y en ala de Céfiro envían sus esencias preciosísimas hasta el tron de su reina.

«¡Qué bella y perfumada es la montaña!

«En sus robustos flancos encierra frescas grutas, soste nidas por columnas de blanco mármol, de rojo pórfido brillantes estalagmitas, cual no las tuvo tan bellas en su palacios el más fastuoso monarca de la tierra.

«Allí se desliza mansamente, sobre arena finísima y bri llante, el agua filtrada de las nieves de la altura, fresca pura, y cual el hielo cristalina.

«Zafiros y rubíes, topacios y esmeraldas, y hasta el dur y preciosísimo diamante se esconden en su seno... mien tras el oro, codiciado de los hombres, corre en anchos filone interiores como corre la sangre en las arterias».

«¿Qué tesoro hay igual á la montaña?

«Sólo el águila real, sólo el cóndor poderoso se ciernen su altura, navegando majestuosos en el mar etéreo.

«Allí no alcanzan los infectos reptiles del pantano, por que en la pura atmósfera que reina se ahogan los gusanos

«La montaña es mansión para elegidos, es patria de los libres, refugio de los buenos.

«La esclavitud no escala las alturas.

«La esclavitud es sombra y es abismo; y el sol alumbra las montañas mucho antes y después que las llanuras.

«¡Libres son las montañas de la tierra! ¡Libres los pueblos que moran en las cumbres!

«¡Salve! ¡montaña! ¡Salve!»........................

....

Y el eco de la voz armoniosa que cantaba á las montañas se fué extinguiendo lentamente en las sonoras cavidades de las peñas que yo permanecía inmóvil y como embriagado con los rítmicos acordes de la extraña y tierna melodía.

Un éxtasis divino embargaba mis sentidos, enterneciéndome á porfía la armoniosa cadencia de la música, el timbre de la voz dulcísima, los conceptos del cántico y la extraña novedad del suceso.

Y lágrimas de ternura corrían de mis ojos, y alzábase mi pecho henchido de sollozos, sin que la voz alcanzara á salir de mi garganta, oprimida por nervioso espasmo.

Es que el recuerdo de mi patria, súbitamente evocado en la memoria, llegó hasta el corazón y desbordó en sollozos.

Porque también soy hijo de montañas. Hijo de aquella vieja y varonil Kantábria, trono inexpugnable de la independencia euskára, donde mis padres hicieron de la libertad su Dios, derramando en sus aras, cuando era amenazada, la sangre de la flor de sus guerreros, para regar con ella el tronco añoso del roble de Guernica, que así conserva su verde lozanía.

¡Montañas de mi patria ¡salud! ¡salud! ¡salud!...

III

La sensación de la luz, hiriendo rectamente sobre mis párpados cerrados, me despertó.

Abrí los ojos y al observar con rápida mirada el extraño aposento en que me hallaba, volví á cerrarlos convencido que soñaba.

Pero mi acción no pasó desapercibida para las personas que sin duda velaban á la cabecera de mi lecho, y una voz grave, de timbre simpático, adivinando sin duda mi pensamiento, me dijo: No, no soñais, el huracán os arrastró al precipicio, pero la misma violencia del viento impidió que cayérais verticalmente, en cuyo caso os hubiéseis estrellado contra las rocas; vuestro poncho que, según decíais en sueños, era causa de vuestra caida al abismo, fué también el instrumento de vuestra salvación; el viento hizo que describiéseis larga trayectoria, y el poncho, extendido horizontalmente por los movimientos nerviosos de vuestros brazos, os sirvió de paracaídas, de manera que el cuerpo sufrió un golpe relativamente débil, gracias también á la gruesa capa de nieve que alfombraba el suelo.

Hubiéseis perecido de frío, sepultado por la nieve, cuyos blancos copos han llovido en abundancia, si la mirada de mi hija no hubiera visto vuestra caída, aunque sin adivinar que se trataba de un semejante nuestro, y si sus ruegos no hubiesen conseguido que se os buscase.

Felizmente estais salvado: vuestra constitución es robusta y muy pronto estareis en disposición de ir adonde os plazca.

Mientras tanto descansad, estais en vuestra casa, sois mi huésped y haremos lo posible por satisfacer vuestros deseos. Izara es vuestra enfermera; descansad.

Quien así me hablaba era un anciano de aventajada estatura, de facciones enérgicas, endulzadas por una sonrisa bondadosa, y cuyos ojos negros, llenos de inteligencia y fuego, brillaban intensamente bajo sus pobladas cejas, blancas como la luenga barba que encuadraba sus mejillas.

—Gracias, señor, por vuestras atenciones; gracias también para vuestra hija, á quien debo la existencia, y creed, dije al anciano, que recibe vuestros beneficios un corazón agradecido.

El esfuerzo que hice para hablar y la admiración que me causó la vista y las palabras del anciano, ó la debilidad de mi cuerpo producida por la caída y las violentas emociones sufridas, determinaron un nuevo desvanecimiento, del que volví casi inmediatamente, gracias á un licor coralino que hizo filtrar entre mis lábios mi solícita enfermera.

Al abrir nuevamente los ojos, una exclamación de asombro salió de mi boca, al contemplar la peregrina belleza que tenía ante mi vista.

Imaginaos una mujer de elevada estatura, rosado el cutis y aterciopelado como el de las hijas del Nervión, angélicos los azules ojos, soñadores, y una sarta de perlas en estuche de coral por boca y dientes; orejas sonrosadas, largo y nervioso cuello, redondos hombros, breve cintura, turgente el níveo seno, ancha y redonda cadera, y todo el ademán de una reina.

Vestidla con el traje de sultana ú odalisca, llevado con sencillez y suprema elegancia; dad á esa estatua admirable el fuego todo que Prometeo sustrajo del Olimpo... y tendreis débil idea de la imagen de aquella mujer hermosísima, que me miraba sonriente, cual sonríe una madre cariñosa al bebé enfermo cuyo sueño vela.

—Dormid, me dijo, no hableis, estais muy débil y eso pudiera haceros daño; bebed aún del licor que os ofrezco y

dormid; y uniendo la acción á la palabra acercó á mis labios el rojo licor, que absorbí lentamente, con delicia, mientras mis ojos bebían en los suyos el magnético fluido que irradiaban.

¿Fué un instante fugaz? No; fué un eterno instante. La ví, y su imagen jamás se borrará de mi retina, como no se borra de la plancha fotográfica la imagen grabada instantáneamente por un rayo de luz, que se eterniza así.

Oí su voz, y tampoco su armonioso acento dejará de vibrar en mis oídos, que lo fingen sin cesar, como no se borran del cilindro fonográfico las huellas producidas por la vibración, que vuelve á reproducir indefinidamente la voz que las grabó.

¡Era Izara, era la voz dulcísima que oí entre sueños cantar á la Montaña!

Y extasiado de admiración, mudo de asombro, concentr en mis pupilas la expresión de los sentimientos que embar gaban mi alma, y le hablé con el lenguaje del espíritu.

Sonriente, ruborosa, colocó con gracia infantil el índic sobre sus labios, y desapareció bajo los pliegues de un co tinado de finísimo *compí*, la rica tela usada por los Incas.

La habitación en que me hallaba era el interior del cráte del volcán de Beltzur, extinguido hacía muchos siglos. C lo describiré brevemente.

El pico de Beltzur, *agua negra*, ó Peltur como lo señala los geógrafos modernos, se encuentra en la cordillera andin á los 23° 27′ 27″ 24 de latitud austral—bajo la línea mism del trópico de Capricornio—y á los 71° 23′ 30″ O. del m ridiano de París, correspondiente á 11° 9′ de longitud, oeste del observatorio de La Plata..

El punto culminante de la montaña mide 5130 metr sobre el nivel del mar, y domina las vastas y desiertas so dades que se extienden al norte, al sur, al este y al oest

extensas planicies apenas frecuentadas por algún pobre arriero de Salta ó de Jujuy, que lleva sus ganados á los puertos del Pacífico; ó por los errantes *coyas* perú-bolivianos que se sirven todavía del viejo camino de los Incas ([6]) en sus excursiones á través del continente.

El pico de Beltzur es en estas áridas y desiertas y heladas altiplanicies andinas, lo que el oasis riente, sombreado por esbeltas palmeras datilíferas, á cuyo pie serpentea el manantial cristalino, en los tórridos arenales del Sahara.

En sus laderas, inclinadas unos 30° sobre el horizonte, hasta las dos terceras partes de su altura, corren las aguas transparentes que vienen de la cima, en multitud de hilos, conducidos por acequias sabiamente construídas por los quichuas, con arte análogo á las que surcan las fértiles vegas de Valencia, atestiguando el alto grado de cultura que alcanzaron los mozárabes.

Todas las producciones agrícolas del mundo crecen espontáneamente en los collados de este cerro mimado por la Naturaleza, haciendo singular contraste con la aridez de las comarcas circunvecinas. Desde el negro abeto y las coníferas, y el liquen que tapiza las rocas inaccesibles de la cúspide; y el roble y la encina que siguen en descenso, entremezclados con castaños, nogales y avellanos salvajes; hasta el olivo y la viña, el granado y el dulce chirimoyo, y la elegante *bocayá*, la palmera de dulces dátiles, y el helecho arborescente,

---

([6]) El *camino de los Incas* fué construído por Sinchicura, generalísimo del Inca Yupanqui, al regreso de su expedición á la conquista de Chile. Llegó triunfante hasta orillas del Maule, por los 36° de latitud austral, donde encontró la confederación de las tribus de araucanos, indómita y valerosa raza que le obligó á retroceder. Siglos después, estos mismos indios pusieron á raya al conquistador español, hasta casi extinguir sus mocetones en centenares de homéricos combates, durante un largo período de cerca de 300 años. Ercilla, el poeta-guerrero, que los combatió, pregona noblemente el valor de estas tribus en su conocido poema *La Araucana*. Hoy mismo se conservan independientes, gobernados por leyes propias, semejantes á las bascongadas, en gran parte.

y el banano y el verde limonero; todas, todas las producciones del trópico y de las zonas templadas, se dan espontáneamente en aquel lindo paraíso, perdido en el desierto.

No era extraño, pues, que el anciano *Jakinduna* (7), como se llamaba el padre de Izara, mi huésped, lo hubiese escogido para su morada, desde una época remota.

El interior del cerro, taladrado verticalmente por las erupciones de los fuegos subterráneos, en la edad de formación de la cordillera andina, hallábase surcado también por vastas galerías, abiertas unas por la acción de las ardientes lavas, y otras, las que corrían horizontalmente en las direcciones cardinales, trazadas en la roca viva por las generaciones pasadas de indios aborígenes.

En las primeras edades sirvió de refugio al hombre primitivo; después fué templo donde se cultivaron las ciencias y uno de los observatorios astronómicos de más fama entre los sabios sacerdotes de la raza roja, que civilizaron el país.

Actualmente el anciano *Jakinduna*, uno de los pocos iniciados en la religión del pasado, que será la religión del porvenir, era el sacerdote encargado de su custodia.

Las habitaciones reservadas del anciano y de su hija estaban labradas en la roca viva, admirablemente pulimentadas y decoradas con regia elegancia al gusto oriental.

Blandos divanes de crujiente seda, ocupaban el contorno mientras muebles de raras formas, artísticamente esculpidos en ónix, esmeralda y oro, contenían ricas colecciones de esos *bibelots* de porcelana antigua que hacen las delicias de los inteligentes, y flores y aves rarísimas embalsamaban embellecían la atmósfera al par que deleitaban el oído.

---

(7) *Jakinduna*, formado por las voces *Jakin*, sabio y *alduna* potente significa literalmente, esciente, sabedor, sabio, ó bien poderoso de sabiduría.

Estas habitaciones comunicaban con un inmenso salón entral imposible de describir en todos sus detalles, pero de uyos lineamentos generales daré aquí breve idea.

Imaginaos el interior de un inmenso cono truncado, de nos mil metros de altura; cuya base inferior medía un diánetro de cuatrocientos metros, y la superior, abierta al cielo, nos cien metros próximamente: esta abertura superior era l cráter, la boca del extinguido volcán, y se abría hacia rriba hasta tener doscientos metros de diámetro externo; se era el punto más alto del Pico de Beltzur, que domina ltanero las chatas planicies del contorno.

Las paredes interiores del cono, brillantemente pulimenadas en una época remotísima, estaban cubiertas por un arniz blanco azulado, semejante al cristal en su aspecto, en l que reflejaban los rayos solares inundando con sus luces l inmenso salón; mas el barniz, de que también estaban ubiertas las habitaciones y corredores, tenía propiedades osforescentes que lo hacían inapreciable en aquellos subteráneos espléndidamente alumbrados con su luz suave.

Sobre el piso del gran salón descansaban innumerables nstrumentos de astronomía, física, geografía, química, etc., tc., de riqueza incomparable: en el centro estaba un telesopio gigantesco, cuyos movimientos facilitaba una combiación eléctrica.

En contorno, esfinges gigantescas de granito sostenían na especie de cornisa elegantemente esculpida, encima de , cual y en toda la circunferencia se hallaban esqueletos de odos los grandes animales que han poblado el planeta; y ncima de ésta, tres galerías más, igualmente ocupadas por , fauna y la flora de las edades pasadas; colección riquísima, ompleta, cual no la tuvo jamás ningún otro museo de la ierra. En el plan terreno, entre esfinge y esfinge, en multid de estantes de madera incorruptible, se hallaban coloca-

dos en orden admirable multitud de papirus y volúmenes, escritos en signos jeroglíficos ó estenográficos y curiosos dibujos cuyo significado no pude comprender.

Tal era á grandes rasgos la regia y extraña mansión en que me hallaba.

IV

Á la mañana siguiente rogué al noble Jakinduna me iniciara en los secretos del pasado de su raza, de su religión y de su ciencia, pues mi curiosidad se hallaba vivament excitada en presencia del arcano que tenía ante mi vista.

He aquí una pálida idea de lo que me reveló el ancianc pues no podría referirlo todo en razón de la elevación d sus ideas, que no comprendí sino en mínima parte, y de l nuevo de su lenguaje, cuyo significado preciso no estaba a alcance de mi inteligencia limitada.

—Como nacen las flores en los prados después que la lluvias y heladas del invierno han devuelto á la tierra lc principios fecundantes que flotan en la atmósfera, en form de gases y en diversas combinaciones químicas, así el hon bre, *flor de inteligencia*, nació á la vida por un esfuerzo espor táneo de la naturaleza, y como resultante lógica de causa preexistentes.

Tres especies diversas de hombres aparecieron entonc en la superficie de la tierra.

La raza roja, universal.

La raza negra, circunscrita al Africa.

La raza blanca que nació en el Cáucaso y se extend despues á todo el cuadrilátero comprendido entre el Ural (

[8] Ura-ahal ó Ura-al ó por fin Ural, se compone de las voces *U* agua y *ahal* ó *al*, poder, potestad, potencia. Significando todo poten contra el agua, que cubrió todas las estepas rusas, del Ural y el Cáuc al polo boreal, en edades relativamente próximas á nuestra era.

el océano Atlántico, el Mediterráneo y las tierras boreales. Las otras razas son cruzamientos de estas tres.

Después del formidable período geológico, cuando el fuego surgido de las entrañas del planeta, irradió gran parte de su calórico y fué por ello dominado por las aguas, del seno del océano universal surgió el primer gran continente, el austral, y en él nació después el hombre de la raza roja.

Aquel gran continente ocupaba casi toda la zona comprendida entre las costas oriental del Africa y la occidental de América, en el espacio ocupado ahora por Australia y Polinesia y sur del Asia.

Pero el levantamiento, el surgimiento diríamos mejor, de aquella tierra, fué paulatino, por manera tal, que la gran cordillera central del Himalaya fué la primera habitable. Y le dimos el nombre de *Asia* (9), que en el idioma de mi raza significa *principio.*

Y á medida que las aguas retrocedían al seno de los mares, por el levantamiento del suelo, ó subían á la atmósfera por evaporación, la especie humana fué extendiéndose en los terrenos desecados, que se cubrieron de inmensos bosques y vastísimas praderas, donde pastaban los grandes mamíferos de aquella edad remota, mientras surcaban las aguas profundas del océano los monstruos cuyos esqueletos son el asombro de nuestros museos.

Iguanodontes gigantescos, ictiosauros, plesiosauros y lagartos de cuarenta metros de longitud; cocodrilos de veinticinco metros, tortugas de seis y ballenas de dimensiones colosales, surcaban los mares; mientras el mono saltaba entre

---

(9) *Asia* se compone del verbo *así,* principiar y la característica de apelativo *a,* él, la, lo; por manera que la voz *Asia* dice en kántabro, *lo del principio,* que conviene exactamente á la tradición universal que señala aquella región como origen de la humanidad. Ningún otro idioma conocido explica esta etimología.

bosques de palmeras y helechos y bambúes colosales, primeros árboles de la tierra.

El esqueleto de mono hallado en Suffolk, en el London Clay, á los 52° de latitud norte *actual*, y los restos vegetales hallados á más de trescientos metros bajo el nivel del mar, en las minas de carbon, atestiguan lo que os voy diciendo.

El félis esmilodon de veintiocho metros, el león de cinco, los mastodontes y mammouths de diez metros de alto, el caballo y el perro gigantescos, algunas de cuyas especies poblaban el *actual* polo boreal, y cuyas *carnes frescas*, conservadas por los hielos, sirven de alimento todavía á los perros esquimales (10), pastaban y cazaban en las praderas primitivas.

Entonces surcaban los aires, pájaros monstruosos como el diornis, del tamaño del mammouth, ó el ornitorinquio, más grande todavía á juzgar por la traza de sus pasos, grabados en la arcilla, largos de tres metros.

Y el hombre era ya creado.

Lo prueban los rastros de fuego, los residuos de carbón vegetal hallados en las capas geológicas de aquella época y en algunas cavernas del Himalaya y otras cordilleras, juntamente con restos calcinados de huesos colosales, de los animales que le sirvieron de sustento.

En aquella edad remota, el hombre, casi mudo, desnudo y miserable, hubo de luchar con las inclemencias de la naturaleza, disputar el sustento á los otros animales, guarecerse en las grutas de los montes y en lo alto de los árboles, y emigrar de un lado á otro á medida que agotaba los frutos de la tierra. Es lo que hacen en nuestros días las pocas tribus salvajes que aun quedan en la Tierra.

Poco á poco, después de los ásperos gritos guturales con que llamaba á su compañera, fué modulando sonidos más

---

(10) Moreau de Jones, *Etudes prehistoriques*, C. III.

armoniosos, que, combinados paciente y sabiamente, produjeron el lenguaje articulado, distintivo el más precioso que señala al hombre sobre los demás animales de la creación.

Centenares de siglos duró este primer período, cuya larga historia ha quedado escrita, para quien sabe leer su lenguaje sublime, en las páginas imborrables de la geología...

—¡Centenares de siglos! ¡Millares, tal vez millones de años! Oh, noble Jakinduna, ¿cómo podría creeros cuando la Biblia, el libro sagrado, el monumento venerable de nuestra religión cristiana fija en seis mil años la creación del universo por la Divinidad? Que no os ofendan mis dudas, mas ¿cómo conciliar vuestras palabras con mi fe, cuando la ciencia moderna parece corroborar la Biblia?

—Vuestras dudas no me ofenden, replicó el anciano; las esperaba, las deseaba porque así podré desvanecerlas, irradiando sobre las sombras que oscurecen vuestra inteligencia los torrentes de luz de esa Biblia que no sabeis leer, y de esa vuestra ciencia contemporánea que corroborará mis asertos.

Los más ilustrados de los sacerdotes cristianos aceptan las palabras *época*, *período*, *ó días genésicos*, que tanto valen unas como otras, en vez de los *días* comunes de la Vulgata. Es una tangente por la que eluden el ridículo en que incurrirían si sostuviesen la anterior interpretación del antiguo texto hebreo, y un medio discreto de facilitar la concordancia entre las verdades científicas y religiosas, que no pueden jamás marchar en pugna, so pena de traer una perturbación social que terminaría por la ruina de la escuela errónea.

Me preguntábais que cómo podríais conciliar mis palabras con vuestra fe. Y bien, á mi vez, yo os pregunto: ¿qué entendeis por fe? ¿creer lo que no vimos? ¡Eso es todo cuanto sabeis contestarme, porque es todo lo que os han enseñado! Más yo os diré con Tomás de Aquino: *Fe es el valor del espíritu que avanza resueltamente ante sí, que todo lo inves-*

tiga, lo discute y lo comprueba, seguro de encontrarse al fin con la verdad.

Seguidme entonces con fe, con esta fe toda luz y verdad, y vereis cómo la ciencia moderna confirma mis anteriores afirmaciones respecto á la antigüedad de la creación del globo y de nuestra especie.

No contemos los millares de siglos empleados en la condensación y solidificación de las sustancias que componen el globo terráqueo y que, en el principio, se hallaban en forma de gases en la atmósfera enormemente agrandada. No contemos tampoco los centenares de siglos que tardaron en formarse las capas plutonianas, cuya formación principió, sin duda alguna, en los polos *de entonces.*

Del grupo de capas geológicas, neptuniana, cámbrica, silúrica, devoniana, calcárea, hullera, triásica, etc., etc., tomemos solamente la hullera, y apoyándonos en la notabilísima serie de trabajos inaugurados por sabios tan notables como Chevandier, Cotta, Dechen, etc., afirmemos que cada metro de hulla ha exigido de la naturaleza un trabajo de veinte mil años, lo que daría un período de más de *diez millones de años* de duración para la sóla formación hullera.

Esto dice vuestra ciencia contemporánea.

Ved ahora lo que enseña la ciencia y la tradición religiosa de la antigüedad. Los egipcios computaban los ciclos por períodos de treinta y seis mil años. Los caldeos asignaban á su ciclo una duración de cuatrocientos treinta y dos mil años. Los indios asignaban una duración de cuatro millones trescientos veinte mil años á su ciclo ó Maha Yug. Y los Rutas, ó *Urrutas* ([11]), á cuya raza pertenezco, asignaban á su Kalpa ó Ciclo cuatro mil trescientos veinte millones de años.

([11]) *Urruti,* significa lejano, que viene de lejos y Urruta ó Ruta, permanente, estable, de lejano origen.

Y si os fijais en lo que enseñan estas cifras, vereis que todas, aunque diferentes en cantidad, reposan sobre las mismas bases de cálculo.

En efecto, el ciclo egipcio es la duodécima parte del caldeo, que á su vez es la décima parte del indio, que es su década, y la Kalpa cuenta mil decadas divinas.

Los indios dividían su ciclo en cuatro edades y llamaban Menou (12) á la Potencia inteligente, celeste, que presidía las evoluciones de la humanidad durante el ciclo, es decir, el período de tiempo comprendido entre diluvio y diluvio.

La primera edad llamada Satya-Yug ó de Siva que los egipcios llamaban de Seth y los etruscos y los griegos de Saturno, es la que vosotros llamais *edad de piedra.*

La segunda edad llamábase de Tetra-Yug, ó de Brahma, de Horus, de Iao, de Jehová ó de Júpiter, y marcaba el principio de la vida social. Edad de iniciación religiosa, de subyugación de las especies animales, de la reinvención de las ciencias y las artes; la edad que llamais *de bronce.*

La tercera edad se llamaba de Duapar Yug, de Saravasti, de Isis y de Ceres. En ella se ampliaba y normalizaba el progreso de la precedente, iniciábase la mujer en la religión y las ciencias, cultivando las artes y las ciencias naturales, que alcanzaban así todo su esplendor. Es la que vosotros llamais *edad de plata.*

La cuarta y última edad del ciclo es la llamada Kali-Yug, en la que reina el espíritu, en la que se cumplen las promesas sagradas y se alcanza la perfecta organización social. Es, en fin, la edad de la suprema ciencia, la en que se constituye la alianza universal entre todos los cultos y todas

---

(12) Es la voz euskara *Menzú-a,* mando, poder, imperio; fórmase de *menea-zentzua,* entendimiento, juicio, sentido de autoridad.

las sociedades de la tierra: la edad de Visnú y de Osiris, la que llamais *edad de oro* (13).

He aquí ahora lo que nos enseña la historia y esa otra ciencia que llamais prehistoria, ampliación de aquélla, cuyos principios retroceden hacia el pasado á medida que se estudia la filología, la numismática, la arqueología y se descifran los papirus é inscripciones de los monumentos de la antigüedad, como retrocedían las fuentes del Nilo ante el avance de sus valientes exploradores; ó mejor aún, la prehistoria acrece sus caudales de ciencia, como han aumentado los catálogos estelares con la invención del telescopio.

Las observaciones astronómicas chinas remontan á tres mil años antes de Jesucristo, según sus anales.

El año cuatro mil ciento treinta y cinco antes de J. C., el Faraón Khou Wou, vuestro Keops, ordenó la construcción de la gran pirámide de Gizeh que lleva su nombre (14) y es el asombro de la humanidad. Y no fué, no, como espíritus pequeños ó malévolos han dicho, por un sentimiento de soberbia ó por el anhelo de sustraer su cadáver á la justicia del pueblo en el *Juicio de los muertos* (15). Nó; la cons-

---

(13) Saint Ives D'Alveydre—Misión des Juifs.

(14) La gran pirámide de Keops, cuyo perímetro es igual á la 120ª parte del grado del meridiano de Egipto, prueba que hace 6026 años poseían sus constructores conocimientos geodésicos y geométricos iguales, por lo menos, á los nuestros.

(15) «Cuando el cuerpo embalsamado del difunto estaba para ser trasportado á la tumba de sus mayores, le era necesario atravesar primero el Nilo y luego el lago Aquerusio, al borde del cual estaban sentados, en un tribunal, cuarenta jueces. Estando el cadáver en su féretro, todo el mundo tenía derecho á expresar querella contra él. Si quedaba convicto de haberse portado mal durante su vida, la sentencia le privaba de sepultura. Si se le declaraba obligado á pagar una deuda, quedaba su cuerpo en prenda hasta que le librasen sus herederos, después de lo cual se le daba sepultura. Mas si el acusador no justificaba plenamente sus acusaciones, era él mismo severamente castigado. Como el juicio era público y el pueblo era diariamente testigo de sus fallos, el temor dé ser declarado infame después de la muerte, contenía á todos en el fiel cumplimiento de sus deberes».—*Diodoro,* L. I. XXXIV.

trucción de ese grandioso monumento, al mismo tiempo que sirvió para mausoleo de los reyes, obedecía á causas más nobles; á perpetuar la memoria del gran conquistador Ram ([16]), cuyo nombre lleva, *py-ram*, ó pirámide, fundador de la civilización Aria, y á establecer de manera indestructible el patrón del *metro* ([17]), de ese mismo metro que es el orgullo de vuestros más ilustres sabios, Fernel, Snellius, Norwood, Picard, Cassini, Lacondamine, Arago, etc., etc., y última palabra de vuestros geodestas.

Manethón os ha trasmitido la minuciosa cronología de los soberanos del Egipto en un período que abarca 6891 años desde nuestros días hasta Menés.

Platón y Herodoto, padre de la filosofía el uno y de la historia el otro, como justamente les llamais, iniciados y educados en los templos de Egipto, refieren que han tenido á la vista *las pruebas* de una civilización egipcia anterior, en más de cien siglos, *diez mil años*, á Menés.

Diodoro, á su vez, testifica después de haber visto las pruebas, que la civilización egipcia alcanzaba á ciento ochen-

---

([16]) Ram, significa *carnero* en celta primitivo, y la palabra Py-ramide significa La Potencia paternal de Ram. En el lenguaje egipcio-moisiaco, se halla la palabra Ram en el nombre del trueno, *Rammamah;* los Faraones ortodoxos, lo adoptaron como símbolo, Ram-sés; varias villas de Asia lo adoptaron por su nombre, *Rama;* los Quiritas cambiaron el nombre de Valentia por el de *Roma;* sirvió de título á la secta de los *Ab-Ramidas,* derivado de Ab-Ram ó Abram; y por fin los Indús le dedicaron el grandioso poema *Ram-ayana,* y los Arabes dan á su gran ceremonia religiosa el título de *Ram-adan. Mission des Juifs,* por Saint Ives d'Alveydre, p. 169. París, Calman Lévy, 1884.

([17]) Jomard ha demostrado, después de verificar las dimensiones de las pirámides y demás monumentos egipcios, que éstos usaron, hace lo menos *seis mil años,* el sistema métrico sexagesimal; fundado como el nuestro, en la medición de las dimensiones de la tierra.—*Description de l'Egipte et ses antiquités.*—T. X.

ta siglos, diez y ocho mil años anteriormente al reinado de Horus (18).

Ahora bien, el Egipto, en aquella época, no era más que una provincia, un reino si se quiere, dependiente del gran imperio asiático, como lo comprueba el título de sus gobernantes: Faraón, contracción de las voces *Pha* y *Rawon* que significa literalmente Reflejo del Dragón, es decir, su vicario, su teniente, su vice. De modo que la época de la civilización humana, no diré de la aparición del hombre sobre el haz de la tierra, retrocede aún en muchos siglos desde los Faraones hasta la conquista del Asia por los hombres de la raza negra, y antes que éstos, hasta los antecesores de mi raza, los rojos, los *Gorri*, los primeros hombres civilizados de la tierra que vieron la luz en el antiguo continente austral, de que América formaba parte, sepultada ahora en los abismos del océano á consecuencia de uno de esos diluvios, ó cataclismos geológicos que asolaron el planeta, hace próximamente nueve mil años, después de haber subyugado y civilizado todo el mundo entonces conocido.

Las cumbres de las más altas montañas de aquel viejo continente sobresalen aún del fondo de los mares, y forman esos innumerables grupos de islas que llamais Polinesia y cubren el mar Índico y Pacífico.

En ellos, como en estas montañas de América, salvaron fragmentos de aquel gran pueblo, cuya máxima parte, á consecuencia de aquel horrible cataclismo, volvieron al estado primitivo. Solamente algunas tribus ocupantes de nuestras lejanas colonias, salvaron íntegro el idioma, la religión

---

(18) Champollión, en su obra «*Egipte sous les Pharaons*» T. I. traduce así las inscripciones jeroglíficas grabadas en el gran cenotafio de Silsilis, encima de los prisioneros impelidos delante del rey Horus: «Oh rey vengador de la tierra de Chemi, sol de Niphait, tu nombre es grande en la tierra de Cús, de la cual huellas tú los signos reales».

y las leyes, orgullo de nuestra civilización por su riqueza, sublimidad y humanismo. En el extremo oeste salvaron las tribus que ocupaban el norte de Africa y la Iberia europea, refundiéndose después en esta última región; en el norte las tribus caucásicas *Oïgorri;* en América todas las adyacencias de los Andes, desde el estrecho de Behring al Cabo de Hornos, fueron pobladas por tribus de raza roja, y muchas de ellas subsisten todavía ([19]).

El África, que fué una de nuestras colonias más florecientes, heredó la ciencia de nuestros sacerdotes, que les educaron durante siglos, y el poder de nuestra civilización, juntamente con el cetro de los soberanos, llamados Rawon, es decir, dragón, serpiente sabia y vigilante. ([20])

El Faraonato trasladó su sede de Tebas en Libia ([21]) á las riberas del Sardjú, afluente del Ganges, en la India ([22]),

---

([19]) Nuestro distinguido amigo el sabio naturalista don Florentino Ameghino ha tenido la amabilidad de comunicarnos una observación personal que corrobora la similitud de orígen entre los euskaros, los Oïgorri y ciertas tribus americanas: es la *couvée* ó costumbre de sustituir el padre á la madre, para abrigar al niño, pocos días después de su nacimiento.

([20]) Las triadas célticas, eco lejano de la mitología druídica, celebraban la memoria de Arturo, *Pen Dragón,* ó rey serpiente. El Edda (la abuela) refiere que al sur de Assaheim, del país de los Ases, situado cerca del Tanaï están los *serpientes Vanir,* los más sabios de los hombres. Los druidas se daban entre sí el título de *Naddred,* víbora, y los hijos de Boreas y Amnón usaban como emblema el *Ureus,* la víbora. La Biblia hace de la serpiente emblema de la sabiduría, dotándola de un poder casi igual al de la divinidad. En los museos numismáticos existen colecciones de antiquísimas medallas con la esfinge del Dragón, de una antigüedad remotísima. Hoy mismo, la insignia del poder real en el Imperio Chino, foco de la más antigua civilización del planeta, es el Dragón. Todos estos hechos son reminiscencias del poderío de la raza roja.

([21]) Antiguamente el África se llamó Libia, *corazón,* aludiendo á la forma de ese continente, que es efectivamente como la del corazón; esto prueba que fué practicado el périplo de aquel continente, lo cual acusa su avanzada civilización.

([22]) *India* se llamó la región central del gran continente asiático, poblado con mestizos de negro y rojo, que enjendraron una raza de color azulado que llamamos color *índigo.*

donde edificó la grandiosa ciudad de Ayodhia ([23]), capital del Imperio Negro.

En aquella época principió la emigración de los Celtas ó Keltas, que habitaban el norte de Europa, las Galias, hacia el África y el Asia, huyendo de las terribles venganzas de las Druidesas, que dominaban toda la Varaha por el sacerdocio, de que se habían apoderado, é intentaban cimentar el predominio femenino sobre la raza humana, sacrificando en sus dólmenes la flor de los guerreros y los sabios de cuya influencia recelaban.

Estas colonias de Celtas errantes fueron llamadas Bodhones y son los padres de los beduínos actuales y de los hebreos que, por un curioso fenómeno de atavismo, conservan las costumbres errantes de sus progenitores, cruzando á través de las sociedades todas sin radicarse ni vincularse en ninguna.

El imperio negro fué relativamente de corta duración, pues apenas si trascurrieron 2100 años entre la muerte de Ikshaukú en el cataclismo austral y la de Daçaratha vencido por Ram.

Ikshaukú fué, según la tradición religiosa conservada en nuestros anales, hijo de Vaivasuata, salvado en el último diluvio, fundador del séptimo Menou, que, como ya os he dicho, cuenta un período de doce mil años entre diluvio y diluvio.

Remontemos aún—añadió el sabio Jakinduna,—la corriente de los tiempos pasados. En los libros sagrados de los Brahmas se refiere que Ram, esposo de Sita ([24]), salió del

---

([23]) Ayodhia significa en egipcio moisíaco (según Saint Ives d'Alveydre) principio masculino, ser principio. A-Yaun-iria, significaría en euskaro La Villa del Señor. Esta ciudad, cuyos restos existen, medía sesenta kilómetros de largo y era de construcción monumental.

([24]) Sita ó Scyta como llamaron los negros en su idioma etiópico al hombre blanco, su esclavo en las minas y obras públicas, es voz onoma-

fondo de la Varaha occidental, y seguido del pueblo numeroso y aguerrido de los Celtas ó Keltas, invadió el Asia y la conquistó, después de una guerra sangrienta en que los negros Gian-ben-Gian ó Jaïnas ([25]) se batieron heroicamente. La lucha terminó con la toma por asalto de Ayodia, y la muerte del Rawon Daçaratha en la isla de Lankapur ó *Landabur* (planicie regada, en euskaro), al sur de Ceylán, y uno de los fragmentos del continente austral de los rojos, cubierto aún de ciudades antediluvianas.

Sabeis que los pueblos antiguos veneraban los orígenes de su raza, y que los Champollión, los Moreau de Jones, los Jomard y toda la pléyade de sabios contemporáneos han averiguado, de manera indubitable, la existencia mortal de los Osiris, de los Júpiter, de los Baco y de toda la interminable lista de dioses, semidioses y genios que la fantasía griega llevó á su Olimpo.

Pues bien, la ciencia antigua, muy superior á la actual bajo múltiples conceptos, escribía en el cielo la fecha de los hechos más gloriosos, y os voy á dar de ello un testimonio fehaciente: Según Arriano, que investigó los archivos de los santuarios griegos, tirios y egipcianos, trascurrió un período de sesenta y cuatro siglos entre Ram y Sandrocoto, vencido éste por Alejandro Magno trescientos veintiséis años antes de Jesús. Sumad estas dos cantidades y añadid los 1891 años

---

tópica que significa escupida, gargajo, en testimonio de su desprecio. Esposo de Sita quiere decir, en lenguaje simbólico, que Ram estaba unido, vinculado, apoyado por los hombres de raza blanca.

Los Scytas, á su vez, llamaban á los negros Pelask, es decir *piel curtida*, denominación que ha quedado á sus mestizos los Pelasgos.

([25]) Se lee en el Vendidah que los negros eran gigantes con orejas de elefante, aludiendo sin duda á su tocado, heredado de los rojos, como se ve en la esfinge de Gizeh. De *Gian* debe derivar la voz *gigante*. *Jaïna* es voz de la raza roja y significaba Señor: es nuestra misma voz, *Jauna*, que tiene el mismo significado.

trascurridos de Jesús á nuestros días, y tendréis un total de 8617 años.

Recordad ahora que Ram significa en celta, carnero, y que este conquistador fué el fundador del imperio de los Arias ([26]), que es el de su nombre en la lengua sagrada de los Gorri, inscripto en el zodiaco con el signo *Aries,* el primero de todos, al fundar su imperio, para que sirviera de punto de partida á la nueva Era, que comenzaba, según las costumbres de su raza, á la media noche de la Medra-Necht, New-Heyl, Noél ó Navidad, es decir, en el solsticio de invierno. Y como esa noche corresponde hoy al signo del Sagitario, teneis una diferencia de cuatro signos intermedios, Aries, Piscis, Aquarium y Capricornio, ó sea ciento veinte grados. Ahora bien, á causa de la precesión de los equinoccios se produce en los signos del zodiaco un movimiento retrógrado de cincuenta y dos segundos dos décimos, cada año; de manera que, dividiendo vuestros ciento veinte grados ó sea cuatrocientos treinta y dos mil segundos por esta cifra, tendreis un cuociente de ocho mil seiscientos cinco años, que difiere solamente en doce años del cómputo de Arriano.

Ram amalgamó los idiomas de los pueblos que siguieron sus banderas con los que hablaban los vencidos, tomando para el tecnicismo de las ciencias teológicas, matemáticas etcétera, el lenguaje de los rojos, conservado en los templos desde la más remota antigüedad.

Vuestros filólogos modernos encontrarán sorprendentes analogías entre los idiomas europeos todos, incluso el latín, el griego y el hebreo, con el sanscrito y el zenda, por la razón

---

([26]) *Aria,* significa en euskaro *carnero,* y su composición según Novia de Salcedo, *a-ri-a,* significa sutil movimiento de fortaleza ó existencia que se aviene perfectamente con las condiciones de rapidez con que fué fundado el imperio y civilización de los Arias, cuyo idioma, degenerado hablan hoy todos los pueblos de la Europa y muchos del Asia.

sencillísima que todos, excepto el euskaro-oïgorri, son hijos del idioma Aria, que imperó durante más de tres mil quinientos años, desde el Kamchatka á la Armórica, y desde el océano Boreal al Índico, la Arabia, el Egipto y Mauritania.

Al fraccionarse el imperio Aria, á causa del cisma religioso de Irshú, que engendró la tiranía monárquica, los pueblos modificaron su antiguo común idioma, imprimiéndole cada uno el sello de su genio nacional, y hasta influyendo el clima, los hábitos sociales y la mayor ó menor riqueza, pero conservando el mecanismo gramatical y el caudal inagotable de las radicales, como indestructible lazo de unión.

Ram fundó la religión que lleva su nombre ó Ba-*ram*-ica, sobre la base del culto de los Gorris, que aún subsiste y gobierna las conciencias de *quinientos millones* de almas, bajo la autoridad del Papa ó Gran Lama del Tíbet ([27]). Dejó también como recuerdo de su dominación la admirable organización de la aldea india que ha resistido la acción de los siglos y la corrupción inglesa. Admirable organización social muy semejante á la que gobierna al pueblo euskaro, en el que la religión no tenía intervención ninguna política, por la razón sencilla que ella era la *autoridad de la enseñanza*, la suprema ciencia. Nadie gobierna personalmente la aldea india; todos consienten el reinado de los mejores principios; es decir, que es un gobierno orgánico, impersonal, ó lo que es lo mismo, intelectual. Esa es la aldea euskara.

([27]) Según el reverendo Huc, misionero jesuíta del Tíbet, los ritos Budhistas son iguales á los de la iglesia católica: los Lamas usan báculo episcopal, insignia del pastor de almas; dicen misa, comulgan bajo las especies del pan y del vino, recitan las salmodias, hacen ejercicios espirituales ó *retraites;* rezan el rosario y las letanías, ayunan, se disciplinan, tonsuran y confiesan. Su bendición á los fieles es idéntica á la manera de bendecir de los católicos. *Lama* en idioma Celta significa cordero. Jesús, iniciado indudablemente en los misterios de la religión Budhista, invocaba á su Pontífice en su postrera exclamación: «*¡Lama!*» *¡Lama sabactani!* Los católicos llaman á Jesús el *Cordero* sin mancha; es decir, el Lama.

Os he dicho ya—prosiguió gravemente el anciano Jakinduna—que desde la sumersión del continente austral de los Gorris y fundación del Imperio Negro de los Jaïnas han trascurrido 10.717 años hasta el momento actual, y sólo agregaré para no ser demasiadamente extenso, que Iksaukú era el heredero de una civilización de seiscientos siglos. ¡60.000 años de antigüedad! según la tradición conservada en nuestros anales sagrados.

Y esta antigüedad del hombre sobre la tierra, lejos de estar en pugna con la ciencia moderna, se halla de perfecto acuerdo con la opinión de vuestros más ilustres sabios. La esfinge de Gizeh y el grandioso templo de Ipsamboul, fuéron obra de la civilización Gorri, como la escultura de las gigantescas estatuas del Valle de los Tirtankares, labradas en conmemoración del triunfo alcanzado sobre los negros de la Libia, los colosales templos de Elora, la calzada de los gigantes y esos grandiosos monolitos y templos, tallados exterior é interiormente en las montañas, haciendo alarde de su potencia científica, gráficamente expresada por los sucesores de la raza Gorri en su blasón nacional *¡Eskua-alduna!* ¡la mano dominadora! ¡la inteligencia soberana! Emblema de la raza que sojuzgó los animales todos de la creación é imprimió hasta en las montañas y en las entrañas de la tierra el signo de su dominación incontrastable.

Aquí teneis, me dijo el anciano Jakinduna, mostrándome innumerables rollos de papirus, artísticamente colocados en una galería circular, aquí teneis las pruebas escritas de cuanto acabo de deciros: son manuscritos por los sacerdotes de mi raza para enseñanza de las generaciones futuras, y pronto muy pronto estará el mundo en estado de comprender la ciencia que ellos encierran, elaborada constante y pacientemente durante centenares de siglos, como elabora la industriosa abeja con el pólen de odoríferas flores la miel sabrosa

para labrar la felicidad de los humanos con la miel del espíritu, dulce á la inteligencia y nutritiva, más que la extraida de los verjeles del risueño Hybla.

La especie humana, embrutecida por las guerras que despiertan todos sus instintos animales, ha gemido en las oscuras tinieblas de la tiranía durante largos siglos, y su nivel intelectual descendió tanto, que, mientras elevaba estatuas y tremolaba palmas á sus verdugos, Nemrod, César, Napoleón, quemaba con Osmán la biblioteca de Alejandría, y echaba á la hoguera de la Inquisición y del fanatismo religioso más estúpido los archivos de las edades pasadas, y quemaba ó perseguía sin tregua ni descanso, so pretexto de herejía, á todo el que descollaba por su inteligencia ó su amor á la libertad.

Vuestro renacimiento data apenas de dos siglos, balbuceais aún los primeros rudimentos de la sabiduría, y sin embargo habeis aprisionado el rayo; y la chispa eléctrica que Júpiter usara para fulminar á quien osase ascender hacia el Olimpo á robar el fuego sagrado de la ciencia, la empleais vosotros, cual emplea el señor á su siervo, como mensajera de fraternidad entre todas las naciones de la tierra. El vapor aprisionado en vuestras máquinas generadoras, sabiamente gobernadas, redime al hombre del trabajo rudo, para que pueda elevar su pensamiento á más altas especulaciones intelectuales. Los hombres estudian, investigan el pasado para deducir provechosas enseñanzas de la historia; la juventud, que es la aurora, ve dilatarse los horizontes iluminados por la luz de la ciencia, y empieza á extender al globo entero las antes estrechas fronteras de la patria, y sonríe, y á medida que rompe los eslabones férreos de las rancias preocupaciones nacionales, forja la nueva cadena de la unidad humana—cadena toda de flores—y prepara el advenimiento del día futuro, próximo ya, en que se fundan

cañones, corazas, fusiles y bayonetas, para forjar con el hierro resultante rejas de arado, rieles de acero y alambre interminable que rodee en múltiples vueltas la esfera, llevando de uno en otro continente, y á través de los océanos y las altas cordilleras, las palpitaciones del corazón y los chispazos de la mente humana. Vuestros telescopios sondan los abismos de los cielos y el ojo escrutador de los astrónomos ha rehecho el árbol genealógico de la tierra, vinculando los destinos del planeta á sus innumerables hermanos del espacio; mientras que armado con el cristal del microscopio descubre perfecciones y armonías insospechables antes, hasta en lo infinitamente pequeño y deleznable.

Imaginaos por las conquistas y los progresos que habeis realizado en poco más de tres siglos, luchando aún con las preocupaciones y los reatos de la tiranía política y religiosa, las que habrá realizado la humanidad en las felices Eras anteriores á la vuestra, disfrutando de paz inalterable, y sintiendo todos la noble emulación del saber, fomentado por los poderes civiles y religiosos que gobernaron la tierra muchas decenas de centurias! Vuestros más soñadores fantasistas, vuestro Hugo, ni vuestro Flammarión, no llegarían jamás á concebir los prodigios conquistados por vuestros antecesores en la vida, cuidadosamente conservados por nosotros para entregarlos en su día á la humanidad regenerada ....

....

Os he referido la historia de la humanidad en un período de setenta mil años, de los que diez mil constan en documentos fehacientes, monumentos y papirus, descifrados por vuestros anticuarios: os he aducido los cálculos de vuestros más ilustres geólogos respecto á las formaciones hulleras y espero que, en presencia de tales razonamientos, desdeñareis, por absurdas, las afirmaciones de vuestra Vulgata, abandonadas por el clero inteligente y estudioso.

Los 5651 años de la creación ó era israelita, así como el Período Juliano (28) son inservibles ya para la cronología humana, y vuestros sabios cuentan sencillamente los siglos sin límite fijo, á partir de Jesús, antes ó después, y buscan un nuevo período bastante largo para coordinar en él los datos y fechas históricas: probablemente adoptarán el período de 26.000 años, poco más ó menos, al término de los cuales, los signos del zodiaco, contados del punto vernal ó equinoccio de primavera, que, á causa de la precesión de los equinoccios retrogradan en 52″2 todos los años, vuelven á coincidir con los signos de su nombre.

Y tened presente que cuanto os he referido es solamente del hombre civilizado, reunido en agrupaciones sociales y con una organización completa. Así podría referiros aún las penosas etapas que la humanidad recorrió durante muchos siglos, en su época primitiva ó salvaje, antes que existiera el continente europeo y después de su emersión del fondo de los mares. Básteos saber que París y Londres, Roma y Atenas, Tebas y Memphis, Babilonia, Nínive, Pekín y Ayodhia, lo mismo que todas las ciudades americanas prehistóricas, reposan sobre un cimiento de puntas de flecha y lanzas de sílex, de obsidiana ó hueso, que usaron los salvajes, sus primitivos habitantes..................................

Al terminar esas palabras calló el anciano Jakinduna, como esperando mi contestación.

—Maestro, le dije, vuestras palabras me convencen, vuestra brillante y sólida argumentación ha disipado las dudas de mi mente, y creo ya en la remota antigüedad de la creación del hombre.

---

(28) El *Período Juliano* fué imaginado por el sabio José Scalíger, tomando por base el producto de los ciclos solar, lunar y de indicción, es decir $28 \times 19 \times 15 = 7980$ años, al término de los cuales los tres ciclos regresan en el mismo orden. El año primero de la era cristiana corresponde al 4713 del Período Juliano. *Art de verifier les dates.*

Como huyen y desfilan en vertiginosa carrera los árboles, y los valles y montañas que circundan las paralelas aceradas de una vía férrea, cuando el vapor arrastra la locomotora con sus blancas alas, así mi fantasía, al oir vuestro discurso, ha visto nacer, vivir centenares de siglos *¡¡ un día !!* y caer en el polvo del pasado los pueblos más gloriosos de la tierra.

¡Nada queda de tanta grandeza!

¡Nada!

Algún fragmento de estatua.... alguna piedra grabada con signos misteriosos é indescifrables.... algún templo derruído, el nombre de cuya deidad ignoramos.... alguna rota columna en solitarios campos, como marcando el cementerio de un pueblo, de una raza, de una civilización... ¡nada!... ¡nada!

La humanidad gira alrededor de un círculo. El punto de partida es la edad de barbarie, la infancia de los pueblos. Los noventa grados del arco marcan su adolescencia, la época de sus primeros progresos; los ciento ochenta grados, su virilidad, la edad de toda su fuerza, el apogeo de la civilización y la grandeza; los doscientos setenta grados, el período de su decrepitud, el debilitamiento de sus fuerzas, el comienzo de su decadencia....; y los trescientos sesenta grados, el círculo completo, el término de su ciclo, el fin, la muerte, el cataclismo terráqueo que borra la memoria de una civilización, y entierra sus despojos en las rotas entrañas del planeta!

Y un ciclo sucede á otro ciclo, y otro á otro, sin más ley que la fatalidad, siempre girando en un mismo círculo vicioso, como gira el globo terráqueo en la eclíptica solar, inmutable, eterna, para siempre jamás...

De manera que el desconsolador *Nihil novum sub sole*, es una verdad absoluta! Y entonces ¿para qué estudiar, para qué levantar monumentos, si la ciencia se convierte en barbarie, si todo vuelve al polvo y á la nada?

—¡Pobre niño, delirais! profirió el noble anciano, que escuchaba en silencio mis amargas reflexiones.

Sí, me dijo, la tierra gira al rededor de la eclíptica como el ecuador alrededor del eje polar, como la humanidad en el ciclo que decíais. Sí, es verdad; pero á pesar de todo, jamás el inmutable plano de la eclíptica, jamás el círculo ecuatorial, jamás el ciclo de la humanidad, giró *en el mismo* plano, ni tocó *el mismo* punto del espacio, ni reprodujo *los mismos* sucesos.

¡Cómo! ¿olvidais que la tierra, sin dejar de trazar su órbita alrededor del sol, es arrastrada por éste con rapidez vertiginosa hacia un punto remotísimo del cielo?

Como el marino que al surcar las ondas del océano á razón de veintidós millas por hora, recorre en las 24 del día un millón de metros, *conscientemente*, y cuarenta millones de metros, valor lineal del ecuador terráqueo, de una manera inconsciente é involuntaria; así la tierra, al girar en derredor de la eclíptica con velocidad exactamente calculada por vuestros astrónomos, avanza también con rapidez espantosa, que escapa todavía á vuestras observaciones, hacia un punto del cielo, hacia la constelación de Hércules ([29]).

Es decir que el círculo, sin dejar de serlo en cuanto á su proyección horizontal, dirélo así figuradamente, se transforma y es en realidad una espiral interminable; escala ascendente y luminosa que lleva al globo terráqueo y á la humanidad que lo habita, siempre hacia nuevas regiones, por la misteriosa y eterna ruta del progreso!

No, la fatalidad no existe para los hombres pensadores. Y los pueblos que rinden culto á tan vano fantasma, como vuestros musulmanes, por ejemplo, deben desaparecer y

---

([29]) Argelander ha probado que el Sol y su séquito se dirigen hacia un punto situado en la constelación de Hércules á 257° 49′ 7″ de ascención recta y 28° 49′ 7″ de declinación boreal.

desaparecen del escenario del mundo, para ser reemplazados por otros que aceptan las sabias, las eternas leyes de la lucha por la vida.

Os decía, hijo mío, hace un momento, que el dragón, el *ureus*, la víbora, fué el emblema de mis antepasados. Sabed, pues, que la forma del ureus, la forma sagrada, era la de una víbora enroscada sobre sí misma, esto es, formando espiral. Sabeis también que desde la más remota antigüedad se ha atribuído astucia, prudencia, sabiduría á ese animal, de lo que vuestra misma Biblia, moderna como es relativamente á nuestra civilización, da testimonio en la risueña escena del Paraíso; mas lo que en verdad ignorais, es que tal emblema significaba para nosotros el progreso indefinido, la *ascensión espiral*, así en el orden de los mundos materiales como en el orden intelectual de la humanidad ....

....

V

Un leve ruido se dejó sentir á nuestro lado, y la voz de Izara, más armoniosa que trino de ruiseñor enamorado, resonó en mi oído.

Venía á prevenirnos que era hora de tomar un refrigerio, que aceptamos al punto, penetrando para ello en la inmediata habitación.

Allí, sobre una mesa de cuarzo aurífero pulimentado, cubierta á guisa de mantel por multitud de claveles blancos y blancas flores del aire, que perfumaban el ambiente con su suave emanación, brillaban varias jarras de cristal de roca, artísticamente esculpidas, llenas hasta los bordes de espumante leche; rojas fresas de la montaña, perfumadas chirimoyas, bananas, naranjas y limones, recién arrancados de

sus plantas; y en platos de cristal, dátiles secos y pequeños cilindros de chocolate. Todo era nutritivo, todo limpio, fresco y aromático.

Satisfecho el apetito y después de un ligero paseo por los jardines de que hice ya mención, el noble anciano, que adivinaba mi impaciencia por oir sus lecciones, me dijo sonriendo:

—Ahora, vuestro profesor será Izara, oireis buena música y mejor literatura, si es que deseais conocer por sus versos y sus cantos los pueblos de mi raza y otros que pasaron. ¿Aceptais?

—Es dicha para mí oir el acento de la dulce niña á quien debo la existencia, y pues vos lo quereis ¡oh noble anciano! acepto complacido.

—Y tú, Izara, díjole Jakinduna, ¿quieres sustituirme breves horas al lado de mi huésped? No abusaré de tí; volveré al punto que reciba y trasmita comunicaciones á nuestros hermanos.

Izara contestó con una sonrisa y una inclinación de cabeza, mientras las tintas del rubor coloreaban sus mejillas virginales; dió á su padre un beso en la frente, y tomando un ramito de perfumados jazmines del cielo, que me dió con adorable confusión, me dijo:

—Pues tal es la voluntad de mi padre, os haré oir algunos cantos antiguos, de pueblos que aún existen, en los que, según dice mi padre, revelaban desde su infancia el genio de su raza, que han desarrollado en su era de civilización. Vos juzgareis.

Diciendo así me condujo hasta una habitación inmediata, especie de invernáculo, lleno de arbustos y raras cuanto odoríferas flores, cuidadas con prolijo esmero, en medio de las cuales saltaban canoras avecillas domesticadas por ella, y después de acariciarlas amorosamente, sentóse en un blando diván, á la moda oriental, é indicándome otro asiento me dijo:

—¿Conoceis el canto de Lekobidi?

Los ejércitos romanos desaparecían uno tras otro en las guerras kantábricas y la sangre de este pueblo, derramada á torrentes, parecía inagotable. El mundo entero había doblado la cerviz al duro yugo romano... el mundo entero, menos el puñado de kántabros que dominaban las gargantas de los montes Pirineos. Y el águila romana, ebria de orgullo y de poder, resolvió exterminar, ya que no sabían rendirse, á los pocos guerreros que aun se llamában *libres* en aquel mundo de esclavos. Y una expedición formidable fué organizada para sitiar por hambre y cazar como bestias á los que escaparan al filo de la espada.

La lucha fué cruel, encarnizada, sin cuartel, y heridos, fueron cayendo uno á uno los jefes más intrépidos euskaros. Y cuando al fin de siete años de guerrear sin tregua, cayó prisionero Lekobidi, los romanos, creyendo concluída la guerra, solemnizaron el triunfo crucificando en las alturas de Kurutzeta, en Guipuzkoa, á Lekobidi y otros 300 jefes prisioneros...

Mas la guerra siguió con el ardor de la desesperación, resueltos á morir por la libertad, y en nuevos combates conquistaron para sus hermosos valles el título de *Tumba de las legiones romanas;* hasta que se retiró el ejército romano y quedó sancionada la independencia de Kantabria. En su asombro ante el sacrificio heroico de toda una nación, el senado romano acordó á los kántabros el título y derechos de ciudadanía romana (30) y celebró paces que fueron para siempre inviolables.

Dicho esto, acordó un arpa de rara y elegante forma parecida á las que adornan los bajo-relieves de los palacios

(30) Vespasiano, el año 40, acordó á los kántabros el derecho de Lacio y Caracalla el año 212 les concedió la ciudadanía romana, en premio á su heroísmo.

asirios, y después de un corto pero magistral preludio, con voz grave, armoniosa y fresca entonó el

Canto de Lekobidi ([31])

Los hombres de Roma vinieron y nos sitiaron
De una parte estaba Octavio, Señor del Mundo,
De la otra Lekobidi, el Bizkaíno,
Por el lado del mar y por el llano nos sitiaron horriblemente.

Lelo, il lelo Leloa: ¿Zarac il lelo Leloa?	*¡Gloria! Murió la Gloria* *Nuestra Gloria!* *¿Murió la antigua gloria,* *Nuestra Gloria?*

Ellos poseen las vastas llanuras; nosotros los picos, las cavernas, las [cumbres de los montes.
Nos fortificamos en un sitio favorable, y el más fiero valor nos animaba:
No tememos el choque de sus aceros, no; mas carecemos de provisiones [muchas veces.
Ellos visten armaduras y pesadas corazas, pero nuestros desnudos cuerpos [son más ágiles.

Lelo, il lelo, etc., etc.

Siete largos años, de día y de noche, duró la batalla sin reposo;
Por cada uno de nosotros que moría, matábamos quince romanos cuando [menos.
Muchos son ellos... nosotros pocos... en fin, hemos conquistado paz y [libertad.
Los robles robustos mueren también, al fin, picoteados sin cesar por el [pájaro trepador.

Lelo, il lelo, etc., etc.

Siguióse un momento de silencio á la última estrofa del canto de Lekobidi, respetando Izara la emoción que embargaba mi ánimo al escuchar ese altivo himno á la Libertad de un pueblo. Buscó después entre la numerosa colección de músicas, y alargándome un papel cubierto de signos musicales me dijo:

([31]) Damos la traducción literal de estos cantos, fielmente vertidos del kántabro, pues no hemos podido obtener de literatos distinguidos su traducción en verso castellano. En opinión de nuestros distinguidos amigos Carlos Guido y Spano y doctor Delcasse, su traducción en verso sería algo así como una profanación, como falsificar Lacryma Christi con palo de campeche.

—Esta es música escandinava, alemana, posterior al canto de Lekobidi, y uno de los raros fragmentos del Edda *(la abuela)* que se conoce bajo el nombre de «Canto de Gunar» (32).

Hogni y Gunar, héroes de la raza de los Nibelungos, caen prisioneros de Atila, el cual exige de Gunar le revele el sitio donde se guarda el tesoro de los Nibelungos, á cambio de lo cual, salvará la vida: el héroe responde:

Canto de Gunar

1.

Quiero tener (antes de revelar mi secreto), quiero tener en mis manos el corazón de Hogni, chorreando sangre, arrancado del pecho de aquel héroe valeroso, hijo de reyes, con un puñal mellado.

2.

Arrancaron el corazón á un cobarde llamado Hialli, colocáronlo todo ensangrentado sobre un plato, y se lo llevaron á Gunar.

3.

Entonces, Gunar, el jefe del pueblo, cantó: Veo aquí el corazón ensangrentado de Hialli; no es como el corazón de

(32) Damos á título de curiosidad del texto de la poesía escandinava, el primer verso, que es mucho más eufónico que el moderno alemán.

Hiarta skal mer Havgna
y hendi liggja
Blóthugt ôr briosti
Scorit bald-ritha
Sax slithr-beito
Syni thio thaus,
Skaro their hiarta
Hjalla ôr briosti
Blothuct that á bjoth langtho
Ok báro for Gunar

Hogni el bravo; tiembla sobre el plato en que descansa y temblaba doble más cuando aún vivía en el seno del cobarde.

4.

Cuando arrancaban del seno el corazón de Hogni, reía; el valeroso guerrero no pensó en gemir. Pusieron su corazón ensangrentado sobre un plato, y se lo llevaron á Gunar.

5.

Entonces este noble héroe, de la raza de los Nibelungos, cantó: Aquí veo el corazón de Hogni el bravo; en nada se parece al corazón del cobarde Hialli: se estremece apenas sobre el plato en que lo han colocado, y menos aún temblaba cuando estaba en el pecho del valiente.

6.

¿Por qué no estás ¡oh Atila! tan lejos de mi vista como siempre lo estarás de nuestros tesoros? En mi poder queda desde hoy el tesoro escondido de los Nibelungos, pues Hogni no existe ya.

Mientras vivíamos los dos, yo estaba siempre inquieto; ahora nada temo; ya sólo vivo yo.

Terminado el canto de Gunar, de ritmo extraño y expresión bravía, como los sentimientos del héroe, díjome Izara:

—Os voy á cantar otra vieja poesía alemana, y añadió, por vía de atenuación, después volveremos á la poesía kántabra que parece preferís; y entonó el

Canto de Hildebrando [33]

1.

—Me han referido que Hildebrand y Hadebrand, padre é hijo, se provocaron al encontrarse uno con otro. Los héroes, entonces, arreglaron su saro (¿palenque?) de guerra, se cubrieron con sus vestiduras de batalla, y ciñeron encima sus espadas cortas de combate.

2.

En el momento de lanzar sus caballos al combate, Hildebrand, hijo de Herebrand, habló; y era un hombre noble, de espíritu prudente. Y preguntó lacónicamente: ¿quién es tu padre entre la raza de los hombres, ó de qué familia eres tú? Si me lo dices, yo te daré un vestido de guerra de triple hilo (de acero), porque yo conozco ¡oh guerrero! toda la raza de los hombres.

3.

Hadebrand, hijo de Hildebrand, respondió: Los hombres viejos y prudentes de mi país, muertos ya, me dijeron que mi padre se llamaba Hildebrand. Yo me llamo Hadebrand. Un día partió hacia el Este, huyendo de la ira de Odoacre, juntamente con Theodoric y otros muchos héroes. Dejó solos, en su país, á su joven esposa, á su hijo niño todavía, y sus armas que quedaron sin dueño; y se fué del lado del Este.

---

(33) Damos también el texto del primer verso por la razón antes citada en el Canto de Gunar.

Ik gihorta that seggen, that sih urhettun anonmuotin
Hildibrath enti Hathubrant unter heriuntum
Sunu fata rungo. Iro saro rithun
Garutun se iro guthamun, gurtur sih iro suart ana
Helidos, uber ringa do si to dero hiltu ritum

4.

Después, cuando la desgracia se abatió sobre mi primo Theodoric y no le quedaron amigos, mi padre no quiso permanecer con Odoacre. Mi padre era conocido entre los guerreros valerosos; héroe intrépido, combatía siempre á la cabeza del ejército; mucho amaba los combates y no creo que aún conserve la vida.

5.

¡Señor de los valientes — dijo Hildebrand — jamás del alto de los cielos permitirás un combate semejante entre hombres de la misma sangre! Entonces se quitó un precioso brazalete de oro, que llevaba al brazo, y que le había dado el rey de los hunos.

Tómale, dijo á su hijo, yo te lo doy como presente.

6.

Hadebrand, hijo de Hildebrand, respondió: Es con la lanza en la mano, punta contra punta, que se debe recibir semejante regalo. ¡Viejo Huno! tú eres un mal compañero. ¡Espía embustero! quieres engañarme con tus palabras, y yo, yo quiero abatirte á lanzazos. Tan viejo, ¿cómo puedes forjar tales mentiras? Hombres de mar que navegaron en el mar de Vendes me han referido un combate en el que fué muerto Hildebrand, hijo de Herebrand.

7.

Hildebrand, hijo de Herebrand, dijo: Bien veo por tu armadura que no sirves á ningún jefe ilustre, y que en este reino no has hecho ninguna proeza. ¡Ah, Dios poderoso, qué destino el mío! Viví errante, lejos de mi país, durante sesenta inviernos y sesenta estíos. Colocábanme siempre á la cabeza de los combatientes, y en ninguna fortaleza aherro-

jaron mis pies; y ahora es preciso que mi propio hijo me divida de un sablazo, me tienda muerto con su hacha ó que sea yo mismo su propio matador.

8.

Puede acontecerte, si tu brazo te sirve bien, que despojes de su armadura á un hombre de corazón y pilles su cadáver; hazlo, si crees tener derecho para hacerlo, y sea declarado el más infame de los hombres del este, aquél que te disuada de este combate, por el que muestras tanto empeño. ¡Buenos compañeros que nos servís de testigos! juzgad en vuestro valor quien de nosotros dos podrá jactarse hoy de mejor lanzar un dardo; quien sabrá hacerse dueño de dos armaduras. Entonces hicieron volar sus javalinas de agudas puntas, que se clavaron en sus escudos, y se lanzaron después el uno contra el otro. Las hachas de piedra resonaban... Golpeaban pesadamente contra los blancos escudos... y sus armaduras retemblaban con los golpes redoblados... pero sus cuerpos permanecían inmóviles...»

Es más salvaje este canto y menos grandioso que el himno salvaje del Iroqués:

«Yo no temo la muerte. Me río del tormento. ¡Que no pueda devorar el corazón de mis enemigos!»

«Devora ¡oh águila! devora mi juventud; replétate con mi bravura; tus alas crecerán un palmo y tus garras un jeme ¿No es verdad?

Ahora voy á cantaros, añadió Izara, el himno de Roncesvalles, conmemorativo de la famosa batalla en que fué destruído el ejército franco, que invadió Kantabria por sorpresa y destruyó Pamplona. La batalla tuvo lugar en Altobizcar en la altiplanicie de Ibañeta, cerca de la aldea de Roncesvalles, al regresar los francos cargados del botín recogido en su invasión.

Himno de Roncesvalles

CANTO EUSKARO

Un grito ha resonado en la montaña euskara. El *etcheco jauna*, el jefe del hogar, de pie sobre el umbral de la puerta aguza el oído y dice: «¿Quién va?» ¿qué quieren de mí?» Y el perro que dormía á los pies de su amo se levantó sobresaltado, haciendo resonar con sus ladridos los alrededores de Altobizcar.

Lelo il lelo,
Leloa,
¿Zarac il lelo,
Leloa?

Ruidos confusos se levantan hasta el collado de Ibañeta; retumba... se acerca el estruendo... hiriendo á derecha é izquierda las cavidades de las rocas. Es el murmurio... es el trueno, lejano aún, de un ejército que avanza. Los nuestros contestan desde lo alto de las montañas, haciendo resonar las cornetas. El jefe aguza sus javalinas.

Lelo il lelo, etc.,

¡Ya vienen! ¡ya vienen! ¡Qué multitud de lanzas! ¡Cuánta bandera multicolor flota entre las armas relumbrantes! ¿Cuántos son? ¡Cuéntalos bien, hijo mío!... Veo uno, dos, tres, cuatro, cinco, diez, doce, quince, veinte, treinta, cien, y muchos millares más! Sería tiempo perdido querer contarlos todos.

Lelo il lelo, etc.,

¡Unamos nuestros robustos brazos, arranquemos estos peñascos y precipitémoslos por los flancos de la montaña, para que caigan rodando sobre sus cabezas! Aplastémosles; matemos enemigos á millares. ¿Qué querían de nosotros esos hombres del norte, los de larga veste, los de blonda cabellera? ¿Por qué han venido á turbar la paz de nuestro hogar?

Lelo il lelo, etc.

Las montañas son barreras naturales, levantadas por *Jaungoikoa*, el Dios de las alturas, para que los hombres no las ultrapasen... Mas los peñascos ruedan en espeso torbellino, y aplastan los guerreros. Saltan en pedazos las rotas armaduras, palpitan las carnes desgarradas, rómpense los huesos despedazados y la sangre corre á torrentes...

Lelo il lelo, etc.

CANTO DE ROLANDO

Mientras tanto Rolando lleva á los labios su olifante y lo hace resonar con toda su fuerza.

Las montañas son altas, pero la voz del bronce es más alta todavía, y su sonido se prolonga á lo lejos de eco en eco. Karlos y sus condes la oyen: «Ah! dijo el rey, nuestras gentes combaten!» Mas Ganelón replica apresurado: «No es nada». Esto, dicho por otro, hubiérase tenido por mentira.

Lelo il lelo, etc.

El infortunado Rolando, á duras penas, con gran esfuerzo, con gran dolor, toca todavía su olifante. La sangre se escapa á borbotones de su boca; y su cráneo roto, está entreabierto. Mas el sonido del cuerno retumba aún á lo lejos. Karlos lo oye por segunda vez, en el instante en que llegaba al paso fronterizo de la cordillera. El duque Naismes también lo oyó, y como él todos los francos: «Ah! exclamó el rey, oigo el cuerno de Rolando y seguramente no lo tocaría si no estuviese combatiendo.

Lelo il lelo, etc.

Mas Ganelón dijo: «No hay batalla. Vos conoceis bien el gran orgullo del conde. Ahora intenta hacerse el fiero ante sus Pares. Cabalguemos, pues; ¿por qué nos detendríamos? La gran tierra, la llanura, queda lejos aún ante

nosotros». La sangre corre más abundantemente de los labios de Rolando. Su cráneo entreabierto deja casi al descubierto los sesos.

Lelo il lelo, etc.

Y sin embargo, ensaya una postrera vez tocar el cuerno. Karlos le oye y los Francos tambien. «Ah! exclama el rey, el cuerno de largo aliento!...» «Barón, dijo entonces el duque de Naismes, siento el corazón adolorido! Batallan, sí, lo juraría por Dios. Volvamos sobre nuestros pasos: llamad vuestras banderas y pendones: volemos á socorrer á nuestras gentes que están en gran peligro!...»

Lelo il lelo, etc.

Karlos hace tocar las trompetas. Recúbrense los francos con sus armaduras y descienden á pesar de los agudos picos, de la noche oscura, de las profundas gargantas y de los torrentes impetuosos. A vanguardia y retaguardia del ejército suenan las trompetas. El rey Karlos cabalga conmovido. Su luenga y blanca barba flota sobre su pecho. Llega... pero demasiado tarde.

Lelo il lelo, etc.

CANTO EUSKARO

¡Huid! ¡huid vosotros, los que aún teneis un caballo y fuerzas para montarlo. ¡Huye, rey Karlomán, con tu roja capa y tu negro penacho! Tu sobrino querido, la flor de tus valientes, yace sin vida allá abajo. De nada le ha servido su valor... Y ahora ¡oh euskaros! abandonemos estos riscos, y bajemos pronto á la llanura lanzando nuestros dardos á los que huyen!

Lelo il lelo, etc.

¡Huyen! ¡Huyen!... ¿Dónde está aquel bosque de lanzas? ¿Dónde las banderas multicolores que flotaban

sobre sus armas relumbrantes? ¡Ya no brillan sus armas ensangrentadas! ¿Cuántos son, hijo mio? cuéntalos bien! tres... dos... uno... ¡ninguno! Ya no veo ni uno solo. ¡Todo se acabó!

Lelo il lelo, etc.

¡Jefe de hogar, *Etcheco-jauna*, podeis retiraros con vuestro perro fiel! Id y abrazad á vuestra esposa y vuestros hijos. Limpiad vuestros dardos, y atadlos juntamente con vuestra corneta, que podeis colocar bajo la almohada del lecho, para reposar encima. Por la noche las águilas vendrán á repletarse con estas carnes desgarradas, y los huesos blanquearán desparramados hasta en los siglos futuros!

Lelo il lelo,
Leloa:
¿Zarac il lelo
Leloa?

¡Gloria! Murió la Gloria
Nuestra Gloria!
¿Murió la antigua Gloria,
Nuestra Gloria?

Después, cantó Izara, con su voz melódica varias canciones de amor, usadas entre pueblos desparecidos del haz de la tierra, pero en cuya literatura, los himnos de Netzahualcoyolt, por ejemplo, tiernos y melancólicos, revelan un pueblo culto y de sentimientos delicados.

Versos llenos de amor apasionado y tímido, llenos de un sentimiento misterioso que fué infiltrándose en mi corazón y conmoviéndolo dulcemente, cual en otra edad dichosa conmovía mi alma la Fabiola del cardenal Wiseman, la Graziella de Lamartine, la Atala de Chateaubriand, la María de Isaac ó la Ramona de la dulce poetisa americana.

El sol declinaba hacia occidente cuando Izara, conmovida también al evocar las pasiones de pueblos que fueron, me dijo: elevemos el espíritu hasta Dios, cantando, si os place, el

Himno Oigorri [34]

Verbo de las naciones. ¡Bendecid al Señor!
Fundid vuestros lenguajes en armónico son
Con el sagrado idioma, todo ciencia y amor,
Para entonar el himno al supremo IAON.

¡Cantad virgen Oigorri, cantad hijos del Sol,
Retoños vigorosos de la raza de Aitor!
¡Cantad! la noche acaba; del día el arrebol
Anuncia ya la vuelta de otra Era de esplendor.

La prueba ha sido ruda. ¡La palma al vencedor!
Que en cien siglos de lucha al Belcha [35] sojuzgó,
Domando al cruel Larua [36] y al Kelta [37] guerreador
Y al águila romana jamás se doblegó.

Finó la era de sangre, volvió la intelectual............
....

VI

Sí, hijos míos, interrumpió Jakinduna, que llegaba en aquel momento visiblemente emocionado; sí, la era de sangre, la época de guerras de conquista y exterminio pasa ya á las páginas de la historia.

En el futuro, los pueblos dirimirán sus diferencias ante tribunales arbitrales, y ya no habrá madres que lloren desoladas la muerte de sus hijos en guerras injustificables.

Gratas son las noticias que acaban de trasmitirme nuestros hermanos del norte de *Amerrikoa*, desde el observatorio astronómico de Wáshington; tan gratas que superan las esperanzas que abrigábamos para este siglo.

---

(34) *Oigorri* ó *Baigorri*, pueblo actual del Cáucaso, descendiente probablemente del antiguo reino de la Iberia caucásica, aliada de Roma contra Sapor, de que hablan los historiadores del emperador Valente, el año 276 de J. C.

(35) *Belcha*, nombre euskaro de la raza negra.

(36) *Larua*, la raza amarilla, tártara ó japonesa.

(37) *Kelta* ó *Celta*, con que al fin se alió el pueblo Ibero.

Hace tiempo que los pueblos de la antigua *Ugaria* llamaban nuestra atención y se captaban todas nuestras simpatías por las nobles y generosas tendencias de su raza, que les llevaron hasta proclamar á raíz de una guerra sangrienta, á que fueron obligados contra su voluntad, y cuando el enemigo vencido y exangüe por la titánica lucha quedaba á su merced, «*Que la victoria de las armas no daba derechos de conquista*» ([38]), y sometieron sus diferencias con el vencido, al arbitraje imparcial del jefe de una gran nación ([39]) lejana, y libre de apasionamientos.

Pues bien, ese pueblo que dió tal prueba de valor cívico, más precioso que el valor marcial, acaba de confirmar la opinión que teníamos formada sobre su carácter nobilísimo, gaje seguro de los grandes destinos que le aguardan en un futuro muy próximo. Discutíase esta tarde en el congreso Pan-americano la proposición de Blaine, representante de los Estados Unidos de Norte América, de poner en vigencia la llamada doctrina de Monroe, sintetizada en la fórmula *América para los americanos*, cuando el representante de Ugaría ([40]), lleno del espíritu generosísimo del pueblo que representa, levantóse en el congreso y en un discurso arrebatador por su elocuencia y sólida argumentación, ha expuesto, y hecho triunfar por gran mayoría, la nueva doctrina «AMÉRICA PARA LA HUMANIDAD», sancionándose igualmente el Pacto de Arbitraje para toda cuestión internacional entre las naciones contratantes. Una sola nación ha rehuído firmar el nobilísimo convenio, porque abriga propósitos inconfesables de conquista... mas lleva en sus entrañas el germen de su desorganización social, y no terminará el siglo XIX sin que guerras intestinas, depurando los gastados elementos de su

---

([38]) La República Argentina vencedora del Paraguay.
([39]) El presidente Hayes, de los Estados Unidos de Norte América.
([40]) El Dr. Roque Saenz Peña.

rganismo, lleven á las regiones del gobierno nuevas ideas ue sinteticen las aspiraciones del espíritu moderno, que ullen ya en las capas inferiores de aquel pueblo.

El tiempo probará esta aserción.

—Maestro, dije, hablábais de *Amerrikoa* y de *Ugaría* y he le confesaros que ignoro á qué ó á quiénes os referís.

Sonrióse el noble anciano y contestó:

—En verdad que es natural vuestra pregunta, pues acos-umbrado á usar esas palabras en mis conversaciones con zara, olvidé explicároslas; ahora oid.

Madre y amor, que ambas son esencialmente idénticas, se xpresan con la voz *ama* en el idioma sagrado de mis padres. Y como el cariño á la patria, *erriakoa*, es sentimiento innato que leriva del amor á la región bendita donde vimos la hermosa uz del sol, los padres de mis padres que nacieron á la vida n estos continentes, expresaron su tierno sentimiento patrio on la voz *Ama erriakoa*, que significa literalmente patria naterna, madre patria, patria amada.

Después, por eufonía, y á medida que la cultura suavizó l idioma, fuése transformando en *Amerrikoa*, *Amerikoa*, ue actualmente decís *América* ([41]).

Porque, prosiguió diciendo el noble anciano, América no s voz derivada del nombre del piloto Vespuccio, como algu-os de vosotros lo han creído con ligereza; ni se cometió njusticia con la gran Isabel, ni con el descubridor Colón, ii es lícito tratar de usurpador al piloto mayor. El verda-lero nombre de este marino oriundo de Florencia, fué *Albe-igo*, es decir, Alberto; según consta de su acta bautismal de echa 9 de Marzo de 1451 de nuestra era, como en los pla-ios geográficos que firmó siempre *Alberigo*, y en otros docu-

---

([41]) *Hylacomilo* (Martín Waldesmüller). geógrafo de Saint-Dié, ué el primero que dió al nuevo continente el nombre de América. Edi-iones de Ptolomeo de 1513 á 1522.

mentos que se guardan aún en la biblioteca Magliabechiana de su ciudad natal.

El sobrenombre de *Américo*, dado á Vespuccio, le vino después de haberse ocupado de la geografía del nuevo país descubierto, á cuya conquista contribuyó en calidad de piloto mayor, de igual manera que á Scipión, por ejemplo, se le apodó el *Africano* después de sus guerras en el continente negro (42).

En cuanto á *Ugaría*, que en el idioma sagrado significa abundancia, fecundidad, esplendidez, corresponde á la región llana comprendida entre la cordillera andina, el océano Atlántico y el sur de las montañas que corren por el paralelo 21°, en los Andes, al 27° sobre el Atlántico.

Esta zona que goza de todos los climas de la tierra, bañada por multitud de ríos que convergen al Paraná y al Uruguay, mereció por su fecundidad extraordinaria el nombre que le dimos y que vosotros habeis cambiado por el de *Argentina*. Cual nueva tierra de promisión, los desheredados de fortuna, los hambrientos de libertad, los desilusionados de la gastada organización política del viejo mundo, convergen á ella de los cuatro puntos de la tierra, mezclando la sangre de las diversas razas y los ideales de sus almas.

Y se funden en un molde nuevo, y se elabora el tipo étnico hermosísimo, y las ideas luminosas, que dominarán en breve las sociedades del planeta.

Así en remotos siglos, por iguales razones, convergieron á orillas de Kaspio y del mar Negro y laderas del Káucaso que entonces se llamaba *Andes sagrado* (43), el negro

---

(42) Entre los veinte hombres, incluso Colón, que tripulaban la carabela (KARBA-BELA, *vela de llama*, por la forma triangular de sus velas) figuran los apellidos kántabros de *Arana*, Diego; Pedro de *Acevedo*; Pedro de *Bilbao*; Pedro de *Billa*, Juan de la *Casa*, y Ruíz García, nacidos en Larrabezua y Santoña, á orillas del mar kantábrico. ¡Seis en veinte!

(43) Moreau de Jones, *Etudes prehistoriques*.

tiope, el azulado Indio y el blanco Scita, amaestrados por is antepasados los rojos Cophtos, para formar por el tercambio de su sangre el tipo bellísimo de la Circasiana, encender ese faro luminoso que se llama civilización heléca. Ugaria es todavía un niño en la vida de los pueblos, ro ahogó ya entre sus robustos brazos al león que le doinaba, y pronto alcanzará la plenitud de su desarrollo soal, para felicidad de los humanos y testimonio del poderío mi raza.

Ese día feliz puede apresurarse vinculando al extranjero r la ciudadanía legal, por voluntad de ellos ó por el impe- de la ley; porque son la cuarta parte de la población y presentan la mayoría intelectual y pecuniaria. ¿No son emás padres de argentinos? Cuando todos sean ciudadas, Ugaria será rica y feliz.

Y Ugaria es kántabra hasta en su época moderna.

Abrid la historia y hallareis que fueron kántabros los imeros y principales jefes que dirigieron la conquista de regiones del Plata y del Paraguay.

Ayolas é *Irala*, que exploraron el Río Paraguay, y atrasando los vírgenes desiertos del Chaco, alcanzaron las ribaciones de los Andes, fundaron la ciudad de la Asunn y organizaron el dominio y administración del país nquistado, de 1535 á 1557, fueron bascos.

Juan de Garay ([44]), que gobernó de 1557 á 1584, paseó unfante sus armas donde Mendoza fué derrotado; venció scarmentó las hordas Querandíes en la memorable bala de la Matanza; fundó la ciudad de Santa Fe, capital ual de la *región del trigo*, en 1573, y coronó su obra con fundación de Buenos Aires el 11 de junio de 1580, para

([44]) Era hombre de talento, de gran corazón, prudente, sufrido y supo salir airoso en todo cuanto emprendió. *Censo de Buenos Aires,* 1. Nació en Bilbao, Bizcaya.

que fuera emporio del comercio, foco de la libertad del con-
tinente, y mereciera por su ilustración y su progreso el di-
tado de «Gran Capital del Sud», según la frase feliz de u
inspirado poeta, era bilbaíno.

Aguirre, teniente de Valdivia, el esforzado guerrer
conquistador de Chile, que venció las tribus de los ind
mitos Calchaquíes y fundó la ciudad de Santiago del Este
en 1553, era basco.

Martín de *Loyola*, fundador de la ciudad de San Lu
en 1596, también fué basco, como *Zabala*, que expulsó l
portugueses de la colonia del Sacramento, derrotó las trib
de los indómitos Charrúas y fundó la ciudad de Montevide
en 1626.

Fueron gobernadores de Buenos Aires: en 1640, d
Ventura *Mujica*; en 1646, don Jacinto de *Lariz*; en 1653, d
Pedro de *Baigorri*; en 1678, don Alonso de *Garro*; en 171
don José de *Mutiloa*; en 1717, el general don Bruno Mau
cio de *Zabala*; en 1745, el teniente general don José
Andonaegui y en 1766 don Francisco de Paula Bucarelli
Ursua, bizcaíno, por la línea materna, como los dem
citados, por la paterna.

Cuando el año 1807, Inglaterra, aprovechando el angu
tioso estado de España, intentó apoderarse de sus colonias
mandó al Río de la Plata una formidable escuadra de
buques con 9880 soldados aguerridos, al mando del gener
Whiteloke, y desembarcando en la Ensenada derrotó l
tropas del virey, que huyó cobardemente á Córdoba, ¿qui
reanimó el abatido espíritu del pueblo?

El alcalde D. Martín de *Alzaga*, arengó las masas, de
pertó el espíritu varonil de sus convecinos, improvisó tr
cheras; y con paisanos casi desarmados reconquistó la ciud
y derrotó al orgulloso invasor obligándolo á capitular.

Esta acción de guerra dió al pueblo la conciencia de

:opio poder y valimiento, y fué el germen fecundo, la leva-
ıra de la revolución que dió por resultado la Independen-
a Sud Americana.

Y como estos ilustres varones, cien, mil más de mi raza
:ivilegiada, inyectaron con su sangre en la sangre indígena
robustez de su organización física y su amor á la libertad
independencia de la patria, sentimientos tradicionales en
pueblo euskaro; legando así á estas naciones nacientes el
spíritu y aun la letra de las instituciones comunales, base
lidísima de su organización nacional ([45]).

([45]) Los bascos, dice el ilustre ex-Presidente de la República Ar-
ntina don Domingo Faustino Sarmiento, que han concurrido en
an número á la poblacion de estos países, segun se ve por el número
apellidos bizcaínos que tanto abundan, en Buenos Aires sobre todo,
bieron á nuestro juicio adherirse más que los otros españoles á la ins-
lación y conservación del gobierno municipal que constituye hasta hoy
s famosos Fueros de Bizcaya, por los cuales han peleado con todos los
nquistadores de la llanura, sublevándose contra la España y con D.
rlos, y antes estado con todos los Pretendientes para no ser españoles,
bernados políticamente. Es imposible que estos mismos bizcaínos,
ecindados de más de un siglo, no trasmitiesen á sus hijos criollos el
ntimiento de desapego á la corona de España y á sus instituciones de
bierno político, contra el cual mostraba en 1795 tanta saña la ju-
ntud de Buenos Aires, segun lo notó un fraile domínico irlandés, in-
oducido clandestinamente para observar el espíritu de las gentes y de
so el número de cañones de la fortaleza de Montevideo. Larramendi,
nigo de Sarratea (hijo de basco) y muy partidario de la revolución, era
sco. ¿Cómo no habian de amar al Cabildo y la Junta, como gobierno,
s bascos en 1819, y á Buenos Aires en odio al virey, cuando en 1876 un
ıtor bizcaíno hace el paralelo entre el gobierno español y el bascongado,
ribando á probar, lo que de suyo salta á la vista, que la organización
unicipal de las tres provincias bascongadas es la misma de las munici-
lidades norte americanas? Y agrega, para ilustrar su aserto, la síntesis
los fueros de Bizcaya, que transcribimos á continuación, como Sar-
iento los da.

Fueros de Bizcaya—Ley y práctica municipal ó inmemorial en las
ovincias bascongadas sin gobierno político. Daremos un breve extracto
la organización y facultades de los ayuntamientos bizcaínos que da
autor basco que hemos citado (Julián de Arrese en su *Descentraliza-
ón Universal ó el Fuero Bascongado*), poniendo en paralelo las fun-
ones y manera de proceder de las municipalidades y de los gobiernos
líticos en Europa, con los cuales se pretende suplantarlos. Alcaldes y
gidores son vecinos del municipio, nombrados por el municipio, res-

Ved la nómina de la primera junta de gobierno de Buen Aires, proclamada por el pueblo, conjuntamente con su I dependencia, en la mañana del histórico día 25 de Mayo 1810, y notad que, entre los miembros que la componí figuraban los nombres euskaros de Azcuénaga y Larrea, Gorriti y Guruchaga, de Tarragona y Ortiz.

El 13 de Enero de 1812, el cabildo hizo nombrar prim gobernador de Buenos Aires independiente á D. Miguel Azcuénaga, sucediéndole en 1820 Irigoyen, Aguirre, Sa ratea y Alvear, en 1830 y 1831 D. Tomás de Anchorena, en 1840 D. Felipe Arana.

---

ponsables ante el municipio. La misión de esas autoridades es vigi para que los ayuntamientos no abusen de sus facultades, no pudien en ningún caso, usurpar sus derechos ni privarles de ninguna de s atribuciones. El alcalde es independiente en el círculo de sus atribuc nes, interviniendo en cuestiones municipales la diputación foral. diputación general impone á los alcaldes y ayuntamientos las correccio necesarias. Cada ayuntamiento nombra libremente su secretario. fianza de tesorero se constituye á satisfacción del ayuntamiento. I cuentas del cajero municipal se examinan y aprueban por el ayun miento, resolviendo las cuestiones comunales, en segunda instancia, diputación general como superior gerárquico. Cada ayuntamiento d cute y aprueba libremente la inversión de fondos comunales, con arre al presupuesto municipal. Las cuentas municipales se aprueban, pueblos pequeños, por todos los vecinos del municipio; por el ayun miento entrante en poblaciones grandes. Cada ayuntamiento apru sus ordenanzas, interviniendo en caso necesario la diputación gene Cada ayuntamiento hace libremente las mejoras que le convienen. diputación foral de cada provincia, oyendo á los interesados, resuelve estos asuntos lo más conveniente. La asamblea provincial y diputac general, encargadas respectivamente del poder legislativo y del po ejecutivo, constituyen el gobierno del país, ejerciendo sobre los ayun mientos la inspección y atribuciones que por tal concepto les correspon Los ayuntamientos compran, venden, cambian, litigan, transigen, ac tan donaciones y contratan empréstitos, sin intervención del Esta Cada ayuntamiento acuerda y resuelve lo que le conviene en el círc de sus atribuciones, interviniendo, en caso necesario, la diputación fo Los ayuntamientos son libres en el círculo de sus atribuciones: to sus acuerdos son válidos y ejecutivos, aunque reformables por la di tación, en virtud de quejas ó reclamaciones. *Conflictos y armonías las razas en América*» por el ex-presidente de la República Argenti Domingo F. Sarmiento. T. I. páginas 78, 79, 80 y 81.

Y si seguís las evoluciones de aquella dolorosa gestación de naciones, vereis lucir al par de los *Bolívar* (molino), el émulo de San Martín, los Artigas que despiertan al pueblo oriental, los Alvear que consolidan la independencia de los pueblos triunfando en la batalla de Ituzaingó; los Güemes que todo lo sacrifican en aras de sus nobles ideales, los Necochea, el Bayardo argentino, caballero sin miedo y sin reproche, y cien otros ilustres caudillos, de origen euskaro, que sería prolijo enumeraros, pero que los pueblos agradecidos conservan en las páginas de la historia patria, hasta el general Urquiza, primer presidente constitucional de la República Argentina y también de origen kántabro.

Recorred la nómina de los presidentes, ministros, senadores, diputados, jueces, militares, financistas ([46]), hombres dirigentes, en fin, de Ugaria y de los demás países de Sud América hasta Mejico, y vereis la abundancia extraordinaria de nombres euskaros, siguiendo la preponderancia decisiva de mi vieja raza, preparada en cien siglos de constante lucha para la libertad y las ciencias, para las artes, la navegación y el comercio.

Observad hoy mismo la nómina de los jóvenes examinados en vuestras universidades y liceos, y notad que las mejores clasificaciones corresponden á los hijos de *Aitor*, que se distinguen por su inteligencia al par que por su robustez

---

([46]) El primer presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, cuyos caudales contribuyeron decisivamente á formar la nacionalidad argentina, á salvar sus compromisos de honor ante el mundo, y á desarrollar sus industrias y su comercio hasta el grado asombroso alcanzado, se llamaba don Juan P. Aguirre, que lo gobernó desde 1822 á 1826. Después, en un período de veintitantos años sobre los 70 de su existencia, lo presidieron los Alzaga, los Larrea, Ibarrola, Garmendia, Haedo, Iraola, Gorostiaga, Arocena, Carlos Casares y Uriburu de 1882 á 1884, época de su apogeo y último de raza euskara. Después.... después vino la ruina y la vergüenza. Esperemos que aún recuperará sus fuerzas el coloso.

física, y se preparan así, por el estudio y la virtud, á ser los gobernantes de sus pueblos.

En mi raza se cumple de manera evidente esa ley de las evoluciones humanas que da el triunfo, la supremacía, al más fuerte intelectual y físicamente: *mens sana in corpore sano;* ley que vuestro contemporáneo Darwin en su *Estudio sobre la selección de las especies* ha hecho vulgar en esta frase conocida «La lucha por la vida», en la que triunfa el más fuerte, el más apto, el más inteligente (47).

¿Y qué otro pueblo de la tierra ha luchado con la constancia y la energía de mi pueblo por conservar su

---

(47) Como prueba fehaciente del aprecio especialísimo con que los argentinos miran la inmigración basca, y en testimonio de nuestra simpatía al estadista que lo dictó, transcribimos el decreto del señor ministro de relaciones exteriores doctor Estanislao S. Zeballos, que dice así: «Buenos Aires, Enero 10 de 1890.—Señor don Enrique Sundblad, comisario general de inmigración:—La inmigración de las cuatro provincias bascongadas, de España, es ya una espontánea y vigorosa corriente que se dirige con preferencia á la República Argentina. La sólida reputación de *sobriedad, energía, aptitudes para el trabajo y moralidad,* de que goza la ha rodeado en nuestro país de una opinión favorable, considerándola como una de las más excelentes fuerzas humanas que se incorporan á nuestra vida nacional. Limitada es, sin embargo, todavía, la cifra de estos inmigrantes con relación al prestigio que entre sus provincias goza la República, y á la masa de población que quiere venir. Este ministerio ha hecho estudiar con persona autorizada de su servicio, en Europa, las causas que detienen á millares de bascos españoles en su deseo de emigrar á la Argentina, y ellas son de fácil remedio como de fecundo resultado ....

....

Si los vapores embarcaran esta emigración en el cómodo y seguro puerto de Santander, los bascos se ahorrarían un dispendioso rodeo, y concentrándose en Bilbao, en pocas horas de vapor local llegarían al costado de los trasatlánticos. Esta medida, según informes que he hecho recoger en las mismas provincias bascongadas, aumentará en un tercio ó en el doble la emigración mencionada. En consecuencia se servirá usted conferenciar con las empresas de paquetes que embarcan emigrantes en la Coruña, á fin de que hagan recalar un vapor por mes, de cada una, en Santander, cuya medida, oportunamente divulgada en ambas márgenes del Ebro, concentrará numerosa emigración en dicho puerto, etc........ Dios guarde á usted.—*E. S. Zeballos*».

nacionalidad histórica, su independencia y su libertad, sus creencias y su idioma?

Jamás atentó con guerras de conquista contra la libertad de otros pueblos. Jamás impuso sus creencias por el fuego y por el hierro. ¡Jamás!

Luchó, sí, guerreó heroicamente cuantas veces fué provocado, mas fué para conservar intacto el sagrado patrimonio de sus *Fueros*, que heredó de sus mayores: y aún hoy no desea para los mismos que inicuamente le oprimen y le esquilman, más que hacerles partícipes de los mismos beneficios que él posee: sus santas libertades.

Aquéllos que por una fatalidad deplorable, por desconocer el espíritu y la letra de sus libérrimas instituciones, lo combatieron, han reconocido noblemente su error y manifestado públicamente su admiración y su propósito de ayudarle á recuperar la integridad de sus libertades ([48]).

Y cuando el torrente de las ideas modernas abra su cauce arrollando los peñascos de las viejas preocupaciones, de los añejos errores; cuando los fulgores de la libertad irradien su luz brillante y bienhechora, sin deslumbrar á pueblos acostumbrados á oscuridad — porque la luz ciega como ciegan las tinieblas; — cuando el ejercicio de la ciudadanía eleve el nivel moral de las masas y les dé conciencia de su propio valer; y en fin, cuando las franquicias conquistadas paulatinamente por el pueblo despierten su sed de libertad, y comparen el régimen que les gobierna con el que gobierna á los pueblos de mi raza... entonces se estrecharán los vínculos hoy aflojados de la Península Ibérica, se formarán federaciones de pueblos según sus tradiciones históricas ó las exigencias de su geografía, y la federación kantábrica, como en los viejos tiempos, unida y feliz, gozará

([48]) El gran Castelar en su célebre discurso de Bilbao.

en paz so el árbol de Guernika los beneficios de sus instituciones venerandas, al par de sus hermanas las provincias de la antigua Ibería.

La república española se aproxima, es cuestión de propaganda ilustrada, de paz, de oportunidad: tardará uno, dos, ocho años, pero su advenimiento se impone, y antes que luzcan los días del nuevo siglo será un hecho realizado. ¡Felices los que vivan para verlo!

VII

Alboreaba el nuevo día cuando salté del lecho presa de una agitación nerviosa que no me permitió dormir.

Soñaba con Kantabria redimida y feliz, regida por sus fueros; con Ibería, en paz y fuertemente unida con los lazos de una confederación de pueblos inteligentes y laboriosos, gobernados por el régimen republicano; con la grandeza de Ugaría, foco de una civilización brillante y poderosa, donde decenas de millones de hombres cultivaban las ciencias y las artes, la industria y el comercio, sanos de cuerpo, alegres de espíritu, gobernados sabiamente por hombres descendientes de mi raza; con el Edda y los Nibelungos; con Lekobidi, y los Francos deshechos en el llano de Ibañeta; con esa rápida comunicación eléctrica de que hablara Jakinduna en su conversación de la víspera; y sobre todos estos fantasmas de mi imaginación sobrexcitada, flotaba la dulce imagen de Izara arrancando á las cuerdas del arpa que pulsaba, melodiosos, seráficos acordes...

Recorrí los jardines minuciosamente, bajé hasta el pie del Pico de Beltzur; exploré prolijamente su base que recorrí en toda su circunferencia y... nada. Volví al punto de

partida y provisto de un anteojo de larga vista, trepé á costa de mil fatigas hasta la cumbre más alta, en la misma boca del cráter extinguido; investigué el extenso horizonte que desde él se descubría, gracias á la pureza de la atmósfera y... nada tampoco; ni un hilo de alambre, ni un poste telegráfico, ni una de esas viejas miras con que los hombres se comunicaban á distancia en la antigüedad.

¿Sería realmente un sueño de mi fantasía lo de la comunicación del congreso pan-americano de Wáshington? En ese caso, todo era sueño.

Repentinamente me asaltó un pensamiento que volvió nuevamente la duda á mi espíritu abatido, y por consecuencia la esperanza: la comunicación podía ser subterránea, como las establecidas por los previsores y recelosos prusianos en la guerra del 71.

Mas ¿cómo averiguarlo, si el suelo no traicionaba su secreto? Temía desagradar á mi generoso huesped manifestándole mis dudas... pero quería á todo trance saber la verdad. Entonces pensé en Izara y me resolví á confiarme á ella. Descendí lentamente de la cúspide en que me hallaba, dando tiempo para calmar mi agitación y fatiga; compuse el desorden de mis vestidos, y después de bañarme en una de las albercas, de donde partían las acequias de irrigación, volví á mi departamento cuando ya el sol estaba muy alto sobre el horizonte.

Al entrar me encontré frente á frente con Jakinduna y al sentir en mis ojos su mirada cariñosa, el fuego del rubor coloreó mis mejillas, y le dije:

—Perdonadme, señor, si por un momento he dudado de vos; vengo de recorrer estas inmediaciones buscando los hilos conductores de la electricidad, mas he comprendido que deben ser subterráneos y...

—Os engañais, joven amigo mío; mis comunicaciones son

aéreas: en cuanto á vuestra exploración de estos contornos en busca de postes aisladores, y vuestras dudas y deseos de cercioraros de la verdad, no me ofenden absolutamente.

Escuchad atentamente cuanto os digan; leed con detenimiento cuanto podais; mas ejercitad después vuestras facultades intelectuales, vuestro criterio, y tratad de comprobar la exactitud de lo leído ó escuchado: esa es la sola manera de adquirir la ciencia, de tener conciencia y criterio propios.

Y en prueba de la sinceridad de mis palabras voy á mostraros nuestros aparatos de comunicación eléctrica.

Pasamos al gran salón central, donde el sabio Jakinduna consultó un registro colocado sobre su bufete; después hizo deslizar el gran telescopio colocado ordinariamente bajo la vertical de la boca del cráter, que se proyectaba sobre nuestras cabezas, y moviendo una palanca situada á pocos pasos, hizo correr la parte del piso que ocultaba la base del gran telescopio central.

Quedó en descubierto un espacio como de cuatro metros cuadrados y uno de profundidad, ocupado por un saloncito de platino, forrado interiormente en seda, rodeado de divanes, y con una mesita central. Colocó en ella un gran saco de amianto conteniendo un mineral rojizo y muy pesado, llamó á Izara para prevenirle nuestra marcha, y después de tomar asiento en los divanes del contorno, tocó un botón eléctrico situado en el borde de la mesita central. Inmediatamente comenzó el descenso.

Comprendí que nos hallábamos en un ascensor, y como el anciano parecía absorbido en sus pensamientos y guardara silencio no quise perturbarle en sus meditaciones y me concreté á observar. El aparato descendía sin ruido hacia las profundidades de la tierra, con una velocidad aproximada de doscientos metros por minuto.

A medida que descendíamos y desaparecía la luz solar,

una claridad fosforescente, azulada, pero agradable á la vista, iluminó el saloncito: esa claridad era producida por las paredes del pozo, prolijamente bruñidas y cubiertas de un barniz análogo al que recubre las paredes y esqueletos del museo del gran salon central, que ya he descrito.

Poco á poco fué elevándose la temperatura y gruesas gotas de sudor corrieron de mi frente. Entonces el sabio anciano consultó el reloj y un barómetro, de que estaba provista la mesita central, y apretó un boton eléctrico.

Detúvose el ascensor instantáneamente y Jakinduna leyó en una de las paredes del pozo la cifra que, en una columna que venía desde la boca, marcaba por metros la altitud con relación al nivel del mar: nos encontramos, dijo, á 1220 metros bajo el nivel del mar, y como aún vamos á descender, tomaremos antes algunas precauciones.

Y combinando fosfato de soda con ácido azótico diluído, que extrajo del cajón formado por la mesita central, en la proporción de 9 á 4 partes, en peso, la temperatura descendió inmediatamente en cerca 40°. Seguímos el descenso, y pocos momentos después el sonido de un timbre eléctrico, tocado automáticamente, nos previno el término del viaje. El saloncito descansaba sobre rieles colocados en el fondo del pozo y un leve empuje de Jakinduna le hizo correr algunos metros en una galería lateral.

Un ruido sordo semejante al de la trepidación de un tren en marcha, escuchado en el silencio de la noche, hacía estremecer las paredes de granito de la galería, y de intervalo en intervalo sonaba algo así como el eco ahogado, lejano, de una descarga de cañón.

Movió Jakinduna una palanca igual á la que dejó en descubierto el ascensor, y un espacio como de 0,25 de metro cuadrado de la parte central del pozo quedó al descubierto, é invitado por el anciano me asomé al agujero y contemplé

un espectáculo curioso; á nuestros pies, á una distancia que no pude apreciar, ardía un fuego vivísimo, intensamente blanco, que se iluminaba con reflejos rojizos cada vez que se producía la detonación que antes referí, subiendo el nivel del fuego rápidamente cada vez que aquel fenómeno se producía, para volver después á su nivel normal.

—Contemplais, me dijo, el fuego subterráneo que arde en las entrañas del planeta y es á su existencia lo que la circulación de la sangre es á la vida humana; si la circulación cesa muere el hombre, si el fuego interior llegara á extinguirse el planeta moriría.

Mas tranquilizaos, añadió sonriéndose; aún hay elementos de combustión para algunos millones de siglos, pues nuestros instrumentos sismográficos no acusan variación sensible en la temperatura interior del globo desde hace 10.000 años que observamos.

Dicho esto, anotó rápidamente algunos datos de raros instrumentos colgados en la galería; puso el anciano en comunicación con una pila eléctrica la palanca que gobernaba el orificio inferior del pozo, que dejó abierto; arrojó por éste, en el tejido de amianto sujeto por cuerdas del mismo mineral á un gancho clavado en la boca del pozo, una cantidad considerable del metal rojizo, hierro probablemente que traía el ascensor; empujó el ascensor á su sitio, é invitándome á tomar asiento, ocupó el suyo, y tocando un resorte, se puso en movimiento ascensional el aparato con una velocidad mayor aún que la del descenso. Un momento despues llegamos al gran salón central, y era retirado el ascensor sobre los mismos rieles que servían á la traslación del gran telescopio; cerrada la boca del pozo, excepto un pequeño orificio central, que puso en comunicación con un caño de goma, cuya extremidad corría por las paredes del salon hasta la boca superior del cráter del Beltzur; puso en contacto un

hilo metálico con el tornillo de ajuste del caño de goma al pozo, y adaptando la otra extremidad á un instrumento semejante á los aparatos trasmisores empleados en nuestras oficinas telegráficas, me dijo:

—La electricidad es una fuerza poderosísima que vuestros sabios empiezan recién á conocer. La aguja imantada usada por nosotros en la navegación hace millares de años, y que el viejo Homero describe en su Odisea, fué conocida por los europeos recién hace ocho siglos; ella sugirió á vuestros sabios, al par que la idea del magnetismo, la idea de la electricidad, que al principio confundieron.

Oersted hizo brillantes observaciones que Ampère modificó y perfeccionó fundándose en que la tierra funciona como un inmenso imán. Y en efecto, Gauss, después de minuciosas observaciones, estableció que la tierra es un poderoso imán cuya fuerza sería equivalente á 8464 trillones de barras de acero, imantadas á saturación, y de una libra de peso cada una ([49]).

Mas ¿qué es la electricidad?

La corriente eléctrica es ciertamente un flujo de materia circulando por el hilo del reóforo, del polo positivo al negativo.

¡Y cuántos años, cuánta energía han gastado vuestros sabios para estudiar solamente si este flujo, si esta corriente, es de materia ponderable ó etérea!

Saben solamente que la alteración ó desagregación química de las sustancias necesarias á la acción del electro-motor es la verdadera fuente del trabajo activo, de la corriente ([50]).

Esta continua desagregación, esta transformación incesante de la materia, se opera en gran escala en la gran

---

([49]) Gauss, *General theory of terr. magn.*, núm. 31.
([50]) P. Secchi, *Forces phisiques*, cap. III.

oficina química de la naturaleza. Y entre las varias maneras de producción eléctrica, una de las más poderosas es la que desarrolla el *frotamiento* de la envoltura aérea del globo terráqueo con la materia intermundial que llamais éter. Ese desarrollo de electricidad se opera gracias á los movimientos de traslación y rotación del planeta sobre su eje y en el plano de la eclíptica, y así como en vuestros dinamos acumulais electricidad en los alambres que los envuelven con sus múltiples vueltas, así se acumula en la multitud de capas ó zonas aéreas que envuelven la esfera terráquea en todas direcciones, sin confundirse unas con otras, girando incesantemente con arreglo á su propia densidad.

Fácilmente podeis comprobar esta aserción observando el cielo un día de tormenta, cuando las nubes circulen sobre vuestras cabezas en dos, tres, cuatro y más direcciones, simultáneamente, produciendo descargas eléctricas á distintas altitudes en la forma que llamais relámpago.

En la atmósfera, sobre todo en las capas superiores, hay corrientes constantes, análogas á las que surcan vuestros mares, el *Gulf stream* por ejemplo, que vuestros meteorologistas han estudiado pacientemente y conocen con exactitud.

La solución del magno problema de la navegación aérea, que tanto preocupa á vuestro mundo científico, depende pura y exclusivamente del conocimiento profundo, completo, de las direcciones constantes de los vientos en las capas superiores de la atmósfera, y de la *fabricación de lastre.*

Lo primero es facil observar por medio de las mismas ascensiones aerostáticas; lo segundo está en vía de resolverse, pues ya se ha conseguido liquefiar ó *liquidar* casi todos los gases conocidos, incluso el hidrógeno, el ázoe, el oxígeno y el carbono, gracias á los experimentos de Obsewski, Pictet, Cailletet, Wroblesky y Faraday.

Mas sus procedimientos son demasiado lentos, y es pre-

ciso obtener ese resultado con gran rapidez, lo que conseguirán seguramente por medio de la electricidad.

Comprendereis perfectamente que, dada una fuerza ascensional constante, conservada en el aerostato herméticamente cerrado, bastará fabricar lastre por medio de la liquefacción del gas oxígeno, que abunda en todas las capas atmosféricas, para *descender* á la corriente favorable, á la dirección deseada; para *ascender* bastará sencillamente con arrojar lastre.

Y esta dificultad no es insuperable, y al resolverla habráse producido en el mundo una revolución más grande que la que produjeron la pólvora, la imprenta, el vapor y la electricidad.

Dirigió Jakinduna la mirada hacia la boca del cráter, y viendo que una espesa columna de vapor salía por la extremidad del tubo de goma y alcanzaba las capas superiores de la atmósfera, acercóse al aparato telegráfico, puso en movimiento la cinta sin fin de su cilindro, y tomando el manipulador trasmitió algunos signos.

Trascurrieron algunos minutos sin que obtuviera contestación, y volviendo al reloj que consultó, me dijo: hoy es día de comunicación entre nuestra capital, Baratza, y los hermanos de Europa y del Káucaso; quedamos á mitad de camino entre unos y otros, y muy pronto estaremos en comunicación con ellos; mientras tanto, voy á explicaros lo que aún no habeis comprendido de nuestro sistema.

El calor desarrolla la electricidad.

Conoceis la teoría atómica y las leyes que rigen la cohesión de los cuerpos.

Ahora bien, al calentar un mineral cualquiera, los átomos que lo constituyen aumentan su movimiento rotatorio, vibran con mayor intensidad y entran en fusión: mas si el calor aumenta, los átomos lo absorben en tal cantidad que

su movimiento rotatorio, exageradamente aumentado, supera la atracción molecular y escapando tangencialmente buscan su equilibrio en las altas capas atmosféricas. Una columna de humo ó de vapor os muestra esta verdad.

Así, los átomos que constituyen la materia hierro que acabamos de depositar en contacto con el fuego volcánico, suben desde las entrañas del cráter hasta las altas capas de nuestra atmósfera, chocando unos con otros en incesante torbellino, y en contacto con el hilo metálico de nuestro aparato eléctrico, que, por ello se halla en comunicación con las corrientes eléctricas de la atmósfera superior.

La columna de gas forma así una verdadera columna metálica.

En ese instante agitóse extraordinariamente la aguja imantada, verticalmente colocada en el instrumento, y el característico *tac, tac, tiqui-tac, tac,*... signo de comunicación eléctrica, llamó á Jakinduna al aparato.

¡Estábamos en comunicación con la India!

Observó Jakinduna el aparato y vió que la corriente eléctrica se hallaba en las capas atmosféricas correspondientes á 10.300 metros sobre el nivel del mar.

Durante media hora la cinta sin fin fué recogiendo las instrucciones dadas por el Gran Lama á los sacerdotes de la orden en las montañas del Káucaso, en Italia, en Francia, en Inglaterra, Noruega, Kantabria é Ibería.

Terminadas las instrucciones y recibidas comunicaciones de aquellos países, el gran sacerdote dió el saludo de despedida en la fórmula habitual, que es esta que damos traducida *Constancia por la gloria de Iaon (bendito sea)* y *bien de la humanidad*, que los diversos sacerdotes fueron contestando, no ya en el idioma sagrado, sino en el peculiar á las naciones por ellos habitadas; respuestas que fueron llegando en este orden:

Aurki eta beti (de Oigorría)
Ora e sempre
Semper idem (de Roma)
Toujours et quand même
Now and ever
Ahora y siempre
Aurki eta beti (de Kantabria)

ue pudiera decirse también «Qui dura vince» sintetizando espíritu de las diversas pero uniformes contestaciones.

Cesó el tic-tac del aparato, y Jakinduna volviéndose acia mí, me dijo: quiero que conserveis la cinta receptora e esta comunicación telegráfica en memoria de este día para que, como Santo Tomás, al palparla y verla cuantas eces os plazca, podais dar fe y enseñar á vuestros hermaos este medio sencillísimo y económico de comunicación éctrico-telegráfica. Y me entregó la cinta que conservaré ientras viva como se conserva un tesoro valiosísimo.

VIII

Terminado el curioso experimento de que acabo de ablaros, notó el sabio anciano que mi vista no se apartaba e dos enormes esferas terráqueas, de relieve, como de dos etros de diámetro, colocadas á mi derecha en el salón, y e dijo: esta que teneis más próxima, señala las diversas udades y lugares poblados por los hombres de mi raza esde una época remotísima, muchos de los que aún substen con sus viejos nombres á pesar de los cataclismos ológicos, de las invasiones y las guerras que han asolado planeta y casi extinguido mi nación.

La otra, montada de manera semejante á vuestras brúlas náuticas, de modo que gire libremente en el espacio, el resultado de mis estudios personales, mi especialidad ré así, y su objeto es calcular de antemano, *predecir* la po-

sición que ocuparán los polos de la tierra después del futu diluvio, á fin de que los pueblos de mi raza no perezca como perecieron en el Continente Austral en el último p ríodo ó cataclismo geológico: podeis observarlas librement

Dirigíme á la primera esfera y quedé asombrado notar la configuración de sus continentes, sus islas y s océanos tan distintos de los de la actualidad.

Tomé, con la venia Jakinduna, algunos apuntes de no bres de ciudades y otros nombres geográficos que aún su sisten ó son conocidos de los actuales geógrafos, los q conservo á título de curiosidad.

He aquí algunos de sus nombres, con su significación el idioma sagrado, y su situación geográfico-política, fácil de comprobar.

Mas como su enumeración sería sumamente extensa requeriría todo un volumen, daré solamente algunos no bres entre los correspondientes á la inicial A en As África y Europa, que marcan diversas etapas en la marc de mi raza:

Aar, significa *gusano*. Río en Suiza.
Aba, *Boca*. Ciudades en Grecia, en Caria y un monte Armenia, donde nace el Eufrates.
Abala, *Melodía*. Ciudad de la antigua Etiopía y puerto Italia, entre Sicilia y el promontorio Coccinum.
Abara, *Panal*. Ciudad de Armenia y otra cerca de Carta
Abarraga, *Abrojal*. Ciudad de la Siria.
Abea, *Viga*. Ciudad en la antigua Messenia.
Abelmea, *Ganador menor*. Aldea en Palestina.
Aberé, *Haciendas*. Ciudad de Arabia.
Abia, *Nido, habitación*. Ciudades en Arcadia y Mestenia.
Abragana, *Hacia el ganado*. Ciudad de la Serica.
Adizaga, *Sitio de Amigos*. Ciudad en la India.

dra, *Constitución.* Ciudad de Illiria.

dra-astea, *Principio de Constitución.* Ciudad y su territorio en el Asia Menor.

duna, *Trigo nuevo.* Rio en la Suziana.

enaria, *Golondrina.* Antiguo nombre de la isla de Ischia.

los, *Armonía.* Ciudad en Tesalia y Peloponeso.

lsa ó Alza, *Abedul.* Ciudad en el Véneto.

meria, *Mal de Amor.* Ciudad en el Ponto Euxino ú Osino.

mesa, *Ensueño.* Rio en la Numidia.

moria, *Ciudad del Amor.* Ciudad en Armenia.

naitika, *Hermandad.* Territorio de Armenia.

nara, *Golondrina pequeña.* Ciudad sobre el Eufrates.

ndraka, *Acción de mujer.* Ciudad en la India.

ndrapana, *Una mujer para cada uno.* Ciudad sobre el río Indo.

ndria, *Mujer.* Ciudad en Grecia.

ndriaka, *Acción de mujer.* Ciudad en la Tracia, en Lidia y en Media.

ndron, *Mujer buena.* Es la misma Andropolis de Egipto y la Androna, ciudad de la Siria.

raga, *Sitio pedregoso.* Ciudad en la Arabia feliz.

ran, *Valle.* Ciudades en Siria y en Judea, valle de Aran, que cita la Biblia.

ramana, *Valle bajo.* Ciudad en la Arabia feliz.

rana, *El Valle.* Ciudad en la Drangiana.

rantia, *Muchos valles.* Ciudad en el Peloponeso.

rarat, *Hacia allí.* Montaña de Armenia, donde según la tradición bíblica paró el arca de Noé.

raxes ó Arazca, *Permanente.* Río de Armenia.

rbela, *Toba* (piedra esponjosa). Célebre ciudad de Asia, tomada por Alejandro Magno.

rdeía, *La ardilla.* Ciudad de la Illiria.

rdia, *Oveja.* Ciudad de la Illiria.

Ardona, *Buen vino.* Ciudad de Italia.
Arduba, *Conquistada.* Ciudad de la Dalmacia.
Areesa, *Arena húmeda.* Pantano en la gran Armenia.
Areón, *Buena arena.* Torrente que desagua en el golf Pérsico.
Argais, *Peñón.* Isla pequeña del Mediterráneo, sobre la costas del Asia.
Argizala, *Luz apagada.* Ciudad de Asia Menor.
Arin, *Veloz.* Ciudad de la Mauritania.
Arka, *Arca.* Ciudad de Siria, en la ladera del Líbano.
Arra, *Posesión.* Ciudades, una en la Arabia y otra cerca á Emesa, en Asia.
Arratsa, *Noche.* Lago en África.
Arrapa, *Robada, saqueada.* Ciudad en Asiria.
Azara, *Zorro.* Ciudad en la Armenia.

Mas, concretando mi atención especialmente á las tierra de Amérika, tomé también algunos rápidos apuntes, qu transcribo solamente en parte, eligiendo los más conocido entre los nombres de montañas, ríos, tribus, territorios ciudades que aún existen, según las iba citando y comen tando el venerable anciano, cuyas palabras reproduzco:

—¿Y esta bella región del universo ha sido tambié habitada por nosotros? pregunté.

—Sí, repitió con grave acento el sabio Jakinduna, estás e la patria de tus padres, en el llorado *Baratza* (jardín amen que los hombres de otras razas, por eufonía, han dic «*Paraíso*», y que la semítica, rama de la nuestra (*Semia*-hij semilla) ha consignado en su obra monumental: la Bibli

La tierra de tus padres, la patria que habitamos, la Am rika de las tradiciones kántabras (*Ama-erriako-a*, la mad patria) es la región más hermosa de la tierra.

Apoyada la cabeza en la blanda almohada de las niev

boreales, (*Bor* elevación, *ala* poder), los pies cubiertos por el edredón blanquísimo de las nieves del sur, arrullada por el ritmo cadencioso del oleaje de dos océanos, de Atlantes y Pacífico, coronada por las flores de sus bellísimas praderas tropicales, Amérika parece sultana voluptuosa, ebria de amor á quien el orbe entero tributa el homenaje de su adoración.

Del norte al sur, del uno al otro polo, de océano á océano, á través de los siglos y las invasiones de otras razas, á pesar de los cataclismos geológicos, la estirpe de *Aitor*, el padre de los kántabros eskualdunas, ha perpetuado su nombre y su poderío incontrastable, grabando el monograma de su raza en las altas montañas, en los ríos caudalosos, en prehistóricas ciudades, en reinos y en imperios, en tribus y en familias.

—Y existen esas pruebas, interrumpí admirado.

—Sí, replicó; escucha y no lo olvides, pues solo te referiré aquello que es fácil comprobar, porque aún subsiste.

La inmensa columna vertebral, el grandioso sistema orográfico, único en el mundo, que mide tanto como la mitad del meridiano terrestre; la cordillera que corre del polo norte, desde el estrecho de Behring al polo sur, en el territorio de los Onás, es grandiosa, inmensa, majestuosa, razón por lo cual nuestros padres la llamaron *Andia*, que significa en nuestro idioma sagrado, amplio, extendido, abultado, grandioso,—significado que concuerda admirablemente con las condiciones de la cordillera andina.

Sus altas cumbres, aquellas que como el Sorata pasman de admiración al hombre que las contempla, perpetúan la impresión de nuestros padres (*Sora ta*, hechizo permanente).

En otras, memoraron la majestad de la muerte causada por la cólera de sus volcanes en actividad, Illimaní, Illiniza *Il emana*, fecha, data de la muerte. *Ilkintzá*, matanza, cargo,

ministerio de hacer morir), que destruyeron en aciagos días los pueblos que moraron en sus faldas.

El *Chimborazo*, gigante altivo que iergue su cabeza brilladora, centelleando sobre las cumbres andinas, en medio del árido desierto de Tapia, cubierto de piedra pómez, significa en eskuara el centelleante (*Chinda*, centella, chispa de lumbre, *Erazo*, el que está obligado á producir) porque brilla como faro grandioso sobre toda la región.

Cuacharo es la región de las cuevas sombrías (*Gua ó Gaua*, noche; *charra*, vieja, perpetua) y en ellas jamás han penetrado los alegres rayos del sol tropical, pues reina sola la perpetua noche.

Las sierras de *Gorgorena* y *Akara*, en el Brasil, recibieron nombres apropiados: la primera por su elevación altísima (*Gor-gorena*, suprema alteza, elevación) y la otra el nombre de las miríadas de flores silvestres de la especie que cubría sus laderas (*Akara*, nardo).

—Quiero advertiros, agregó el erudito anciano, que muchos de los nombres que hallareis en Amérika, también han sido dados por nuestros padres en otros continentes, cuando analogías notables lo determinaban. Así por ejemplo, las montañas del Káukaso se llamaron *Andes sagrados*, antes de la civilización griega, cuando los sacerdotes de mi raza civilizaron las tribus salvajes del Keroneso, de la Scitia y el Asia Menor.

Y en nuestros días, en una de nuestras posesiones, en España (*Ezpaña*, labio, por alusión á su forma) se conserva el nombre de la Sierra *Andia* que vos conoceis y cuyos picachos se internan en el mar etéreo más de 1454 metros.

Brasil, según los conquistadores, es sinónimo de rojo con cuyo nombre distinguían los indios una madera color de fuego, abundantísima en sus bosques; y en efecto *Brasa-ila Brasila*, significa en nuestro idioma brasa muerta, no lla

meante, que es precisamente el color rojo del carbón incandescente.

Chile es la región de las costas del Pacífico surcada por profundas grietaduras, obra común del mar y de los sacudimientos volcánicos. Puede decirse que Chile es el país del mundo más lleno de profundas quebradas y hondonadas, por cuyas desgarraduras corren al mar las aguas de los Andes; pues bien, *Chilo-a*, en euskara, significa agujero, quebrada, hondonada.

Nuestros antepasados, agricultores inteligentes, conservaban el exceso de sus cosechas para los años de escasez de manera económica y perfecta, en agujeros dispuestos en el suelo, y la voz *silo*, que hoy usais, deriva de esta misma palabra.

Araukoa, el fiel, es el nombre que dimos á una de nuestras tribus más valientes, por su constante fidelidad á nuestras tradiciones religiosas y sociales.

Su amor á la libertad, á la santa independencia, que es el carácter distintivo de los hombres de mi raza, lo demostraron rechazando en cien combates, en edad remotísima, la invasión de razas opresoras.

Vencieron con su valor y su constancia todo el poder de los Incas, antes de la venida de Colón, y los fieros soldados españoles, en combates homéricos cantados por Ercilla, no pudieron domeñarlos. El nombre de la tribu se trasmitió al territorio que ocuparon, Arauko, sinónimo hoy de valor y libertad.

Arízona, Ariza-ona, roble bueno, literalmente, es la vasta región ocupada todavía por los pieles-rojas, y efectivamente le conviene el nombre, pues el territorio está cubierto de inmensos robledales. Este país que bañan las nacientes del *Iz-urí* (Misuri) y el *Iz-i-saspi* (Misisipi) está cubierto todavía de poblaciones tan eskuaras como *Aribaipea*, *Aribaca*, *As-*

teka, *Chola*, *Ochoa*, *Oraibe*, *Picacho* y *Sagarra*, que significan respectivamente río que corre al norte, avanzada, acción del principiar, casa de madera, osezno, en el bajo, pico de peñascos y manzana.

Y en las laderas de la ramificación andina y en las praderas del nordeste vivieron tribus de mi raza, que por su situación geográfica hubieron de soportar el choque con las bárbaras huestes de los hombres amarillos, habitantes de las áridas y frías estepas de Mongolia y de Tartaria ([51]).

Estos pueblos sanguinarios y feroces, atravesando el angosto estrecho de Behring sobre los hielos ivernales, se precipitaron sobre la tierra americana en busca de las rientes llanuras del Anahuac que el sol fecunda con su luz dorada; como casi simultáneamente, otras tribus de su misma raza, por iguales causas, se precipitaban hacia el occidente, en busca de las plácidas riberas de la Italia, que alcanzaba bajo el cetro de los Césares el máximum de su esplendor.

Los hijos de Aitor se confederaron para rechazar la invasión, y para anunciar la proximidad del enemigo convinieron en avisarse por medio del humo, que, elevándose en altas columnas hasta el cielo, fuese visto por todos: esta seña

---

([51]) El astrónomo Celsius ha facilitado la comprobación de que la costas del Báltico se levantan un centímetro por año ó *un metro por sigl*. El levantamiento de las estepas rusas es un hecho que también queda demostrado, sabiéndose, como se sabe, las alteraciones que han sufrido curso del Don, el Volga, el Dnieper, etc. Las últimas observaciones d ilustre Nordenskjold en su expedición circumpolar, corroboran este c rioso fenómeno, según el cual el casquete boreal sigue su movimien ascensional. De aquí se puede deducir evidentemente que las invasion de la *raza amarilla* hacia América no pudieron verificarse antes d siglo III, con la que concuerdan las tradiciones del Anahuac. Y, con las ciudades prehistóricas como *Uxmal*, *Biboila*, *Palenque*, etc., etc., ac san millares de años de antigüedad, dedúcese la intervención de otra ra más antigua, civilizada. ¿La Euskalduna?

dió origen al nombre de la confederación *Iru-kéa, tres humos,* que hoy dicen Iroqués.

Y la confederación de los *Iruqués* la formaban principalmente tres tribus, á saber: los Chimuks (*Chimu-a,* mono) que pretendían que la punta de la nariz y la coronilla fueran extremos de una línea recta, ideal de su belleza, para lograr lo cual aplanaban la cabeza del recién nacido, aumentando su deformidad con los colgajos que después sujetaban á sus narices y orejas, lo que les daba el aspecto del mono: los Onondagas (*Ona ona-agas, región de los buenos*) en cuya tribu se elegía el jefe de guerra de la confederación; y los Ongui-ongui (*Ongui-ongui, buenos buenos*) superiores á los demás de la tierra, como se dicen ellos mismos, etimología que concuerda con la eskuara y que justifica las notables calidades de la tribu, pues eran hermosos de cuerpo, valientes, generosos, humanos y los más civilizados de la región.

«La mujer era el alma y el pensamiento del hogar. Criaba al hijo, le daba nombre, lo casaba con una mujer de otra tribu, y al morir le dejaba sus bienes, mientras los del padre pasaban á sus sobrinos. La mujer también era la que, en el consejo de los jefes, congregado bajo la sombra del gran árbol (como acostumbran sus hermanos bajo el gran árbol de Guernika) evitaba la guerra, pidiendo la paz».

¡Admirable organización social la que así dignificaba al sér más bello y adorable de la creación!

Adoraban la Trinidad; el bien personificado en *Enigoria* (*Enia-gorri-a,* cosa amena, alta, deliciosa, roja) el Sol; el mal *Enigonagea* (*Enia-gona-gea,* lo que no está arriba ni es cosa amena ó deliciosa) simbolizado en lo negro, lo profundo, lo oscuro, la Noche; y ambos principios del bien y del mal eran hijos de *Aitaenia* que literalmente dice en basco: padre de lo alto, de lo ameno, de lo delicioso. Definición mil veces más poética y más bella que el *Deus ignotus* de los romanos y el *Innominado* de los griegos.

«La confederación nació de un peligro (la invasión amarilla) y la unión de las tribus fué bendecida por Kionach (*Iaòna*, Dios, literalmente *Señor bueno*, en basco) el hombre divino, cuando los bárbaros de los grandes lagos amenazaron destruir sus lares. Reunión de pueblos hecha bajo la base de un arreglo de intereses comunes, en la que cada cual, sin embargo, era libre en sus resoluciones y podía emprender la guerra independientemente de los otros. Su organización era completa, tenían nociones de derecho para el arreglo de los negocios civiles, procedimientos sumarios para la criminalidad—en que el asesino era muerto á su vez por el deudo de la víctima—y bases para el aumento de la confederación en la que eran admitidas todas las naciones que lo solicitaban, bajo una condición igual, así como eran condenadas á la esclavitud y al tributo todas las que eran conquistadas práctica cruel que dulcificaba el sistema de la adopción, por medio del cual el vencido podía ser exaltado á la categoría de *irukés*, si una familia lo tomaba bajo su protección. La autoridad del primer jefe no podía desempeñarla sino un individuo de la tribus de los *Onondagas*, los que sobresalían en el don de la elocuencia, y dirigía la guerra con una táctica especial que hizo irresistibles los pueblos de la confederación. Iniciada ésta, si no era posible una victoria rápida pedían la paz y se retiraban. Hábiles en este sistema, pudieron alcanzar siempre triunfos decisivos—nunca un fracaso—y fué así como vencieron á los eries, á los lenapis y los mohicanos, los formidables moradores de las orillas del Hudson» (52).

En el extremo sur del continente, perdida entre las brumas antárticas, vive también otra tribu, la de los *Onás* (*On bueno*) que también se llaman entre sí «Los mejores de

(52) D. Decoud. *Atlántida,* París, 1885.

tierra» y cuyas creencias religiosas y organización civil semejan á la de los Onondagas. Habitan en la Tierra del Fuego, en las cercanías de Ushuaïa (*Uts kaïa,* bahía desierta, vacía, hueca) que es también la significación que le atribuyen los indígenas, y recuerda un lugar del mismo nombre en la provincia de Navarra. Restos desgraciados de tribus poderosas que la guerra empujó hasta aquellas frías soledades, pero que aún conservan los rasgos distintivos de su raza, la bondad, el valor, la lealtad y la altivez.

Calló un momento el bondadoso anciano cuya frente surcó profunda arruga, al recordar el mísero estado de sus pueblos que otrora dominaron el planeta... elevó lentamente los ojos hacia el cielo, y dulce sonrisa dibujó su labio como si hubiese visto con los ojos del espíritu la visión del porvenir, pues añadió en seguida:—El fuego quema, el fuego purifica; el oro sale del crisol ya depurado, y el acero también lo necesita para adquirir elasticidad sin perder de su dureza. Así también los pueblos de mi raza, los hijos de *Aitor*, necesitan el fuego del crisol, el sufrimiento, para templar su fiereza, para abatir su desdén hacia otras razas, para seguir la evolución humana, incorporados al movimiento general, marchando á su vanguardia si es posible, pero sin pretender formar columna aparte, como hicieron en épocas remotas. El aislamiento de mi pueblo ha sido la causa de su ruina, como será, por la fuerza de su reacción, la de su gloria.

Después, con lenta voz, como distraído por los últimos esplandores de su visión, siguió diciendo:

Sinchicura, el generalísimo del Ynka Yupanqui, derrotado por los bravos de Arauko, tuvo que sufrir la dispersión de su ejército, pues el camino (camino de los Incas) trazado por él en valles y gargantas de los Andes, era angosto para mover sus hombres en derrota. Así fué que algunos *kura-*

kas, jefes de tribu, azuzados por el aguijón del miedo, más agudo que el acicate del caballo, se lanzaron á través del árido desierto que bordea el mar Pacífico.

Y á millares murieron en las cálidas arenas los jóvenes mocetones de las tribus, á millares, y solos, sin amparo, clamando en su agonía el auxilio de sus padres. ¡Aita!... ¡Ama!... que el eco del desierto repetía vibrando tristemente ¡Aita!... ¡Ama!... *Atacama*...

El puñado que escapó con vida atravesó los rojos pastizales de Kalama (*Kalama*, cáñamo, planta textil que abunda en esa región en estado salvaje)y apagada su sed á orillas de un río que encontraron, pudieron dormir al fin sin sobresalto en las riberas del Loa (*Lo-a*, *sueño*, río del sueño), para llegar al fin, después de penurias sin cuento, al puerto deseado, Arika, (*Ari-ka*, cansancio, *fatiga)* á quien dejaron el nombre de su sufrimiento.

Bosques inmensos, vírgenes, tan antiguos como el mundo, cubren el vasto espacio encerrado entre las mesetas andinas, el río Paraguay, el Amazonas y las Pampas de Santa Fe; y le llamamos Chaco (*Chas*-antaño, *Jo* plantación) que significa, como veis, antigua, vieja plantación.

Kožko, como decían los indígenas á la capital que hoy llaman Cuzco, fué el centro director, la cabeza pensante del poderoso imperio de los Inkas, y en eskuara significa cráneo, cabeza, que es la parte donde radica la dirección intelectual.

Quito, significa libre, no tributario, y fué efectivamente el único reino que resistió la conquista inkásica, hasta que por enlace de la heredera del trono, pasó al dominio del padre de Huáscar y Atahualpa, el fratricida, que pagaron con el deshonor, la prisión y la vida, el crimen de lesa libertad que cometió su antecesor.

Otumba ú Ortumpa significa en nuestro idioma gran

ruido, gran estruendo y es nombre que dieron nuestros padres á la vasta planicie del Chaco Austral en memoria de la lluvia de aerolitos que incendiaron seculares bosques, cayendo desde el cielo con estruendo atronador. Las enormes masas de hierro que cayeron, como del cielo al fin, patria de la libertad definitiva para los pobres prisioneros de los mundos, sirvieron para conquistar la independencia del pueblo Argentino, y el mismo Wáshington usó de ellas en la epopeya de la libertad yankee ([53]).

Es también el nombre del llano donde resonaron con lúgubre sonido funerario los últimos disparos de los ejércitos de Hernán Cortés, que dieron en tierra en breves horas con todo el poderío mejicano.

Ohío es el territorio de las florestas rientes y *Ohiana* significa en basco floresta virgen, primitiva.

Pampa es voz afín de Bamba, kichua, y Landa, euskara, significando las tres voces en sus respectivos idiomas llanura extensa, planicie interminable, que conviene con toda propiedad á las inmensas zonas horizontales de la Amérika del Sud.

Chiquitos es el territorio que habitan los hombres de talla más pequeña de todo el continente, en la altiplanicie andina ocupada por los modernos bolivianos; y *chikichua* significa en basco, pequeño, de baja estatura.

Frente casi á la bahía de Choco (*Choco-a*, golfo, rinconada) existe una isla que servía para la deportación de los criminales, y se llama Puna ó Puni, que significa castigo.

—Los ríos, siguió diciendo el sabio Jakinduna—los ríos son á la tierra lo que las venas al organismo humano: vuelven éstas la sangre al corazón, para que oxigenado nueva-

([53]) Así lo afirma Martín de Mussy en su «*Description de la Republique Argentine*».

mente ascienda á iluminar el cráneo con las chispas robadas al sol; y aquellos, que han dejado en las praderas, en los bosques y en el lecho de los ríos la parte fecundante que tenían, vuelven al profundo mar, agitado en eterna sístole y diástole por la atracción del sol, por la luna y los planetas, para volver en alas de los vientos, en ligeras sonrosadas nubes, á coronar las cumbres de las altas cordilleras, prosiguiendo eternamente su ruta inacabable.

Y el padre de mi raza, *Aitor*, el sabio, conocedor de aquel misterio, fundó los pueblos de sus hijos á orillas de los ríos, para que aprendieran en la lección de sus mudas corrientes el problema eterno: todo desciende las corrientes de la vida; todo muere en los senos del mar ó de la tierra... todo es eterno, sin embargo, y vuelve nuevamente á las evoluciones de la vida, regenerado por la muerte.

El agua es indispensable al hombre, para su existencia, la higiene y el placer, y además, las corrientes de los ríos son *caminos que andan*, sin causarnos fatigas ni dolor, y el basco ama el movimiento. Por eso, como habeis visto en esta esfera, son infinitas las ciudades que poblaron los hombres de mi raza á orillas del mar ó de los ríos, mientras pocas, muy pocas, donde falta ese elemento.

Así, los ríos de Amérika llevan todos un nombre de mi idioma, excepto aquellos que la ignorancia ó el orgullo del conquistador han cambiado para satisfacer el fútil placer de la vanidad personal.

Y después de breve pausa prosiguió:

Una serie de lagunas, de profundidad considerable, verdaderos pozos surgentes, que rebalsan por las leyes de la gravitación las aguas infiltradas en las cumbres y laderas de los Andes, ocupan la altiplanicie del paralelo 13° 7′ austral y 2° 43′ E. longitud O. del meridiano de La Plata, en la pampa de Navaï (*Nava* llanura), sin que hayan podido dar

fondo los exploradores que han intentado sondarlas. De ellas surgen dos hilos de agua, en opuesta dirección, al norte y al sur, que dan origen á dos ríos caudalosos.

El primero por la impetuosidad de su curso, lleno además de saltos, rápidos y cataratas, recibió de nuestros padres el nombre de Ariños (*Ariña*, ágil, andador, raudo, veloz) que los modernos llaman Amazonas. El segundo, el que corre al sud y hoy llamais Paraguay, llamábase Uri-a (*Uria*, agua llovediza,) en atención á la causa originaria de su caudal, y aún conserva el mismo nombre adulterado, *Púri*, entre las tribus que habitan sus riberas.

El océano de agua que inunda periódicamente las praderas del este de los Andes, cerca del golfo de Méjico, nace en las alturas del territorio de Arizona (*Ariza-ona*, roble bueno) sembrado de bosques vírgenes de robledades, y le dimos primero el nombre de Iz-uri, *Missuri*, (*Iz-uri*, mar de agua llovediza) que le conviene exactamente; lo mismo que el de Iz-i-saspi (Misisipi) (*Izi-i-saspi*, siete mares) al caudaloso río, engrosado con los caudales de otros afluentes, que vierte sus aguas en el delta, sobre el golfo de Méjico por siete brazos ó bocas de inmensa latitud.

Su corriente es tan poderosa que baña siete mil kilómetros de ribera, y penetra audazmente en pleno océano, varios kilómetros más, hasta unir sus dulces aguas con las aguas tibias de la corriente oceánica que llamais el *Gulf stream.*

El río Paraná lleva nombre compuesto: *Para*, lluvia, en kichua, y *oná*, buena en kántabro, significando río de la buena lluvia, pues como el Nilo egipcio, fecunda en la época de las lluvias tropicales, por su desbordamiento, las fértiles llanuras que lo encauzan.

El Pilcomayo recoge las aguas de las mesetas orientales de los Andes, como la etimología de su nombre nos lo en-

seña: *Pil*, reunión, conjunto, *Ka*, acción, *maya*, meseta, que tan bien expresa su misión hidrográfica.

Y para terminar la serie de los grandes ríos os citaré el Uruguay, que ofrece dos etimologías euskaras igualmente aplicables, *Uru-uhain*, río de las nutrias y *Uru-ugari*, que significa río caudaloso, pues siendo de los de primera magnitud está también poblado de millones de anfibios de esa especie.

Dióme en seguida la etimología de otros ríos importantes, de segundo orden, que trascribo en seguida por orden alfabético y literalmente.

Apa, descanso.
Apure, miaja, poco caudal de agua.
Ara-gu-ay, destierro.
Arkanza ó *Arka onza*, aquello es bueno.
Ara-uri, aquí llueve.
Aris-pe, robles enanos.
Arizona, robles buenos.
Beni ó *Beti*, permanente.
Guaviare, curvo y correntoso.
Guatuma, choque, tropiezo.
Gila Siltza, manantial.
Guaira ó *Guaia*, lamento. Hay dos ríos y una cascada de este nombre: los tres tienen saltos de agua, imitando, por eufonía, el lamento.
Yapura, juncal en agua escasa.
Juta-il, Juta muerto. (El juta es ave indígena que abunda en los alrededores de Quito y en la zona sub-tropical). *Il*, significa muerto.
Jaurú ó Jaun-urú. Río del Señor.
Loa, sueño.
Marañon, es nombre de un río brasilero y de un lugar de Navarra. (Ignoro su etimología).

Meta, banco de arena.
Oruro ú Or-ura, ahí el agua.
Sukia, lumbre, fuego. Era el nombre indígena del actual *Río Primero*, que Don Jerónimo León de Cabrera, su descubridor, cambió por el de *San Juan*, según consta en el acta de la fundación de la ciudad de Córdoba, ocurrida el año 1573.
Xingu ó Chingu, río de los monos ó micos.
Uala-aga, río de las correas.
Ukayati (Ukarda-kaya-ti), abra pantanosa.
Urapé, agua subterránea [54].

—¡Oh, anciano!—exclamé, admirado de su larga y convincente explicación,—el roce de los años ha borrado el recuerdo de los antiguos habitantes de esta tierra, como borra el simoun de la Libia las huellas de las caravanas del desierto; pero seducido por la magia de vuestras palabras, creo asistir á la resurrección del pasado, á los días gloriosos de la dominación euskalduna en los territorios de esta bella región.

Mas lo que no comprendo es cómo han podido desaparecer de la tierra sin dejar, además de los nombres de sus idiomas, rastros materiales de su civilización, pruebas convincentes de su poderío y dominación sobre las fuerzas vivas de la naturaleza.

En la India dejaron las estatuas Tirtankares, los templos de Elora y de Ipsambul y la ciudad inmensa de Yaoniria; como dejaron en Africa, además de los nombres de ríos y montañas, las ruinas de multitud de ciudades que anoté de vuestra esfera, y en la vieja Iberia europea las tribus de

---

[54] Suprimimos sinnúmero de nombres de ríos, ciudades y montes tan euskaros, por ejemplo, como *Iobide*, cerro señalado en pleno Chaco en el célebre mapa de los jesuítas del año 1732, por creerlo innecesario á nuestro objeto y no fatigar al lector.

Kantabria, ciudades numerosas y rastros de su adelantada civilización en monumentos y en leyes ([55]).

—¿Ignorais, pues, joven, amigo mío, que el suelo todo del continente americano guarda las sagradas, colosales reliquias de nuestra antigua dominación?

Más grandiosas que las estelas de Kiros y Kambises, más altas que las pirámides de Keops, más esbeltas que las columnas ó pilares de Hércules (*Pil-ar*, conjunto, montón de piedras ó ladrillos sobrepuestos), más indestructibles que los monumentos de Silsilis y Tebas, los hijos de *Aitor* grabaron en las laderas verticales del Andes gigantesco los fastos de su gloriosa dominación, en inscripciones cuneiformes y jeroglíficos, en extraños alfabetos ideográficos, que sabios tan ilustres como Húmboldt han contemplado con asombro, sin entender su significación.

Irguióse con arrogancia el noble anciano, sus ojos fulguraron con orgullosa expresión, elevó luego la mirada al cielo en la actitud peculiar al hombre que mira sus propios pensamientos, y con acento trémulo de emoción siguió diciendo:

—Antes, mucho antes que los Scyris desembarcaran en las costas del mar Pacífico, para fundar su imperio en la región del Ecuador; antes, mucho antes que Manco-Capac y Mama-Oello llegasen á las cumbres del Huanakaurí á establecer la dinastía de los Hijos del Sol en el brillante imperio de los Incas; antes, mucho antes de las invasiones de los hombres amarillos que brillaron en los valles de Anahuac con el lustre del dominio mejicano.... antes, mucho tiempo

---

([55]) Estrabón, hablando de los túrdulos y turdetanos dice: «Son los más civilizados de los iberos; están familiarizados con la escritura y tienen libros que se remontan á una alta antigüedad. Poseen también poesías y leyes redactadas en verso que, según ellos, datan de más de *seis mil años*».

antes ... los hijos de *Aitor* construyeron gigantescos monumentos que admiran vuestros sabios en medio las seculares selvas de las regiones intertropicales.

Sobre veintiocho gradas altas cada una de medio metro, y anchas de cuarenta metros, en plano inclinado, que hacía fácil la ascensión, se elevaba el magnífico palacio de Palenque, cuyas soberbias estatuas de piedra, altas de ocho metros, se erguían majestuosas dominando la llanura desde su alteza de cincuenta metros.

Y en medio del gran patio del palacio, sobre un cuadrilátero de diez mil metros cuadrados se iergue todavía, desafiando al huracán y al tiempo, la pirámide de treinta y cinco metros de elevación, exactamente orientada á los cuatro puntos cardinales como sus compañeras de Méjico, de Utatlan y Egipto.

¿Qué pueblo de los otros continentes ha construído un pórtico más soberbio que el de Mitla, en homenaje á los antepasados, asentando sin mezcla, por superposición pulimentada, sobre cuatro monolitos de diez metros de alto, el enorme bloque de veintiocho metros de longitud que les sirve de dintel?

¿Qué ciudad en ruinas, Nínive, Babilonia ó Tebas, ofrece en el día la enorme masa de obeliscos, columnas, estatuas colosales, bajo-relieves, y piedras labradas y esculpidas con arte maravilloso, que ofrecen hoy día las ruinas de Kopan y miden más de treinta millones de pies cúbicos de piedra labrada?

¿Qué valen los dólmenes de vuestros druidas al lado de los treinta mil túmulos construídos por mis antepasados en las vastas llanuras del norte con arte exquisito y proporciones tan grandiosas que—faltos de expresión propia—denominan los yankees *mount builders*, constructores de montañas?

¿Cuál de las pirámides egipcias podría compararse por

su alteza ó su destino, por el esfuerzo y tiempo invertidos en su construcción, á esa enorme pirámide, mausoleo de Koyor, en Kajamarka, donde reposan las momias de cien generaciones, simétricamente colocadas sobre una base de ciento veinte mil metros cuadrados, terminando en la cúspide en una plazoleta de cuatrocientos metros cuadrados, coronada por el templo y la estatua colosal del Sol?

Bi-boila, (dos circunferencias, en eskuara), que Pánfilo de Narváez y Cabeza de Vaca y Coronado visitaron y hallaron desierta en 1538, es toda una revelación.

La enorme ciudad doblemente defendida por dos cinturas de fortificaciones circulares, altísimas, de que da idea aproximada una de sus puertas, alta de seis pisos aún en pie y sólidamente conservada, conocida con el nombre de *Casa grande*, albergaba entre sus muros una población no menor de cien mil almas y el cuádruple, al menos, en la riente campiña que la circuía, cruzada por enormes acueductos y canales de irrigación que asombran al moderno ingeniero (56).

Y como éstas, enterradas bajo la pesadumbre de bosques milenarios, existen mil ciudades, que revelarán al estudioso arqueólogo la existencia de una raza inteligente, fuerte, social y religiosa, cuyo nivel intelectual alcanza y supera en muchos casos al de los pueblos asiáticos, egipcios y europeos.

¡Pobre Amérika! víctima del furor religioso y guerrero de la época de su descubrimiento!

Sus monumentos científicos, el saber y la experiencia de mil generaciones, prolijamente conservados en los papirus.

---

(56) En la próxima Exposición universal de Chicago el estado de Arizona exhibirá un facsímile de las ruinas y el plano de los canales en relieve, las estatuas, alfarería, armas, etc., etc., de *Ziboila, Cibola* ó *Bi-boila* la ciudad prehistórica recién estudiada. Ultimamente, uno solo de los viejos canales fué limpiado y por este solo hecho quedaron fertilizados 150.000 acres de tierra erial.

de sus templos, sirvieron de fácil combustible que el fanatismo religioso convirtió en pavesas ([57]).

Mas, afortunadamente, aún se conserva la biblioteca que veis, y otras más en sitios seguros; aún existen las inscripciones de los monumentos de piedra que el fuego no destruye; y en sus sagrados caracteres se resume la historia del pasado de mi raza, que algún Champollión ó algun Ebers traducirán con asombro á los idiomas modernos. Ellos hallarán analogías infinitas, identidades absolutas con los extraños caracteres de las medallas iberas, en cuyo bello idioma están escritos, y harán la luz y darán gloria al viejo pueblo de *Aitor*, desconocido y perseguido por los que no han sabido apreciarle.

¡Ah! ¡Ignorábais la existencia de los viejos monumentos americanos!

No sabíais que los artistas que tallaron las piedras de sus monumentos y esculpieron las estatuas, los bajo-relieves y las inscripciones y alegorías de los palacios y de los templos de Amérika, eran superiores á los artífices persas, sirios, indús y egipcios!...

La escultura revela por sí sola el grado de civilización de una raza, mas existen otras pruebas materiales de su adelantamiento en las ciencias.

Recorred los museos y hallareis en ellos cráneos extraídos de nuestras viejas huacas, con más de mil años de antigüedad, en que el bisturí, la sierra y el trépano de nuestros cirujanos operaron con maestría admirable ([58]). Y vereis

---

([57]) Zumárraga, primer arzobispo de Méjico, amontonó en una pirámide tan alta como el templo de Mexitli, todos los papirus escritos en idioma jeroglífico é ideográfico que conservaban en sus archivos los sacerdotes *indígenas* como historia y resumen de las civilizaciones aztekas, culhuas y toltekas, dándoles fuego en público auto de fe.... Lo mismo sucedió en Quito y el Perú. Huelgan los comentarios.

([58]) En el Museo de La Plata existen varios facsímiles de cráneos antiguos del Perú, en los que se ve patente la operación del trépano. Esta es una de las últimas conquistas de la cirujía del siglo XIX!

también que la duración del año solar estaba tan prolijamente calculada por nuestros astrónomos del norte y sur del Ecuador, que vuestros últimos cálculos discrepan apenas en *un minuto* con la duración media de vuestro año.

¿Qué más podría deciros, joven amigo mío, para llevar á vuestra alma el convencimiento absoluto de las afirmaciones que habeis oído?...

Una nube de tristeza melancólica cruzó por la frente del anciano, y contemplando con profunda atención la gran esfera terráquea que á su lado tenía, dirigióse hacia ella lentamente, y apoyando el índice de la diestra mano sobre la protuberancia que marcaba la cordillera del Himalaya, después de breves momentos de abstracción me dijo: Oid la ciencia del pasado.

X

El enfriamiento de la tierra y por consecuencia la formación de la costra terrestre, ha empezado indudablemente por ambos polos, achatándose éstos en razón de su relativa inmovilidad, según lo han reconocido vuestros geólogos y geómetras.

Mas hay otra causa que ha escapado á vuestros estudios hasta ahora y que contribuye poderosamente al aumento del espesor de la corteza terráquea; esta causa es la fuerza centrífuga que, empujando las materias más densas que bullen en el centro de la tierra contra las paredes ya solidificadas, las adhiere á éstas y forman paulatinamente las que llamais rocas plutonianas.

Pero es tan considerable la masa de estas materias densas, en relación al volumen total ígneo, que su peso, que aumenta constantemente á medida que se enfría el globo, destruye el equilibrio y produce la inclinación de los polos sobre

el plano de la eclíptica. Este núcleo denso es lo que constituye el *Polo magnético.*

Entre los múltiples movimientos que afectan la marcha del globo terráqueo, los tres principales son: el de rotación alrededor de su eje, que engendra los días y las noches; el de traslación en torno de la eclíptica que produce las estaciones en el período anual; y el de nutación, combinado con la precesión de los equinoccios, en virtud del cual la línea de los polos describe dos elipses en el espacio. Á causa de estos movimientos combinados la estrella polar del norte, que en la época de nuestras observaciones primeras distaba 12° del polo, no dista hoy más que 1° 27′ próximamente.

Para que comprendais mejor estos movimientos, os recordaré que vuestros niños, en sus juegos infantiles, al hacer girar un trompo, producen en él un triple y simultáneo movimiento que imita bien los del globo terráqueo á que me refería; en efecto, el trompo gira sobre su eje, se traslada de un punto á otro y oscila lentamente describiendo un cono cuyo vértice es la extremidad inferior del eje, hasta que, vencido por su peso, desequilibrado, rueda por el suelo y queda inerte.

León Foucault primero, después el padre Secchi y otros sabios contemporáneos vuestros, idearon un instrumento que llamaron giróscopo, con el fin de probar la rotación del globo terráqueo: para ello suspendieron un *toro* de metal perfectamente equilibrado, cuyos ejes descansaban sobre la línea del diámetro de un anillo metálico; este anillo descansaba á su vez sobre dos ejes, perpendiculares al del toro, sobre la línea del diámetro de un segundo anillo metálico, que á su vez se apoyaba en las extremidades de otro diámetro, perpendicular al anterior. Este último anillo, adaptado á una armazón fija, de manera que pudiera girar con la menor frotación posible, ó suspendido á un hilo, permitía

que el toro, á quien previamente se imprimía un rápido movimiento de rotación, girase libremente en el espacio; en cuyo caso se observa que el anillo de mayor diámetro, colocado verticalmente, gira lentamente en derredor de la vertical hasta que el eje de revolución del toro se coloca en el plano del meridiano, apuntando hacia el norte, de modo que la rotación sea análoga á la de la tierra y con igual inclinación polar, de tal manera que el instrumento determina exactamente el plano del meridiano terráqueo.

Mi aparato—prosiguió el anciano—aventaja al de aquellos ilustres sabios bajo muchos conceptos: el primero, en que en vez de un *toro*, que poca analogía ó ninguna tiene con el esferoide terrestre, mi esfera imita minuciosamente la forma de la tierra; el segundo, en que los estudios de mis hermanos, acumulados durante decenas de siglos, me han permitido dar á la corteza del aparato el espesor y peso de la tierra, muy aproximadamente proporcionales: y el tercero, que nuestra química y nuestra mecánica, muy superiores á las vuestras, me facilitan los medios de poner mi aparato en movimiento, imitando el calor central y los movimientos de la tierra en el espacio.

Vais á ser testigo de un experimento, dijo el noble Jakinduna, y tomando varios ingredientes de uno de los estantes del gran salón, y destornillando una pequeña pieza metálica de la gran esfera, los introdujo en su interior con la ayuda de un embudo, después de lo cual atornilló rápidamente el agujero. Puso en seguida la enorme esfera en movimiento rotatorio sobre el eje de sus polos, por medio de un aparato eléctrico, y esperó.

Al cabo de un instante, el anillo exterior que sostenia la esfera se movió lentamente en torno de la vertical, mientras la esfera tomaba exactamente la posición inclinada del eje de la tierra con relación al plano de la eclíptica.

Un ruido leve, sordo, como de materias en fusión, se escapaba del interior de la esfera, y ¡ oh prodigio! columnas de humo y lava ardiendo salían del cráter de los volcanes en actividad en nuestro planeta, mientras los polos conservaban su helada temperatura. Mi admiración no tenía límites á la vista de semejante triunfo de la ciencia, y así se lo manifesté al sabio anciano, que no fué insensible á mis elogios.

Observad, me dijo, estos dos volcanes, y señaló el Pichincha en los Andes y el Senkalang que ocupa una de las montañas de Sumatra; distan exactamente 180°, y según mis cálculos actuales, que puede modificar el estudio, serán en el futuro cataclismo los polos helados de la tierra.

La línea del Ecuador será entonces un círculo que pasará por el estrecho de Behring, la costa occidental del Spitzberg, la cordillera que divide Suecia de Noruega, Alemania, Italia, Trípoli, el Fezán, el Sudán, el Congo y Cabo de Buena Esperanza, para cerrar el círculo por Nueva Zelandia, las Marianas y las islas Aleucianas.

¡Qué cambios asombrosos!

Quito será un témpano de hielo, y Estokolmo, Christianía, San Petersburgo y Berlín ciudades tropicales!....

Es posible, añadió, que en una época remotísima que escapa á nuestras observaciones, con ser tan antiguas, la costa occidental del África haya estado unida á la oriental de América (suposición que autoriza la conformación de sus respectivas costas, que se adaptan exactamente si se aproximan sus recortes) y se hayan separado al enfriarse la costra terrestre.

Mas lo que puede afirmaros es que en la época del último cataclismo, cuando se hundió en los abismos del mar el continente austral y perecieron millones de hombres de mi raza, y desapareció con ellos nuestra benéfica civilización para dar lugar al ominoso imperio de los *Belchas*, el continente

Americano estaba unido á nuestro imperio austral, como lo indican las islas de Polinesia, que eran cumbres de montañas. Gran parte de Europa ó *Euri-opa*, deseo de lluvia, como nosotros le llamamos, y toda la Rusia y la Tartaria eran un vasto océano, cuya mayor profundidad señalan aún el Mar Negro, el de Azoff, el Caspio y el Aral.

Las fuerzas plutonianas determinaron dos movimientos simultáneos de báscula, cuyo eje lo forman las montañas del Himalaya y el Cáucaso que corren del este al oeste, y estos Andes que habitamos que corren de norte á sur. En virtud del primero, al hundirse lentamente las riberas de la India eleváronse las tierras de Tartaria, las estepas de Rusia y toda Suecia y Noruega hasta Islándia ([59]).

El segundo movimiento ha determinado el lento desmoronamiento de las costas de Chile en el Pacífico, mientras las pampas argentinas emergen simultáneamente sobre la superficie del mar Atlántico. Notad que mientras las costas chilenas están cuajadas de islotes, indicio del desmoronamiento de sus tierras, no hay ni una isla en las costas argentinas.

Mas la causa del cataclismo que determinó los movimientos de báscula del Himalaya, el Cáucaso y el Andes, produciendo la sumersión del antiguo *Continente Austral* y los derrumbes de Chile, Perú, etc., etc., en las costas andinas del mar Pacífico, fué esencialmente debido al cambio súbito, instantáneo, del eje del mundo. Este fenómeno explica así el hallazgo de palmeras y otras plantas ecuatoriales en las minas de carbón de Suecia, Noruega, Bélgica, Francia é Inglaterra—lo que acusa su antigua temperatura tropical,—

([59]) Observaciones modernas comprueban este curioso fenómeno, en virtud del cual esas tierras se elevan sobre el nivel del mar á razón de un centímetro por año ó un metro por siglo.

como los cadáveres de mammouths y otras especies de elefantes hallados en los hielos del polo boreal, en pleno círculo ártico.

Las carnes de estos animales conservan aún sus largos pelos adheridos á la piel, y los perros esquimales guiados por su olfato, descubren los cadáveres y devoran sus carnes, conservadas frescas gracias á la acción del frío, producido por la gruesa capa de hielo y nieve que les cubre desde hace muchos siglos ([60]).

Procedimiento análogo emplean los modernos comerciantes para la exportación de carnes frescas á los mercados europeos, llevadas á través tres mil leguas de océano, desde las sabanas del «Far west» yankee y desde las pampas argentinas. Si aquellos monstruosos mamíferos hubiesen perecido ahogados, arrastrados por las aguas de un *diluvio*, como sabios ilustres lo han supuesto, hubiéranse corrompido sus carnes en el fondo de las aguas, ó sido devoradas por los peces, ó enterradas por el limo producido inevitablemente por el arrastre de las aguas. De todos modos, hubiéranse podrido.

En muchas otras latitudes del planeta se encuentran fósiles de animales antiquísimos, mas en ninguna parte con las condiciones de frescura y conservación en que se hallan allí y en sus antípodas.

Suponed por un momento que lluvias torrenciales combinadas con un desbordamiento del Río de La Plata, bajo la influencia de la zyzygia y de los vientos del este, produjeran un pequeño diluvio, la inundación de los 40.000 kilómetros cuadrados de tierras anegadizas de la provincia de Buenos Aires fronterizas á la Ensenada de San Borombón.

([60]) Así lo afirman los exploradores del Polo boreal y escritores científicos de nota como Moreau de Jones, en su erudita obra *Etudes prehistoriques*.

¿Qué sucedería?

Una ola inmensa, de cien kilómetros de largo y cuatro ó cinco metros de elevación, coronada de blanca espuma, se precipitaría rugiente, con la velocidad de un potro desbocado, sobre esa región desgraciada, arrollándolo todo, destruyendo los edificios y arrastrando en su empuje irresistible á los moradores y á los millares de cabezas de animales vacunos, yeguarizos y lanares que cubren la planicie. Y cuando la ola gigantesca llegara hasta las tierras altas, llevando en pos de sí los despojos del llano... volvería poco á poco, buscando su nivel normal, al Río de la Plata, dejando en la desembocadura de los riachos y arroyos de desagüe, la multitud de cadáveres arrastrados, deshechos, putrefactos,—montón informe de huesos, de carne y de basofia cuyas emanaciones fétidas corromperían la atmósfera.

Es evidente que ni un solo animal conservaría sus carnes frescas, y más evidente aún, que si ello fuera posible, se corromperían en el acto bajo la acción del sol y el aire atmosférico.

Luego es inadmisible la hipótesis del *diluvio* como factor de la muerte de los grandes mamíferos del polo, y evidente su muerte y conservación por un brusco cambio de temperatura.

La constante observación de este aparato y otros sismográficos que lo complementan, me autoriza á creer que en el futuro, con anticipación suficiente, podremos salvar la vida de los hombres y, lo que es más precioso, los archivos de la civilización que constituyen la vida del mundo todo.

—Ahora comprendo, dije, la razón que teníais para hablar de latitud *actual* al referiros á varios puntos de la tierra, indicando así la posibilidad de su cambio. Comprendo también vuestras explicaciones sobre el levantamiento del suelo de la Tartaria, de Rusia, de Suecia y de Noruega, transfor-

mando en tierras habitadas el lecho de los mares desecados, fenómeno que ha sido comprobado por observaciones del astrónomo Celsio y del naturalista Linneo; y admito también la posibilidad del cambio brusco de los polos de la tierra, que explica satisfactoriamente la existencia de los mammouths cuyas carnes frescas han sido encontradas en los helados desiertos árticos.

Mas decidme, si os place ¡oh sabio anciano! ¿cómo es que que os hallais tan enterado del movimiento científico moderno, citando los últimos descubrimientos y los nombres de los sabios, si no estais en comunicación más que con vuestros hermanos y no poseeis ni un solo libro impreso con los caracteres de nuestra escritura vulgar?

He recorrido vuestra biblioteca sin hallar uno solo de nuestros libros, pues sólo contienen dibujos del natural ó geométricos que comprendo, y papirus cubiertos de extraños signos, incomprensibles para mí. ¿Cómo, pues, adquirís la ciencia contemporánea?

Ah! me dijo, eso que llamais ciencia la adquirimos nosotros muy fácilmente. ¿Sabeis en qué consisten el hipnotismo y la sugestión?

Hipnotismo es sencillamente la exaltación (61), la sublimación de la sensibilidad de nuestros sentidos, su hiperexcitabilidad; así, una persona hipnótica desarrolla el oído de tal manera que oye la voz de otra á través los ruidos de una ciudad bulliciosa, y obedece en el acto las *órdenes mentales* que se le dan (62). Otra persona ve la hora en un cuadran-

---

(61) Charcot. «Note sur les divers états nerveux déterminés par l'hypnotisme». (Progrès Médical 1882, pag. 126).

(62) El obispo de Chalons (Francia) ordenó *mentalmente* á Dionisia Parisot viniera á su presencia para ser exorcizada, y se presentó inmediatamente, á pesar de vivir ella en un barrio apartado de la ciudad. El mismo obispo ordenó mentalmente á la hermana Borthon, en el período álgido de sus convulsiones, viniera á prosternarse ante el Santísimo Sacramento; obedeció en el acto, con extraordinaria diligencia. «*Magnétisme et Hipnotisme*» par le Dr. A. Cullere. Cap. III. París, 1887.

te del reloj de una torre á diez kilómetros de distancia, mientras que, en su estado normal, nada vé á igual distancia. Y como estos, mil otros casos curiosísimos.

La sugestión es la trasmisión de nuestra voluntad á otra persona. Nuestros Djoguis, cuyos centros de estudio radican principalmente en tres puntos de la India, el primero á orillas del Ganges, el segundo en las costas de Oriza, y el tercero al sud de la península India, comunican entre sí hipnóticamente, de una manera regular, á través de cientos de millas de distancia (63).

Para no citar más, os ofrezco el testimonio de vuestros hombres de ciencia moderna, de vuestros prelados y de esa notabilidad cuyas palabras son oráculos y llamais M. Charcot.

Llamad fluído magnético, llamad radiación nerviosa ó fuerza hipnótica al agente ó fuerza intermediaria entre el sujeto y el operador; llamadla como querais, que el nombre poco importa cuando convenís en la existencia de esa *fuerza*; y puesto que el nombre nada influye en el hecho que quiero explicaros, admitid por un momento que esa fuerza sea la electricidad.

El cerebro del sugestionador está, pues, en contacto con el cerebro del sujeto, y por medio de esa corriente eléctrica trasmite su voluntad, *sugestiona* al cerebro del sujeto.

Leer mentalmente, ó *pensar*, es *hablar* pianísimo, mas suficientemente alto para hacer vibrar el tímpano de nuestro oído, y hacernos percibir los movimientos musculares de la lengua, etc. Es una verdad que podeis comprobar en todo instante, aunque ha escapado á vuestra observación.

¿Habeis visto un fonógrafo y conoceis su mecanismo? Pues de manera análoga se graban los sonidos en nuestra

---

(63) *Revue des journaux et des livres.* 1885, núm. 23.

masa encefálica por medio de la vibración de la membrana y de los nervios y músculos de nuestro aparato auditivo. De igual manera, aunque por distintas vías, llegan al cerebro las impresiones de la vista, del gusto, etc., pues la luz, como sabeis, no es más que un modo de movimiento, como el calor, como el sonido.

Luego la sugestión es un proceso análogo á la telefonía, telegrafía y fonografía, en que *esa fuerza* que hemos convenido en llamar eléctrica, lleva á otro cerebro y graba en él los *sonidos* emitidos por el sugestionador. Esto es evidente.

Nosotros nos valemos de igual procedimiento para *absorber*, diré así, pues no hallo más gráfico vocablo, los pensamientos más recónditos de los sabios cuyos conocimientos queremos adquirir; sin que varíen en nada las condiciones mecánicas de vuestros procedimientos sugestivos, pues el gasto de fuerza es el mismo.

Supóned una bomba de doble movimiento: vosotros os servís de ella para *impeler*, nosotros para *absorber;* vosotros para hacer pensar á otro con vuestro cerebro, nosotros para pensar con el cerebro ajeno: el mecanismo es el mismo, todo es igual... menos los resultados; pues mientras vosotros sembrais, y casi siempre, sobre rocas áridas que esterilizan la semilla, nosotros cosechamos los ricos frutos de las inteligencias más privilegiadas.

Y pues acostumbrais dar un nombre á todo invento, llamad á este micro-tele-fonografía.

Además nos servimos del hipnotismo y de la sugestión para la educación é instrucción de la juventud que dedicamos al sacerdocio y al magisterio, que todo es uno entre nosotros, y así estamos seguros de la moral y de la sabiduría de nuestros descendientes.

Creo inútil advertiros, añadió, que para producir en nosotros esa excitación hipnótica tenemos mil medios: fijar la

vista en un punto negro dentro de un círculo de igual color pintado en un plato blanco, mirar fijamente la extremidad de la nariz propia, ó una luz viva, etc., etc., pues son procedimientos que también vosotros conoceis.

Quiero sí comunicaros otra aplicación de un aparato que llamaremos auto-micro-fonógrafo, usado por nosotros desde la más remota antigüedad, como lo prueba la Esfinge de Gizeh, como llamais vosotros á la soberbia escultura que acompaña en los desiertos egipcios á las colosales pirámides. El verdadero nombre de esa escultura es *Gizon*, que en el idioma sagrado significa *hombre*, y cuya alegoría, simbolizada por su cuerpo de león, sus senos de mujer y su cabeza de hombre, representa: por el león el poder y la fuerza de mi raza, por los senos de mujer la fecundidad y extraordinario número de pueblos salidos de su estirpe, por la cabeza la inteligencia soberana, la dominación incontrastable del rey de la creación.

—Mas, ese aparato que decíais?...

—Ese aparato es aquel tocado extraño que cubre la cabeza de la esfinge y no ha sido ni podido ser comprendido por vuestros arqueólogos; aseméjase por su forma al gorro frigio, y cubre ambas orejas con anchas cintas que sirven para sugetarlo por debajo de la barba; pero en realidad es un aparato que se adapta exactamente al cráneo, y por medio de un mecanismo delicadísimo recibe en un cilindro, provisto de una cinta sin fin, los menores sonidos salidos del cráneo por ambos oídos, y los más imperceptibles movimientos del sistema craneano.

En una palabra, este aparato, en estado de vigilia como en el sueño, registra todos los pensamientos del hombre que lo tiene sobre su cabeza, pues ya os he dicho que *pensar*, es *hablar*.

Así consiguieron nuestros sabios antepasados conocer los

misterios del sueño; así conseguimos conocer la índole interna de cada uno de nosotros, y dirigir sus estudios por el sendero de sus aptitudes especiales; y así hemos logrado grabar esos pensamientos fugaces, esos chispazos de la inteligencia que parece tanto más vívida cuanto más profundo es el sueño del cuerpo, y han sido, muchas veces, el punto de partida de admirables descubrimientos científicos.

En cuanto á esos extraños signos, esos jeroglíficos de que veis cubiertos los papirus de mi biblioteca, es un sistema de escritura que condensa en el menor espacio posible los más sublimes pensamientos: esos signos, que si usara vuestros términos llamaría taquigráficos ó estenográficos, son al habla y á la escritura lo que el álgebra es á la aritmética: la simplificación, la exposición lacónica, clara, exacta y sencilla de nuestros pensamientos.

Vuestros sabios modernos no tendrían tiempo para leer lo que sus colegas escriben, y se han visto obligados á subdividir en mil ramos diversos el árbol de la ciencia, dedicándose cada uno á su especialidad: así, entre vuestros médicos, uno se dedica á las enfermedades del oído, otros á las de la vista, aquel á las mentales y el otro á las cardíacas, etc., etc. Y si eso sucede en vuestra civilización naciente, ¿qué será en la nuestra, que cuenta decenas de millares de años de estudio y observaciones?

Toda civilización avanzada tiende á simplificar y *cientificar* su lenguaje y su escritura, y la vuestra, que ya llega á ese período, comienza á notar ese inconveniente y á buscar los medios de remediarlo (64).

---

(64) Mi distinguido amigo y colega profesional, el senador Rafael Hernández, abunda en iguales conceptos. Séame permitido invocar la opinión de uno de los hombres más laboriosos, inteligentes y buenos que conozco, y á quien el pueblo, con intuición maravillosa, rodea de especiales simpatías. ¡Go ahead!

Ahora que he satisfecho vuestra legítima curiosidad, voy á obsequiaros con uno de esos aparatos, para que cubrais con él vuestra cabeza y sepais mañana cuanto penseis ó hableis esta tarde, cuanto soñeis esta noche.

Y llamando á Izara, me dieron uno á modo de sombrero que se adaptaba perfectamente á mi cabeza, y mostrándome una especie de fonógrafo, me dijo Jakinduna: Mañana colocaremos la cinta en el cilindro de este instrumento y con ayuda del micrófono oireis vuestros propios pensamientos...

Poco después reclinábame en mi lecho pensando en las extrañas revelaciones del anciano.

¡Cuán profunda era su ciencia! ¡Cuán misteriosa su existencia solitaria!

Y entre tantas emociones como sintió mi alma en las breves horas que habitaba aquel cráter convertido en templo de la ciencia, mi pensamiento no se apartaba del futuro cataclismo que cambiaría los polos de la tierra, ni de ese otro fenómeno admirable *¡oir mi pensamiento!*, ni de los brillantes destinos de mi raza cantados por Izara y predichos por el sabio Jakinduna, en esta Ugaría que es la patria de mis hijos.

Al fin, rendido de cansancio, me dormí con un sueño nervioso y agitado, en medio al cual creía percibir un movimiento de trepidación como el que oí en el fondo del cráter de Beltzur, y los mismos ecos sordos, acompasados, que enrojecían la blanca lava y hacían subir su nivel hacia la boca..

Los ruidos continuaban aumentando en intensidad y llegaban á mi oído claros, distintos, amenazadores.

¿Se habría equivocado el sabio anciano y el cataclismo estudiado por él con tanto esmero iba á producirse de improviso? Entonces mi muerte era segura y la salvación imposible, pues habitaba encima mismo del cráter de un volcán!...

Gruesas gotas de sudor manaron de todos los poros de mi cuerpo y una angustia infinita embargaba mi alma á me-

dida que despertaba de mi sueño y oía más distintamente los ruidos siniestros que subían del rugiente cráter.

De repente prodújose una violenta conmoción: crujió el suelo y sentí el ruido sibilante de los vapores comprimidos escapando por las grietas abiertas en las peñas, y un grito de suprema angustia se escapó de mi oprimido pecho.

Una luz vivísima hirió mi pupila en ese instante, deslumbrándome y aumentando la sensación de tenebrosa oscuridad que sentía mi alma. ¡Sin duda era la ardiente lava, los fuegos del volcán que iba á devorarme!

Quise huir y no pude, pues mi cabeza tropezó con la roca, y mis manos y mis pies chocaron también al intentar moverlos. Y comprendiendo que iba á morir abarqué con un solo pensamiento mi vida entera—¡mi madre, mi padre, mis hermanos, mis hijos y mi esposa, enviándoles mi supremo y cariñoso adios!....

XI

Una voz ronca, áspera, sonó á mi lado diciendo lacónicamente: «San Nicolás! ¡Cinco minutos de parada!» al mismo tiempo que un brazo vigoroso sacudía mi cuerpo con rudeza, y añadía la voz: ¡Pronto, señor, que el tren va á salir!

Esta vez abrí bien los ojos, y haciendo pantalla con ambas manos para atenuar la impresión de la luz demasiado viva, ví ante mí la cara roja, de *omelette au rhum*, de un inglés vestido con el uniforme de los guarda-trenes, que por tercera vez me sacudía el cuerpo repitiendo su estribillo: ¡San Nicolás! pronto, señor, pronto!...

¿Soñaba todavía?...

Maquinalmente me vestí, salte al andén y subí á una desvencijada americana, mientras el ronco silbato de la locomotora, semejante al mugido del monstruo del Apocalipsis, volvíame á la realidad.

Amanecía.

Los primeros tintes de la aurora del 19 de Setiembre teñían de rosa pálido las brumas del horizonte del este, y el aire fresco de la madrugada, cargado con las vivificantes emanaciones de las islas del Paraná, que corría á mis pies, hacía estremecer mi cuerpo con extraña sensación.

Las estrellas palidecían lentamente hundiéndose en las profundidades de los cielos á medida que avanzaba el día, cual se ocultan las niñas pudorosas ante la ardiente mirada de los hombres.

Y solo, absorto en la contemplación de aquel grandioso espectáculo de la naturaleza...evocando en mi memoria los extraños sucesos de mi viaje al cráter de Beltzur, permanecí en las orillas del gran río, ensimismado, fijos los ojos en la espléndida estrella matutina, en Izara *(Izan* ser, existir; *zarra*, viejo, antiguo, de manera que *estrella* es sinónimo de remota existencia ó creación), única que aún brillaba, como ligado á ella por magnética atracción, hasta que los rayos del sol borraron su pálido fulgor.

Y el himno de calandrias y boyeros de las islas, y las alegres carcajadas del artístico hornero, y el vocinglero cotorreo de los loros barranqueros, saludando el nuevo día, me trajeron á la realidad de la existencia, aunque sin poderme dar cuenta de cómo me encontraba allí, sin haber salido de Beltzur y á centenares de leguas de distancia.

Tomé del tronco de un chañar de la barranca del río una hermosa y blanca Flor del aire, que en basco se dice Erné, y como la narración de estas extrañas aventuras es mi primicia literaria, le doy el título de *Erné* que significa literalmente, pimpollo, *Primera flor.*

¿Soñaba?

Si la vida es sueño, así quiero soñar.

F. DE BASALDÚA.